

FRAY MOCHO

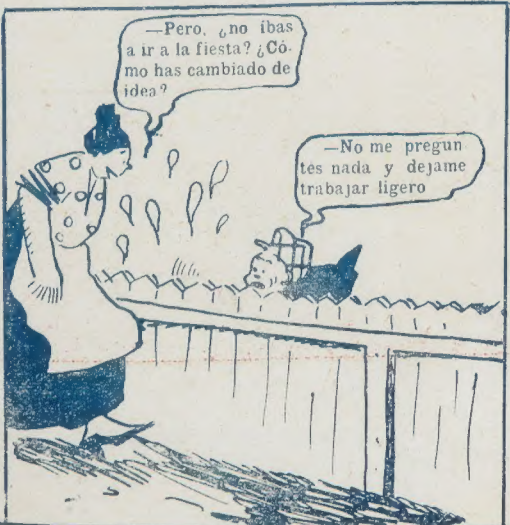
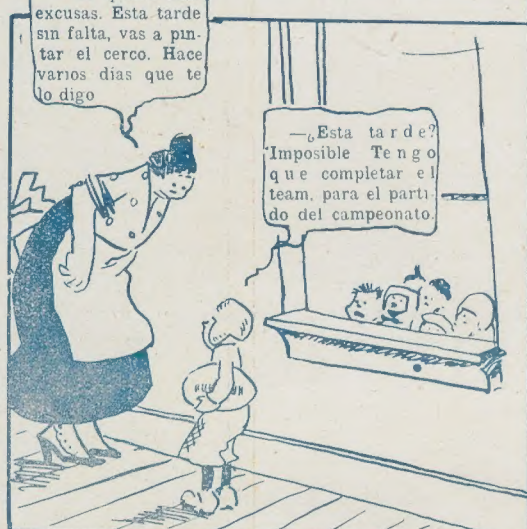


N.º 768

11.1.1927

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



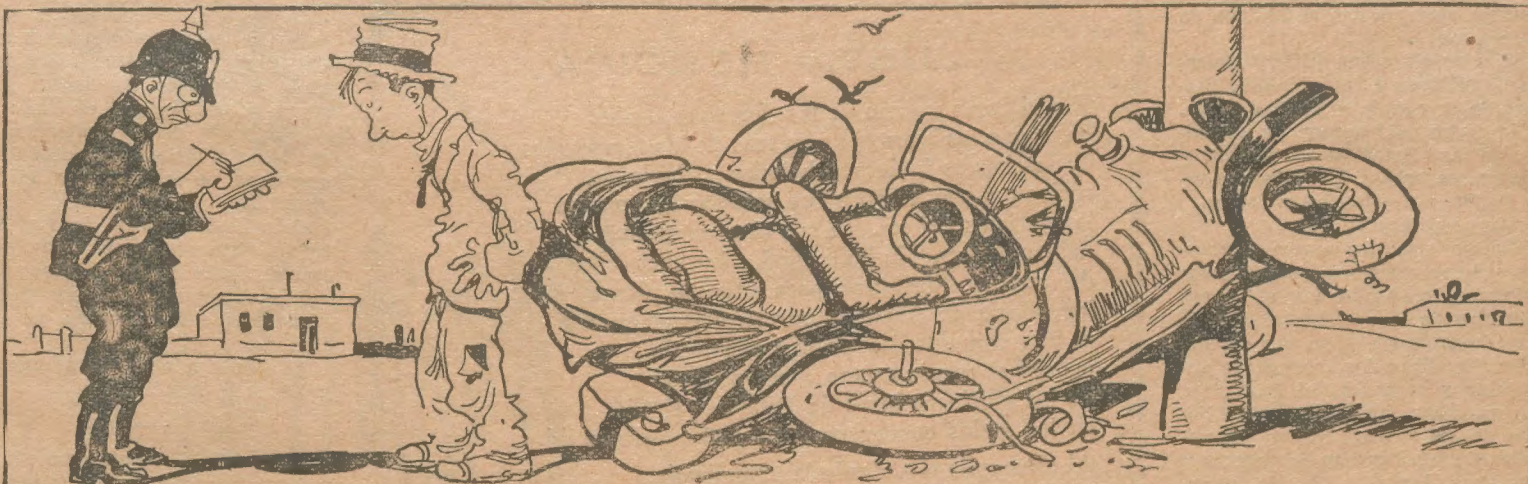
FRAY MOCHO

Año XVI

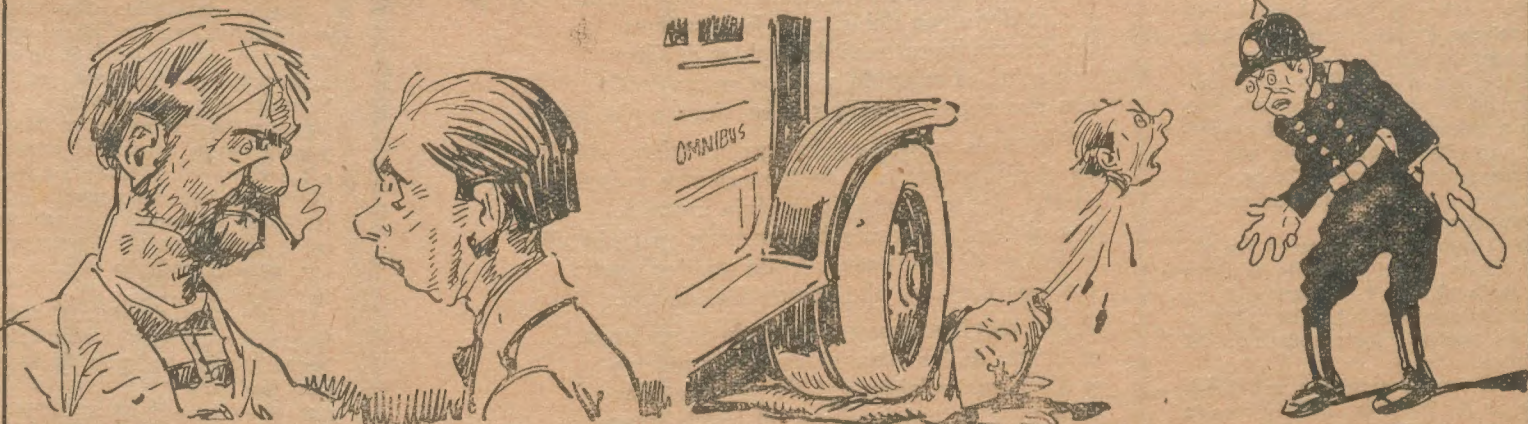
Buenos Aires, 11 de enero de 1927

N.º 768

DEL MOMENTO, por Rojas

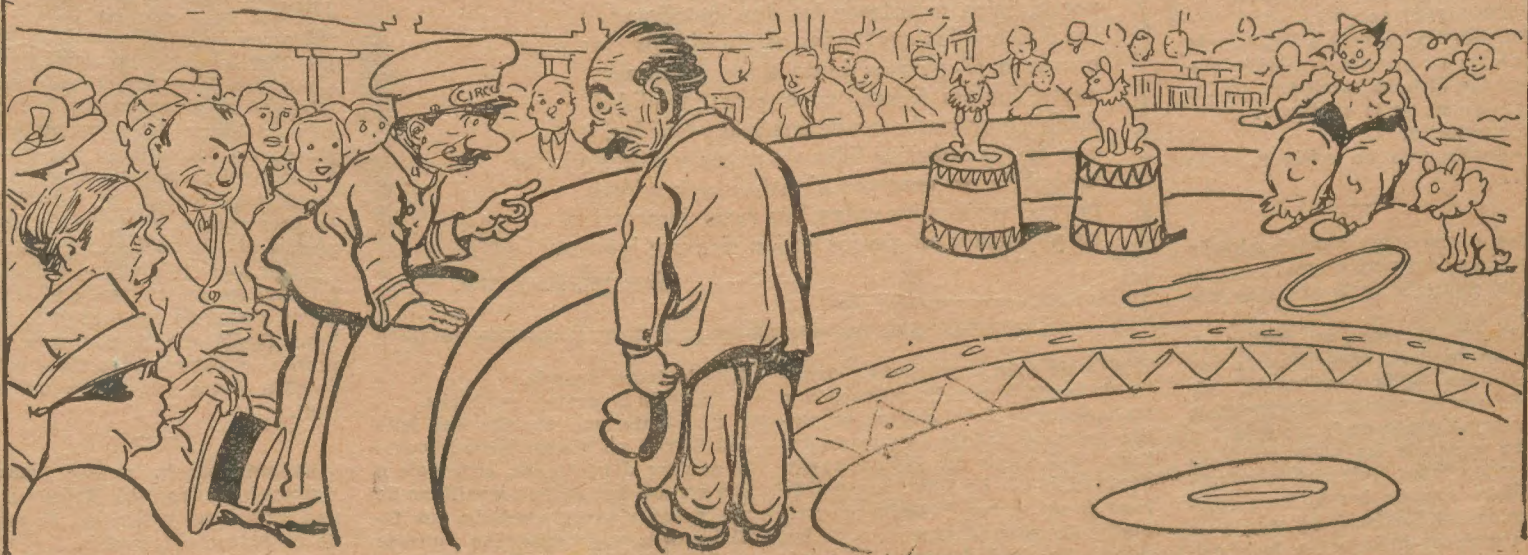


—¿No vio usted que era un poste incommovible?
—Efectivamente; yo creí que incommovible no existía más que el juez Facio.



—¿Para qué pusiste los zapatos si sabías que los Reyes no te iban a echar nada?
—Por si acaso se les ocurría echarme medias suelas.

—Agente; haga el favor de llamar a la Asistencia Pública, porque me parece que estoy herido!...



—¿No sabe usted que ese lugar es para los artistas?
—Ya lo sé, pero es que ando detrás de Liacoy, el último asaltante de Ray y Castrius.
—¿Y qué tiene que ver eso para que esté usted dónde no debe estar?
—Es que estoy sobre la pista.



Era un mocetón de elevada estatura, flaco, de ojos verdosos y una espesa y rojiza cabellera. Una nariz ganchuda avanzaba sobre su rostro muy pálido. Feo era el mozo, pero ágil y robustísimo, a pesar de su flacura y palidez.

Huraño, silencioso, como todos los que vivieron en medio de la naturaleza, fué un soldado de coraje y decisión; el hijo de los "caá-gul" combatió sin derramar sangre, y nunca tuvo miedo de morir.

Su nombre era Andrés, pero ni él mismo lo recordaba. Llamábanle "Aguará-Pytá", Zorro Colorado, y el Zorro fué uno de los héroes humildes del mariscal López, en las jornadas de la epopeya nacional.

Ahora el mariscal estaba muerto, y los "cambá" no se encontraban más en el Paraguay. Aguará-Pytá pensaba siempre que se hallaba en el infierno...

El se volvía a sus selvas tropicales, familiares e inolvidables, después de la agonía y de la derrota. Huía de las poblaciones, de los bailes, de las fiestas de los santos, y sólo se acercaba a las aldeas cuando llegaban a ellas los músicos.

¡Los músicos!!

Muchos eran los oscuros rapsodas que recorrían los pueblos y los villorios, cantando los romances doloridos de la epopeya al son de sus toscas arpas y de sus viejas guitarras. Eran los trovadores andrajosos y errantes del Paraguay, que cantaban, ante el silencio lloroso de los sobrevivientes, las pasadas glorias, los días de victoria y esperanza, las jornadas de Mayo, Boquerón, Curupaity...

Sentado en el suelo, abrazando sus flacas rodillas, el sombrero echado sobre la nuca, Aguará-Pytá escuchaba, extático, abierta la boca, los ojos perdidos en el cielo...

Parecíase a Longbow, el compañero de Robin Hood; conocía palmo a palmo los bosques del noroeste, entendía el idioma de sus rumores, adivinaba sus peligros, comprendía sus voces misteriosas y profundas.

A él también lo conocían las alimañas de la selva, desde el tigre hasta la víbora, y él, Aguará-Pytá, imitaba sus rugidos, sus silbidos, en las noches y los crepúsculos del trópico.

Su figura desgarrada era familiar en los ranchos; las mujeres le sonreían, los hombres le daban cigarrillos.

Un veterano sin brazos, agriado por los sufrimientos, le gritó un día en la puerta de un rancho:

—¡Yraguá! (espía).

Parpadeó y se volvió lívido ante la injuria sangrienta. Perdonó. Pensó en los últimos combates, en las escaramuzas de la agonía...

Y murmuró:

—Yo he sido un soldado, como tú...

Esa noche llegó apesadumbrado a la aldea. Su madre estaba agonizando, y quería verlo antes de morir.

Acurrucado sobre un rústico sillón de vaqueta, escuchaba la voz temblorosa de la moribunda, mirando por la puerta abierta hacia el campo bañado en luna; revivían en su memoria las visiones heroicas y terribles; veíase a sí mismo guiando uno de los últimos regimientos del Mariscal, en medio de las tinieblas, en la orilla de la selva; los carayás rezongaban, temerosos, entre las ramas; avanzaban por un sendero que abrieran los

AGUARÁ - PYTÁ

Por Héctor P. Blomberg

ciervos y los zorros para beber en el arroyo. De cuando en cuando, el grito estridente de un ñacurutú — la señal convenida con el oficial de mando — se escapaba de su garganta. Instantes después la avanzada brasileña caía en poder del regimiento.

Antes del alba recibió orden de apoderarse de un cambá que estaba apostado en el borde de la selva.

pocos pasos.

Cayó sobre él el paraguayo, como un puma, lo amordazó con la cera antes que el negro pudiera lanzar un grito, lo amarró en pocos segundos, se lo echó al hombro como un poste...

—Aquí está...

Dejó caer al infeliz soldado a los pies del oficial, que velaba, fumando, en un claro del bosque, mien-

JUSTA HEROICA

Era el corto verano de las tierras australes en el que los labriegos van tras de los temporales de los largos inviernos helados y lluviosos, reciben en sus campos con semblantes gozosos las caricias del sol. De sus altas montañas habían descendido las indiadas hurañas del cacique Antihueno para sitiar la plaza legendaria de Arauco; mas ni con amenazas ni aun con astucias, habían alcanzado vencer el coraje tantas veces probado de los gloriosos hijos de Pelayo y el Cid en los rudos encuentros de aquella heroica lid.

Al alba cada día, desde la empalizada, tendían los sitiados ansiosos la mirada por sobre la anchurosa llanura del Océano en busca del socorro de Penco o Talcahuano, y sólo divisaban del mar en los confines las bandas juguetonas de rápidos delfines que pasaban saltando sobre el mar agitado con sus negras espaldas y su vientre plateado.

Una tarde en que estaban ya los tristes sitiados en el último extremo de hambrientos y extenuados, vieron, desde lo alto de la vieja muralla, que al fuerte se acercaba, formada ya en batalla, la hueste de Antihueno. Traía una lengua de paz con una rama en alto como señal de paz.

A pie, con lentos pasos, apoyado en su lanza al frente de las filas, el lengua de paz avanzaba y dicen sus palabras: ¡Oh! jefe castellano, si a nuestro toqui vences, el bando araucano volverá a sus montañas, si Antihueno venciera, nuestra será la plaza, tu gente prisionera.

Y después que cesaron los gritos y clamores por la épica muerte de los dos justadores, los dos bandos contrarios al son de los clarines, cruzaron silenciosos junto a los paladines, cuyas fuertes figuras en el pastel tendidas decían, por las bocas de sus rojas heridas, que en las heroicas lides de aucas y campeadores no habría ya vencidos ni habría vencedores, porque sus bravas razas, sus razas inmortales, en pujanza y en glorias serían siempre iguales.

SAMUEL A. LILLO.

Partió sin más arma que un cuchillo de monte, un rollo de cuerda y un puñado de cera virgen; se perdió entre el follaje tupido de un ingá. Vió pasar la última ronda desde el árbol. La luna, una pálida luna de amanecer, brillaba por instantes entre los desgarrones de las nubes. Se dejó deslizar del ingá. Parecía un espectro en la penumbra de la selva. El centinela enemigo, inmóvil y negro, se alzaba a

tras la tropa dormía.

Después la escena cambiaba.

El viento que soplabá del lado del Brasil, un viento caliente como si soplara del infierno, enfurecía a los gentes, levantaba torbellinos de un polvo viscoso, resecaba los follajes, arrancaba extraños rumores a los cañaverales, estremecía los árboles.

Cegados por el polvo y el sol, azotados por el viento infernal, los

enemigos avanzaban en descubierta.

Aguará-Pytá recibiera orden de seguir a los brasileños. Pero, en aquel valle arenoso no había donde ocultarse... Meditaba, perplejo. Y fué entonces cuando en la mente del pobre paraguayo surgió la misma idea que inspiró al enemigo de Macbeth, a Malcolm, la selva de Birnam...

Rompió ramas frondosas, del tamaño de arbustos; arrojólas al valle, donde danzaron bajo el aletazo del viento. Siguió arrojando ramas rotas. Finalmente, Aguará-Pytá empezó a avanzar entre los arbustos danzantes, que no preocupaban ya a los brasileños.

Siguiéndolos siempre, llegaron a un arroyo, lo vadearon, se internaron en un monte de palmeras.

El arbusto en marcha, es decir, Aguará-Pytá, se había detenido al borde del arroyo, al pie de un urunday gigante. La rama fué abandonada al viento; Aguará trepó al urunday, desde allí observó: vió que la tropa negra acampaba cerca: el ejército de los cambá, los enemigos de la patria y del Mariscal...

Calculó el número de regimientos, la distancia, las baterías, mientras el viento rugía entre las ramas del árbol gigante... Y perdiéndose rápidamente fué a ver a su capitán.

Al alba siguiente, los paraguayos ganaron la batalla.

Aguará-Pytá seguía inmóvil, estrechando entre las suyas las manos de la moribunda, que parecía dormir. Pensó que estuviera muerta, pero la madre respiraba todavía.

Quedó adormecido. Las visiones continuaban sucediéndose en su sueño: el paso de Zanja-Hun, con el agua negra y torrentosa que llegaba hasta el pecho, resbalando en el légamo del río, entre las fangosas y sangrientas barrancas, ayudando a los compañeros que flaqueaban; el otro río angosto y profundo, con traidores y hambrientos remansos, sobre el cual, en dos horas, capitanes, cabos y reclutas levantaron el Puente Galón...

Todo lo volvía a vivir, el silencio trágico de las selvas, el delirio de los heridos, la angustia de las marchas sin agua y sin carne. Soñaba que un día, dos meses antes de Cerro-Corá, se cayeron los últimos jirones de su blusa de bayeta. Aguará tuvo que colgarse al cuello, con un alambre, sus tres condecoraciones, tres medallas de cobre...

Hacia años que los telares del Paraguay estaban abandonados, y los últimos soldados marchaban y combatían desnudos bajo el cielo.

Volvió a ver en sueños la irrupción de los soldados negros en la picada del bosque reflejaba sus árboles lúgubres sobre las aguas del Aquidabán, la sorpresa, la matanza, la persecución, el desbande final, porque el Mariscal estaba muerto.

El no cayó prisionero. Huyó, internándose en los yerbales sin límites, llenos de rumores y de sombras. Desde allí, paso a paso, emprendió el regreso a la aldea natal, perdida entre las selvas del Ibitimí.

Despuntaba la aurora cuando Aguará-Pytá despertó. Entre las suyas, sudorosas y fiebres, la mano de su madre estaba fría.

Y fué entonces cuando el pobre paraguayo, el humilde soldado del Mariscal López, lloró por vez primera.



SINTÉTICAS

EL SALVAJISMO EN ACCION

La jefatura de policía de la capital, queriendo ejercer una plausible acción previsor, publicó, con motivo de la entrada del nuevo año, edictos y carteles en los que se prohibía la bárbara costumbre de disparar armas de fuego y se incitaba al vecindario, con gráficos recordatorios de pasadas desgracias, a abstenerse de realizar tan estúpidas como peligrosas exteriorizaciones.

Si la policía hubiese adoptado tal iniciativa entre las tribus del Chaco, seguramente habría obtenido un brillante éxito de previsión social; pero pretender hacerse oír y respetar por el elemento salvaje que habita en la capital de la República Argentina, era alimentar un candoroso optimismo.

Y fué así cómo en el año en que, precisamente, se hicieron mayores recomendaciones al respecto, la estadística respondió con el más elevado número de desgracias personales, habidas hasta el presente, ocasionadas por aquellos que, con una mente de irracional o un instinto de malvado, se dieron a la macabra satisfacción de repartir la muerte a los cuatro vientos.

Ante la brillante campaña realizada este año, dichos caballeros habrán podido exclamar:

Sus edictos, señor jefe,
No han de dar mayores frutos;
La impunidad nos protege,
Y no habrá uno que deje
Que nadie nos gane a brutos.

ALARGANDO LA VIDA

El gobernador de la provincia de San Juan, acaba de imponer una patente, por valor de cinco mil pesos, a los médicos que quieren ejercer su profesión.

Los doctores se han alzado contra la trascendental disposición de dicho mandatario y, entre tanto se dirime el pleito suscitado entre ambas partes, los discípulos de Hipócrates han resuelto cerrar sus respectivos consultorios y dejar a los enfermos sin asistencia facultativa.

Si, por suerte para los sanjuaninos, esta situación se prolongase durante largo tiempo, creemos que

Los habitantes de allá
Recogerán el provecho,
Porque, en el pueblo, será
La longevidad un hecho.

OJO AL CRISTO

En Méjico una partida compuesta por un centenar de bandidos, asaltó una caravana de automóviles, ocupados por numerosos turistas que regresaban de una excursión a Cuernavaca, y los despojaron del dinero y de las armas que llevaban encima.

El hecho en sí, no tendría nada de extraño, si no mediase una alarmante circunstancia: la de que el ataque se realizó al grito de: "Viva Cristo nuestro Rey".

¡Con cuánto asombro habrán visto
Los robados pasajeros
Proclamar a Jesucristo
Capitán de bandoleros!...

COSAS DEL CABLE

Según noticias procedentes de Tejas, cuando el Banco Agrícola Nacional, situado en Buda, daba por terminadas las operaciones del día, se presentó en el establecimiento una linda joven, como de 18 años de edad y de unos 55 kilos de peso, quien, revólver en mano, obligó a dos empleados a que abrieran la caja de caudales y le entregaran cierta suma de dinero. Hecho esto, la muchacha les dejó, encerrados con llave, dentro de la mencionada caja y se retiró tranquilamente.

Más que hombres, se adivina
Que aquí hay gato encerrado;
Pues ¿qué feliz empleado
Tomó el peso a la heroína?



Nadie ignora qué es un paso a nivel, porque todo el mundo ha tenido, tiene o tendrá la desgracia de cruzar en tranvía los numerosos pasos existentes en el perímetro de la Capital.

Abundan en la parte Oeste y causan la desesperación de millares de pasajeros; pero ninguno tan molesto como el de la Chacarita, porque una concesión inexplicable equipara los coches del tranvía Lacroze al ferrocarril que corre por una vía lateral, — lo que permite al guardián mantener cerrada la barrera y obstaculizar la circulación de los coches de la compañía rival, es decir, la Anglo-Argentino, todo el tiempo que se le antoje a ese funcionario con aires presidenciales.

Los pasos a nivel son de dos categorías: la primera con cierre automático, que impide a los peatones forzar la entrada; la segunda simplemente con dos vigas de madera, que se hacen maniobrar, tirando u aflojando una cadena por un movimiento de báscula.

Es en éstos donde ocurren los accidentes, porque en los primeros existe generalmente un puente que permite a los apurados hacer caso omiso de la barrera.

Aquella mañana, en un paso de segunda clase, ubicado en el radio de Vélez Sársfield, la barrera estaba alta, seña de que ningún tren se aproximaba.

El encargado, hombre que ya alcanzaba al último de los cinco períodos en que los romanos dividían la vida humana, se hallaba sentado en una sillita de paja, dando granos de maíz a tres o cuatro gallinas que, con toda confianza, picoteaban en la palma de su mano.

Fumaba la tradicional pipa de madera y parecía ser un ente feliz en sus dominios, compuestos de unos cuantos metros cuadrados, paralelos a la vía y sembrados con alguna hortaliza.

Nadie piensa, cuando se viaja cómodamente instalado en un vagón de primera; que el modesto funcionario tiene en sus manos la vida de millares de seres humanos y que de un descuido puede resultar una horrorosa catástrofe, como ocurrió hace muchos años en la línea del Sud.

Sin embargo, ¿cómo compensan nuestras sabias leyes sociales tan grande responsabilidad?... con una exigua jubilación de 50 ó 60 pesos mensuales, apenas suficientes para no morir de hambre.

La bocina de un auto hizo levantar la cabeza al guarda-barrera, quien vio descender al chauffeur, joven de buena presencia, vestido con elegancia y, al parecer, de unos veinte y cinco años de edad. Tenía entre los dedos un cigarro de hoja.

Arrimándose al tejido de malos alambres que cerraba la propiedad del lado de la calle, dijo: "¿me hace el favor, amigo, de darme fuego?..."

El anciano se sacó la pipa de la boca y sin abandonar su asiento, se limitó a gritar a una persona invisible en el interior de la casilla: "¡Lucrecia, alcánzale los fósforos al señor!"

No tardó en salir una doncella, de unos veinte años, bien formada, esbelta, de regular estatura, cabellos renegridos y ojos pardos. Sus facciones eran finas y distinguidas;

EL PASO A NIVEL

Por Max Eugenio Auzón

una buena moza, en toda la aceptación de la palabra.

Esta fué la impresión que causó al del auto, mientras que alargando un bien torneado brazo por encima del alambrado, alcanzaba la muchacha la caja de fósforos, acompañando el gesto con sonrisa amable, que dejó en descubierto dos hileras de bien alineados dientes.

Encendido su puro, el joven devolvió la caja, agradeciendo y, to-

naudín pretendía, sencillamente, una vez extraído el cristalino opaco por los procedimientos ordinarios usados en todas las clínicas, reemplazarlo por otro cristalino extraído a persona joven, inmediatamente de producido el deceso, asegurándose, de este modo, mayores probabilidades para poder obtener la unión de sus membranas con las del ojo a operar.

La innovación era atrevida, sin

EL IDEAL

Marcha delante de nosotros como la sombra delante del cuerpo. Y es que es la sombra del alma. ¿A qué correr? ¡Cuántas vidas gastadas en esa loca carrera! Si hubiéramos aprendido a tiempo que la sola realidad en este juego es el alma, ¡cómo no nos hubieran abrumado los esfuerzos de querer seguirla huyendo de ella! Casi todos sufren de este mal de querer lo que está "más allá". Se lo darán todo y tendrán el disgusto de poseerlo todo. Otros hay que prefieren sustituir el ideal por la dicha. No es una cosa concreta lo que anhelan; es ser simplemente dichosos. Este camino suele ser más seguro y asequible, porque la dicha es cosa interior y más al alcance de todas las fortunas. Es muy frecuente encontrar gentes inquietas que buscan la dicha en cuanto les rodea, y la dicha no se pide, se da. Sólo a condición de darla se es realmente dichoso. Cuando se ha embellecido el alma se está en condiciones de realizar el ideal y de ser dichoso, porque sólo entonces hay fuego en nuestro hogar y puede ofrecerse a nuestros vecinos para que no parezcan ateridos. Esas almas blancas, embriagadas de luz y de azul, nos dejan a su paso la suavidad de una caricia; pero ellas mismas sólo amanecieron puras tras una noche de dolor y de angustias.

¡Pobres almas que lloran lágrimas divinas y siembran la ternura! Así florece la vida en rosas. Ellas tienen la sed infinita de apagar la sed ajena. Quieren atraer sobre los propios corazones todas las púas y afilados aceros del dolor, y después sonreírse dulcemente de la alegría de haber recogido todo el dolor de sobre la tierra. Ellas solas fueron dichosas y realizaron el ideal, pues que no pidieron nada, y si llamaron a las puertas de los hombres fué para rogarles que les dieran una limosna de dolor.

La misma muerte respeta la sonrisa de esas almas.

V. GARCIA MARTI.

cándose el sombrero, siguió viaje en dirección al hospital A...

Elías Renaudín se había graduado doctor en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, dedicándose a la oftalmología, que se proponía revolucionar. En efecto, quería hallar el medio de devolver a los ojos opacificados por cataratas, su completa visión; pero sin necesidad de recurrir al uso forzoso de lentes especiales, una vez extraído el cristalino.

Consideraba una utopía la sustitución de un ojo humano por otro, de animal, — sin perjuicio de la repugnancia que semejante injerto causase al paciente, admitida la suposición de que diera resultado. Re-

duda, pero no refida en absoluto con la anatomía del órgano visual.

Desde luego, si se admitía la posibilidad de injertar un ojo entero, teniendo en tal caso que obtenerse la conexión con el nervio óptico, no era más factible el injerto de solo una parte de dicho órgano, lo cual hacía innecesario ese requisito...

La prensa se había ocupado de la nueva teoría sostenida por Renaudín, y la revista "Oculus" publicó un interesante artículo con opiniones autorizadas, en pro y en contra.

Entretanto, el doctor había practicado experimentos en su laboratorio particular de la calle Donizetti, tendientes a conservar con vitalidad por cierto tiempo, cristalinos que habían pertenecido a fallecidos en el hospital, con el órgano visual

completamente sano.

Crefa poder, antes que pasara mucho tiempo, demostrar prácticamente la bondad de su sistema.

Una mañana el doctor Renaudín vió en su consultorio del hospital al guarda-barrera acompañado de su hija. Un practicante los precedía y presentó a su jefe, quien, en el primer momento, no los reconoció, lo que no era de extrañar, siendo tantas las caras que veía diariamente.

—Doctor, dijo el padre, soy el guarda-vía del cruce de la calle...

—¡Ah, sí! recuerdo ahora; vamos a ver ¿qué le pasa, viejito?

Lucrecia tomó la palabra.

—Nos han dicho, doctor, que papá tiene nubes en los dos ojos; distingue difícilmente a distancia, y el inspector le ha aconsejado ponerse en cura, porque si no, podría perder el empleo.

Renaudín hizo el examen y diagnosticó cataratas seniles, operables en breve tiempo. Y agregó: "traígame dentro de un mes".

Padre e hija se despidieron satisfechos, acompañados hasta la entrada del hospital por el galante practicante, atraído por los expresivos ojos de la "linda gringuita".

Transcurrido el mes, el doctor los vió aparecer de nuevo.

—Doctor, dijo la joven, aquí le traigo a mi padre para la operación que usted ofreció hacerle... me ha costado trabajo para decidirlo... tiene miedo...

—No tenga miedo, viejito, dijo el oculista, riendo, no va a sentir nada.

Y dirigiéndose a Lucrecia: "Déjelo no más, que lo vamos a internar".

Lucrecia regresó sola a la casilla.

El servicio del paso a nivel, durante la ausencia del guarda, fué atendido por Lucrecia, ayudada por un tío, guarda-agujas en la línea del Sud, y que, por una casualidad feliz, se hallaba con licencia.

Bruno, que así se llamaba el padre de la muchacha, era viudo desde varios años, no teniendo más parientes en el país que ese hermano, padre de un hijo empleado también en la línea del Sud.

El doctor Renaudín había prometido a la hija de su paciente darle noticias diariamente de su salud, y podía hacerlo sin molestarse, al regresar del hospital a su casa. Era su camino, Lucrecia lo esperaba, vestida ahora con más coquetería. Pensaba que el doctor, con estar preocupado por teorías científicas trascendentales, no dejaba por eso de ser hombre; pocos son los que permanecen insensibles completamente, ante una bella mujer, y Lucrecia se sabía hermosa, porque el espejo no engaña.

Comprendía, naturalmente, que entre un doctor y la hija de un pobre guarda-vía mediaba una distancia social, pero ¿no había ejemplos de príncipes que se casaban con pastoras?... Lucrecia ignoraba la historia, de lo contrario, habría comprendido que esas uniones sólo eran reales en los cuentos de hadas.

Por otra parte, ella no tenía por qué avergonzarse de su familia, en la que figuraban guerreros que bajo el mando de Paoli, habían combatido por la independencia de Córcega, contra el poder de Francia.

Esto se lo refirió un día al do-

tor, citando con orgullo a su bisabuelo Atilio, quien había servido a Napoleón, siendo condecorado por él en la batalla de Lützen, durante la memorable campaña de 1814, piedra de toque del genio militar de Bonaparte.

Le enseñó esa cruz de la legión de honor, que Bruno conservaba como una reliquia.

Tres semanas después de operado, Lucrecia fué a buscar a su padre. Con los vidrios que le había recetado el doctor, Bruno veía muy bien y, por lo tanto, podía reanudar su servicio sin dificultad.

Por el camino, el anciano, vivaracho y contento, hacía el elogio del doctor y del trato que le habían dado en el hospital.

Esos elogios acariciaban el oído de Lucrecia, para quien el doctor era un hombre superior. Lo admiraba, y ya se sabe el corto trecho que hay de la admiración al amor.

Pero Renaudin planeaba demasiado alto para caer fácilmente en las vulgaridades de la existencia, y no sospechaba, por cierto, el lugar que iba ocupando en el pensamiento de la muchacha que un mero azar pusiera en su camino. Por de pronto, restablecido Bruno, ya no tenía el médico motivo plausible para detenerse en el paso a nivel. Era relación terminada de hecho con la suspensión del boletín diario de la salud del viejo.

Renaudin dejó entonces de pasar por allí, cuando iba o venía del hospital.

Lucrecia pensó que las ocupaciones del médico lo tenían alejado. También temió que estuviera enfermo.

Un domingo, al regresar del hospital, donde había estado preparando en baños esterilizados varios cristallinos destinados a experimentos futuros, el doctor se acordó de la bella morocha y de su padre operado por él con éxito. Resolvió hacerles una visita de despedida.

Puso la proa de su auto en dirección al paso a nivel, y, ya cerca de la barrera, no hizo sonar la bocina, deseando sorprenderlos.

Voces, entre las cuales se destacaba el timbre cristallino de Lucrecia, se dejaban oír, acompañadas de risotadas. A fuer de los huéspedes habituales de la casilla, Renaudin advirtió la presencia de un mocetón barbilampiño quien conversaba familiarmente con la muchacha. Más allá, a la sombra de sauce, un viejo charlaba con Bruno.

Al advertir la presencia del doctor, Lucrecia se apartó bruscamente del mocetón y corrió a su encuentro. Con rápida ojeada, Renaudin notó que la chica estaba endomingada, luciendo un bonito vestido de faya crema, de corte elegante y que hacía resaltar su belleza. Tenía traza de niña de la mejor sociedad, fina y distinguida.

Lucrecia presentó a los parientes, Gaetan, su tío y Tulio, su primo.

La halló el doctor tan interesante que una idea, tal vez estrafalaria, le cruzó por la mente: "Lucrecia, dijo, la invito a dar una vuelta en automóvil".

Sorprendida, no atinó a contestar directamente; pero transfirió la invitación a su padre, diciendo: "Papá, el doctor me invita a dar un paseo en su auto ¿me permites que vaya?".

El anciano asintió, agradecido por el honor que les hacía un hombre tan importante, que al ofrecer

este paseo, no era guiado por otro propósito que proporcionar a Lucrecia una diversión, nueva quizá para ella.

Entró a ponerse el sombrero, que era de paja de Italia, con moños de color lila, de muy buen gusto toda la indumentaria.

Lucrecia creyó descubrir en la invitación del doctor el deseo de hablarla sin testigos, a fin de poder expresar sus verdaderos sentimientos, pero comprendió su error, pues durante todo el paseo la conversa-

Don Domingo Bovis, acaudalado estanciero del Azul, padecía de ceguera desde varios años. Un ojo lo tenía perdido sin remisión, a causa del glaucoma; en cuanto al otro, había sido declarado inoperable por eminencias oculísticas. Pero don Domingo no se conformaba con tanto pesimismo y no desesperaba de poder recuperar la visión en su único ojo. Oyó hablar del doctor Renaudin y resolvió consultarlo.

torio, le había dicho: "Si no fuera porque usted tiene que estar al lado de su padre, yo la haría nombrar mi ayudante en el hospital: la que tengo no es inteligente y es faltadora".

Lucrecia había replicado que se sentía capaz de desempeñarse satisfactoriamente.

Desde luego, ahora ya no era tan necesaria a su padre en el paso a nivel.

Se dirigió al hospital para dar traslado al doctor de su aspiración, pero Renaudin no concurrió ese día.

La operación que practicó Renaudin a don Domingo Bovis, fué presenciada por varios distinguidos colegas, unos, partidarios del nuevo sistema, los otros, dudando del resultado. El operador había comprobado que el nervio óptico funcionaba y si el cristallino que iba a injertar se adhería bien a los músculos motores, el paciente recobraría el uso pleno de su ojo.

Sería un triunfo que asociaría el nombre de Renaudin al de su ilustre precursor, Daviel...

Cuando a don Domingo Bovis le fueron sacadas definitivamente las vendas, a los quince días de operado, el hombre lanzó un grito de júbilo: veía como en sus mejores tiempos y, sin lentes, distinguía los objetos distantes, con una nitidez perfecta.

Abrazó con efusión a su bienhechor y no paró ahí su gratitud; quiso que fuese al propio tiempo un hijo y, a este efecto, le ofreció la mano de su única hija, futura heredera de un buen número de millones.

Cuatro meses más tarde, se celebró con gran pompa en el templo de moda, el enlace del doctor Elias Renaudin con la señorita Hortensia Bovis.

La hija del guardavía no se enteró de este acontecimiento, por la circunstancia de haberse enfermado en esos días el lechero que al dejarles la leche, le dejaba también algún diario. De manera que los habitantes de la casilla carecieron de toda información.

Del triunfo profesional de Renaudin había tenido, sí, conocimiento; pero ignoraba que al poco tiempo renunciaba su cargo en el hospital.

Desde que no lo veía, su carácter se había alterado sensiblemente; tan solo su anciano padre no lo notaba. Lucrecia se había tornado taciturna y ensimismada. No reía y cuando le dirigían la palabra, replicaba distraída, con monosílabos, con desgano, preocupada por algún recuerdo fatídico. Al agitar su banderilla, al paso de los trenes, contestaba con una mueca de desprecio a los canallas que, desde las ventanillas, la interpelaban con palabras soeces; sin piedad para la pobre muchacha que, de día y de noche, a la intemperie, cuidaba de sus preciosas existencias.

Una mañana, tomó maquinalmente el camino al hospital.

La primera persona que vió en el umbral, papando moscas, fué al practicante que los había introducido. El travieso joven, al divisar a Lucrecia, dijo: "Busca al doctor?... ¿No sabe que se ha casado hace poco con la hija de un ricacho a quien abrió una ventana?... Vea, prenda, si tiene apuro en verlo, se toma esta noche con el vapor de la

Receptores de Radio ATWATER KENT

Un so'o co trol

Con la introducción del modelo que ilustramos, la tarea dificultosa de sintonizar ha sido completamente eliminada y las distintas estaciones transmisoras pueden ser seleccionadas instantáneamente con sólo girar el único control.

UNICOS IMPORTADORES

Ditlevsen & Cia.

Corbachamba 54 - Buenos Aires

Modelo 32

Pidan
folletos
ilustrativos



ción del médico versó sobre generalidades, y ni su expresión ni sus palabras, dejaron traslucir otra cosa que una franca amistad, exenta de segunda intención.

¡Era, pues, un ensueño, una ilusión que se volaba junto con los pajarillos, en el tibio cielo de una mañana primaveral!...

Lucrecia respiraba a plenos pulmones el aire embalsamado y penetrante, que ponía un color de rosa en sus mejillas pálidas; embriagada por el vértigo de la velocidad, que saboreaba por primera vez.

Fueron hasta las barrancas de Belgrano, después a Palermo, dando la vuelta a los lagos...

—¡Si usted me saca a flote con su sistema — le había dicho, — la mitad de mi fortuna es suya!...

Renaudin hizo un prolijo examen del ojo de don Domingo, y contrariamente a la opinión de sus colegas, juzgó que era operable. Determinó la fecha.

Lucrecia se enteró por los diarios de la operación que en breve iba a practicar Renaudin y pensó en ofrecerle sus servicios como ayudante. Le parecía que así asociaría un poco de su vida a la de ese hombre conspicuo, reflejándose también en ella un poco de su gloria. Además, recordaba que un día, hablando de su obra en el consul-

carrera, que con toda seguridad, en Montevideo se topa con él..."

La desdichada no oyó más, porque le dió la espalda al practicante y se alejó, casi corriendo.

Durante el trayecto hasta su miserable choza, cruzó por su mente la idea del suicidio: con tirarse bajo las ruedas de un tren en marcha, quedaba todo concluido y no sufriría más. ¿Para qué continuar una existencia que no le brindaba sino decepciones y humillaciones?... ¡Amar sin ser amada... no valía la pena!...

Pero, pronto reaccionó. En sus venas circulaba la sangre del veterano de Napoleón. Perdería su dignidad, ofreciendo a los indiferentes el espectáculo de un dolor estéril. El llanto era una capitulación.

Un instante se figuró que el practicante no había pensado sino en divertirse a sus expensas. Hizo averiguaciones y no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

Decididamente los hombres eran muy viles, y, más aún, cuando los movía el interés. Triste le era pensar que ese hombre a quien colocara tan alto, en un pedestal luminoso, descendiera tan bajo, vendiéndose por un puñado de monedas. Ahora, había que buscarlo entre los vulgares adoradores del vellocino de oro.

Recapacitando, sin embargo, esta corta etapa de su misera vida, se veía obligada a reconocer en su fuero íntimo que no podía hacerle cargos a Renaudin. El no la había engañado con frases que envolvieran una promesa o que pudieran ser interpretadas como una declaración.

Sus expansiones con ella no habían franqueado los límites de una amistad respetuosa.

¡Era la primera ilusión de su juventud, que se esfumaba siniestramente!

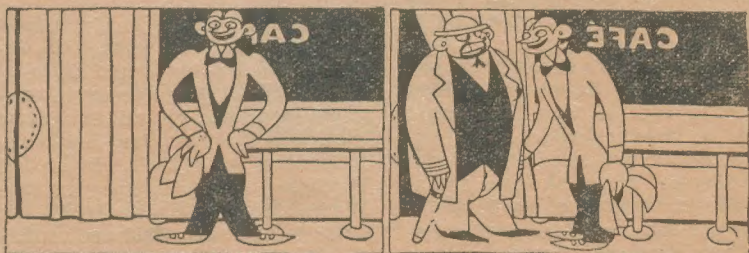
Lo juicioso era tratar de olvidar ese ensueño que no había sido más que un relámpago y continuar, al lado de su anciano padre, la lucha por la existencia.

Bruno, desde que recobrara la visión, se sentía rejuvenecido y con mayores bríos para atender su monótona obligación. Había notado la ausencia del doctor, pero como ya no lo necesitaba, pronto lo olvidó.

No obstante su firme voluntad de poner una lápida sobre sus ilusiones muertas, Lucrecia no conseguía apartar de su espíritu la imagen de la mujer que le robaba su felicidad, triunfante gracias a los millones de su padre. Ofuscada por los celos, se la representaba fea, desairada, antipática, incapaz de seducir con el solo prestigio de la gracia femenina. Pero se equivocaba, porque la esposa de Renaudin era también bella.

Una hermosa tarde de otoño, cuando las hojas amarillentas cubren el suelo, formando como un tapiz, Lucrecia, que acababa de bajar la barrera, por ser la hora en que pasaba el rápido de Mendoza, que llega a Retiro a las 15, dirigió una mirada vaga y distraída hacia la calle, desierta en ese momento. El anciano dormía su siesta.

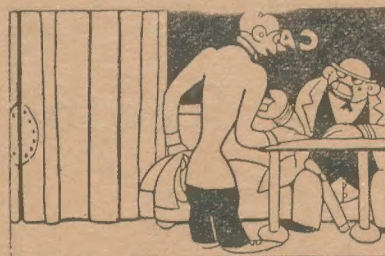
De repente, asomó en lontananza un auto que marchaba a gran velocidad, levantando una nube de polvo y en dirección al paso a nivel. Al lado del conductor, estaba



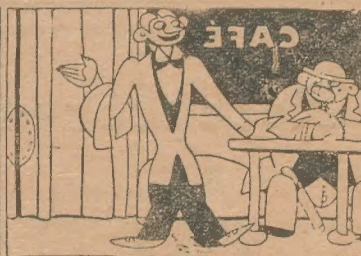
—¡Si viniera don Serapio, me arreglaba; porque todo lo que tiene de chiflao lo tiene de espléndido!



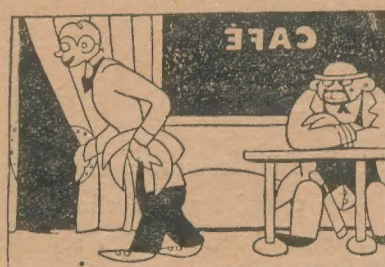
—Muy buenas, don Serapio. ¿Qué va usted a tomar hoy?



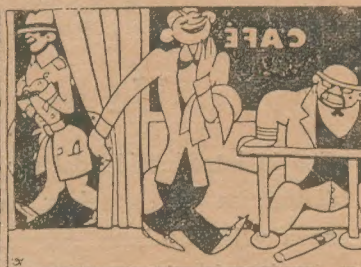
—Ya sabes que no tomo más que leche o café; pero el caso es que no sé cuál de las dos cosas tomar.



—¿Lo echamos a cara o cruz?
—No, mira: si el primero que pase es hombre, traes café, y si es mujer, leche.



—.....



—¡Ay, por Dios, don Serapio! ¡Mitá y mitá!

¿'or que se ama la vida?

Morir!... ese es el fin que hemos de tener...

Morir joven o viejo, pobre o rico, de esta o aquella enfermedad, ¿qué importa?

Lo que se deja encima de la tierra lo cubre a uno, lo que hace revolvemos contra ella en las últimas crispaciones de la carne.

Se ama la vida por lo que en la vida nos rodea; por los pedazos de vida ajena que se van adhiriendo a la nuestra durante el viaje... Por ellos es temible la muerte, por ello nos asimos desesperadamente a la vida antes de abandonarla. Vivir sobre este aciago planeta, donde tanto hemos sufrido, donde tanto hemos llorado, es poco digno de codiciarse... si no fuese por lo que se deja.

Recuerdo a este propósito algo que me contaron cierto día que visitaba un presidio.

En uno de los patios, sentado en el suelo y recostado indolentemente sobre la pared, había un presidiario viejo. Sesenta años tenía y llevaba en la cárcel cuarenta.

Cuanto dejó fuera del presidio al entrar en él, ya no existía: ni madre, ni hermanos, ni amigos, ni novia... nada. Al lado, afuera de los muros no había afectos que le perteneciesen. Dentro del presidio estaba en su patria, y dentro de él había educado unas palomas que atendían a su voz y se posaban sobre sus hombros y le acariciaban con sus alas en las calurosas siestas del verano. Toda su familia eran aquellas aves... ¡Y con ellas vivía tan a gusto!

Un día cumplió la condena: era libre.

Cuando le dieron la noticia manifestándole que tenía que dejar el presidio, se quedó atontado.

¿De alegría?... ¿De pena?... ¿Salir?... ¿Y adónde iba él? ¿Quién le esperaba? ¿Dejar su casa, su mundo, sus palomas?... ¡Todo!... ¡Vaya que no se iba! ¡Sería cosa de morirse!

JOAQUIN DICENTA.

una mujer cuyos rasgos no se distinguían todavía; pero un presentimiento hizo afluir la sangre al corazón de la muchacha, cuyo semblante se cubrió de una palidez mortal: comprendió que la pareja que se acercaba era la que envenenaba su existencia. Como cuando el rayo ilumina el fondo de un paisaje melancólico, se vió Lucrecia sentada al lado de Renaudin, aquella linda mañana de primavera, al tiempo que sentía desbordarse toda la poesía de su corazón...

El marco era el mismo: solamente era distinta una de las figuras del cuadro.

Al fin, iba a poder satisfacer su amarga curiosidad, porque el auto forzosamente tendría que detenerse ante el obstáculo, y entonces le sería dado contemplar a esa odiada rival.

Había leído "Graziella"; y el episodio de la napolitanita abandonada y luego cantada por Lamartine, no le había hecho derramar una lágrima. Era pescadora supersticiosa, que antes de desaparecer del mundo, se corta las trenzas para ofrecerlas a la Virgen, le pareció una degenerada.

La sangre ancestral de la "venetta", la sangre corsa, hervía en sus venas. El perdón se deja a los débiles y ella era fuerte, insensato quien dijo que la venganza era un placer de dioses!... pertenece exclusivamente a la humanidad, — a esa triste humanidad de que Lucrecia formaba parte...

Una nube sangrienta empañó sus pupilas ardientes. Los dedos crispados, que sujetaban la cadena, se aflojaron, alzándose los tirantes de madera.

El auto, confiado, cruzó, al tiempo que en el recodo aparecía el rápido, precipitándose como un monstruo furioso, haciendo temblar el suelo con iragor de huracán, vomitando bocanadas de humo negrozco salpicadas con carbones incandescentes, atropellando, arrollando, arrasando, destrozando, triturando, aniquilando...

En el sauce, un jilguero cantaba el himno de amor a la vida.

Los grandes templos

La catedral de Estrasburgo, en Alsacia, es uno de los monumentos más grandiosos del arte cristiano.

Su masa colosal se levanta, ennegrecida por los siglos, arrogante y hermosa. En la bellísima capilla de la Virgen se lee la firma del maestro Erwin debajo de la inscripción "Edificavit 1316". Esta capilla fué casi destruída por las tropas de Luis XIV, después de la traición del obispo Egón de Fürstemberg. Aún se ostenta el soberbio ábside del lado del coro, de puro estilo románico, que es la parte más antigua del templo, y en las altas ventanas ojivales se ven series completas de preciosas vidrieras de colores que reúnen todo el arte de la Edad Media en labores de esta clase.

En ella existen todavía el famoso púlpito que labró en 1486 el maestro Hammerer; el órgano gigantesco de Silbermann, cuyo tubo mayor tiene 341 libras de estaño y el incomparable reloj astronómico, el más notable del mundo, construído en 1354.

Sí, macabro, muy macabro. No se me oculta que es de un gusto deplorable turbar la paz de los difuntos, aunque sea con el inocente propósito de hacer un cuento; pero, no puedo sustraerme al punzante deseo de largársela al lector, y ahí va, pidiéndole mil perdones.

Desde la noche, en que puso en ridícula y precipitada carrera al fantasma que durante algún tiempo había sido el terror de los vecinos. Rafaelillo Montes, adquirió tal fama de valiente en el pueblo, que, a su lado el Cid Campeador era una tímida novicia.

¡Ahí es nada! Estar "pelando la pava" a las doce de una noche tenebrosa como un sótano, negra como una sotana, en estrecha y solitaria calleja y presentarse el fantasma; su cabeza nimbada de luces, arrastrando chirriantes cadenas y lanzando al aire tan espeluznantes lamentos, que otro que no hubiese sido Rafaelillo, en aquel trance, muere de miedo. Pero éste, ¡cál! Entrantóse con el aparecido; empuñó con fuerza su nudoso bastón y sin preguntarle si era alma de aqueste o del otro mundo, le sacudió diez o doce garrotazos, desapareciendo el aparecido entre las sombras, con tal presteza, de manera tan rápida, que en verdad pareció que de algo inmaterial se trataba.

En el suelo quedaron esparcidos: dos sábanas, una cadena de carro, varios trozos de un puchero de asar castañas y cuatro o seis velas, algunas enhiestas aún en las pedazos del puchero.

Cuando en el pueblo cundió la noticia de la hazana de Rafael, el "Asombro de Damasco" fué música comparado con el de aquella sencilla gente. La aparición del fantasma causaba allí tal terror, que, a su lado, "El Espanto de Toledo" era una ástracnada de Muñoz Seca.

En el más desentrañable misterio quedó envuelto lo ocurrido. Aquella alma del otro mundo, no había dejado la menor huella para llegar al descubrimiento de su representante en la tierra. Solo se sabía, que el punto de partida en sus correrías, era el cementerio, y que, en su espantable y misterioso vagar no se elajaba mucho de las inmediaciones de la casa que habitaba cierta viuda, apetitosa aún, que, según las malas lenguas, había logrado el estado a fuerza de darle malos ratos a su cónyuge, Don Fidel Bueno de Veras.

Por estas circunstancias, los vecinos todos, con esa fina y perspicaz intuición del pueblo, asociaban la viuda a aquellas pavorosas andanzas, con la sola diferencia que, unos espíritus más sencillos e ingenuos, creían que se trataba del alma del vejado esposo, que venía a pedirle cuentas a su viuda, y otros, menos crédulos o peor intencionados, aseguraban que era algún galán que se entendía amorosamente con ella.

Un año había transcurrido de aquellos extraordinarios y enigmáticos hechos, cuando Rafaelillo Montes, de manera en extremo misteriosa, recibió una mugriento y legendaria figura sevillana, que decía: "Señó DoraFae monte pade-cile ante una coza queleintereza ypreBenile dotra que contraute setrama loespera enesta su caza S. S. Q. E. P.D. Juan simón."

Rafael quedó pensando un momento, y al fin, haciendo un gesto de ignorancia, se dijo: — Juan Simón no puede ser otro más que el

Un cuento macabro

Por Daniel Arias de Reina



Es el vino que por ser insuperable para la mesa, debe elegir todo aquel que quiera acompañar una buena comida con un buen vino.

BEBA VINO TORO

Se vende en botellas de litro y en cascos

BODEGAS Y VIÑEDOS GIOL, Soc. An.

CANGALLO 434 BUENOS AIRES

EL CONSUELO

Cuando sepas de alguno que padece,
cuando sufra injusticias un hermano,
conságrale el cariño de tu mano,
que el cariño las quejas adormece.

Explora el corazón del que ha caído,
y si ves que sus penas son muy malas,
arráncate las plumas de tus alas
y fórmale, al que llora, un nuevo nido.

Hazte toda una venda de ternura.
Sé bálsamo eficaz, como la albura;
sé vida... terciopelo... luz... nobleza...

Quien consuela, da pan; pone un abrigo.
¡Aquél que de un enfermo es el amigo,
ganó la eternidad de su pureza!

ARTURO MARTINI.

sepulturero. Pero, ¿qué tenía que contarle ese hombre? ¿Qué cosa sería esa que se preparaba contra él? Estas interrogaciones se las hizo, mientras las ideas tumultuosamente bullían en su cerebro. Volvió a leer el papel, y el llegar a la frase "Lo espero en esta su casa", sonrió, pensando que aquel hombre vivía en el mismo cementerio, en donde, corriendo varios nichos había construido su habitación. ¡Era la primera vez quizás, que la ridícula y cortés fórmula no envolvía una mentira!

Llegó la noche y con ella la hora de la cita. El viento manzurrón y frío, gemía débilmente entre las ramas desnudas; el cielo, sin luna, constelado de brillantes puntitos que a la tierra enviaban su tenue claridad, aparecía en toda su magnificencia sublime y misteriosa; a lo lejos, blanqueaban las tapias de la triste mansión del olvido, y detrás de ellas, se erguían magestuosos e imponentes los altos cipreses como eternos penitentes, como fieles guardianes del tesoro de la muerte.

Todo enderredor acusaba la fragilidad y pequeñez del hombre, y sin embargo, Rafaelillo, tranquilo, con gentil continente, haciendo crujir a su paso seguro las hojas secas que cubrían el suelo, al cuello la bufanda, el bastón al brazo y modulando sus labios una canción gitana, caminaba con tal donaire hacia el cementerio, que, parecía ser la propia encarnación de aquella legendaria figura sevillana, que concibió el genio de un poeta.

Las campanas con triste tañer, lanzaban al espacio el toque de Animas cuando Rafael traspuso los umbrales del sagrado campo. Juan Simón le salió al encuentro, cogióle cariñosamente del brazo y sonriente le dijo:

—Vamos, vamos a mi cuarto que aquí hace frío.

Al penetrar Rafaelillo en el mezquino aposento de Juan Simón, que alumbraba con tristeza un cabo de vela, sintió su cuerpo acariciado dulcemente por una temperatura agradable y tibia. Otras cuantas tibias sirviendo de perchas, veíanse clavadas en las paredes de la miserable estancia; una calabera, a modo de palmatoria sostenía el cabo y cuatro húmeros eran las patas de una chata y desvencijada mesa a cuyo borde se sentaron.

Aquel sepulturero, no era de tétrica mirada; por el contrario, sus ojos, menudos y vivarachos, eran la expresión de una simpatía atractiva.

—Bien, — dijo Rafael con gran aplomo — aquí estoy ya. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Primeramente, describirle quien era el "alma en pena" que estuvo usted a punto de despenar rompiéndole el alma — contestó Juan Simón.

—¿Eh? ¿Tú lo sabes?

—No lo he de saber, si de aquí salí y yo mismo le ayudaba a vestirse de mamarracho.

—¿Y, quién era?

—El sepulturero dijo muy despacio ¡Don Nar-ci-so!

Una bomba estallándole a los pies, no le hubiese causado a Rafael impresión tan grande.

—Pero ¿eso es posible? ¿Don Narciso, don Narciso el boticario?

—El mismo que viste y hace pil-dorillas.

—¿Y qué fin perseguía ese hombre espantando a la gente?

—Que todo el mundo se acoquina y poder entrar sin ser visto en casa de la viuda de Don Fidel.

—¡Qué barbaridad! — exclamó Rafael, llevándose las manos a la cabeza. Don Narciso, es un hombre tan bueno, casi estoy arrepentido de los estacazos que le di.

—Pues no se arrepienta — le interrumpió con viveza Juan Simón — que no es tan bueno como usted se cree.

—¿Qué no? ¿Por qué?

—Porque Don Narciso no le ha perdonado y espera una ocasión para vengarse.

—A ver, a ver. Explícate.

—Allá va. El boticario me ha dado veinte pesos para con mi ayuda propinarle un susto tan morrocotudo que va usted a apretarse el chaleco corriendo, y hablándose en plata, si usted me da otros veinte pesos, hace lo que yo le diga, el susto lo va a llevar él.

Permanecieron aún largo rato charlando, pero en voz tan baja, que fué imposible escuchar lo que se dijeron. Al fin despidiéronse, rindiendo Juan Simón a su visitante los mismos honores con que lo había recibido; es decir, acompañándolo hasta la misma puerta del Campo Santo.

No transcurrió mucho tiempo cuando Don Narciso, le llamó para decirle:

—Pasado mañana, día 29, es la fiesta de mi Santa; quiero reunir y convidar a todos mis amigos, y como por tal te tengo, espero no faltes.

—No faltaré, Don Narciso, no faltaré, — fué la respuesta de Rafaelillo.

Llegó la noche del día de San Narciso, y viéronse reunidos en una de las dependencias del casino las amistades más o menos sinceras del boticario. El vino corría abundantemente y por consecuencia las palabras y risas salían a borbotones, pero sin que la conversación fuese común a todos, sino que, formando corrillos por separados, hablaban y discutían de mil asuntos distintos.

Una algarabía de todos los demonios reinaba en aquella estancia cuando el anfitrión, Don Narciso, rojo como un tomate y tambaleándose por efecto de las continuas y copiosas libaciones, reclamó silencio. Hizose éste, y encaramándose en una silla, peroró así el boticario: Señores: quisiera tener la elocuencia de Cicerón para expresar la satisfacción que siento mi corazón al ver esta reunión...

—¡Bravo! — gritaron unos cuantos.

—Sí, — continuó Don Narciso — hoy es un día grande para mí, al verme honrado por vuestra asistencia y sobre todo — dijo con ironía — al ver entre mis amigos a don Rafael Montes, héroe entre los héroes, que, por espacio de un año ha sido la admiración de este pueblo que lo ha proclamado del rey valor... Ahora, que como aquí estamos entre amigos, voy a ser franco; yo no participo de esa admiración, puesto que creo que el valor y el miedo son cosas circunstanciales; dándose el caso, en que el miedo vence al valor. Quiero decir — remachó — que Rafael Montes,

obró con valentía impulsado por un miedo insuperable.

Rafaelillo, que desde que comenzó su discurso el boticario, bullía inquieto en su asiento, levantóse con intención de hablar, pero Don Narciso, le atajó con estas palabras:

—Nada, y ahora señores, para que ustedes se convenzan de que el valor de Rafael es algo discutible, apuesto cincuenta pesos a que no es capaz de cumplir el encargo que yo le dé.

Se hacían multitud de cábulas sobre el resultado de la apuesta en medio de un ensordecedor tumulto de gritos, risas y chasquidos de tapones.

Don Narciso no podía disimular su nerviosismo; entretanto, Rafael, permanecía inmovible y tranquilo.

La cascada campana del reloj de la torre de la iglesia, sonaba indicando la hora de las once, cuando Don Narciso, pretextando una ligera indisposición se ausentaba de

faelillo, tan garboso como si fuera a una fiesta.

No importa que la noche fuese tenebrosa o clara de luna, serena o borrascosa. ¿Qué más da que se oyera el estrepitoso cantar del gallo o el maléfico siseo de la lechuza? La mansión de la muerte a esas horas es algo que infunde pavor al ánimo más templado. Rafael avanzó resuelto al osario, y al tomar en sus manos una calavera, una voz hueca, cavernosa, se alzó en el silencio y dijo lúgubrememente:

—¡Suelta esa, que es mía!

Rafaelillo, arrojando el despojo hacia donde la voz había sonado, con acento tranquilo respondió:

—Tómala, yo pediré una. Y en tono más alto agregó:

—Don Fidel Bueno, ¿me hace usted el favor de prestarme su calavera, si es que no le sirve, para ganar una apuesta a Don Narciso?

Algo más allá, una temblorosa voz de ultratumba respondió:

—Para ganar una apuesta a ese malvado, puedes llevarte mi calavera y todos mis huesecitos...

Del sitio de donde partió la primera voz, se levantó una sombra que, en vertiginoso correr desapareció. Era Don Narciso, de quien no ha vuelto a saberse en el pueblo.



—¡Caballero, yo no soy lo que usted se cree!
—Lo siento, señora; porque estaba dispuesto a mostrarme muy... agradecido.
—En ese caso... yo soy lo que usted se cree.

Todas las miradas quedaron fijadas en nuestro héroe, quien al fin dijo con sorna:

—Y ¿en qué consiste ese encargo?

—En ir esta noche al cementerio, agarrar una calavera y traerla aquí.

—Acepto el reto, doblando la apuesta.

—Conforme — gritó Don Narciso, sacando de su cartera los cinco billetes verdes.

Igual hizo Rafael y el dinero le fué entregado a Ruperto, el barbero, designado depositario.

la tertulia, no sin antes declarar que la apuesta seguía adelante y ofreciendo volver tan pronto como se mejorara, cosa que sería en seguida, en cuanto tomase una medicina infalible para estos casos. Sin embargo — aclaró sonriente — si Rafael volviese triunfante, sin estar yo presente, no tengan ustedes inconveniente en declararlo vencedor y en entregarle el importe de la apuesta: y ya al salir, agregó con un gesto picaresco:

—Vaya, abur...

Poco después salía también Ra-

Una gigantesca antena de radiotelegrafía

Desvanecida por completo con el transcurso del tiempo la impresión de la novedad, estuvo, como es sabido, la torre Eiffel a punto de ser desmontada hace próximamente un cuarto de siglo. Aplazada la realización de ese propósito, se ha salvado quizá definitivamente la atrevida construcción de hierro erigida en el Campo de Marte, salvación que debe a su utilidad como antena de gran alcance de telegrafía sin hilos. Basta ese fin práctico para que no surtan efecto las críticas de que ha sido objeto desde el punto de vista estético la famosa torre que hoy sirve de modelo para los grandes postes radiofónicos, porque realmente ninguna pétrea aguja ofrecería el resultado de esas armazones ferrizas, más fáciles de construir y menos costosas que cualquier sencilla torre de fábrica, ligeras y a la vez resistentes, y que además presentan una superficie mínima a la acción del viento.

Como ya lo ha hecho la mayor parte de las grandes estaciones de telegrafía sin hilos, el gran centro radiotelegráfico alemán de Koenigswurstenhausen acaba de copiar en parte la torre Eiffel para disponer así de una antena que permita atender el importantísimo servicio de T. S. H. que exige de la organización del Correo oficial.

Esa antena no es tan alta como la torre Eiffel, cuya altura es de 300 metros, mientras que la de Koenigswurstenhausen no excede de 285, y su parte central va provista de una escalera de caracol.

El asno y el perrillo

Observó cierto asno, con envidia, que su dueño acariciaba y regalaba constantemente a un perrillo, sin más razón, al parecer, que los mimos y carantoñas que recibía de éste. Resolvió, en consecuencia, imitar al perro en los halagos, para lo cual comenzó a hacer un día en presencia del dueño, una figura de zarabanda. Atónito el señor con aquel agasajo asnal, comenzó a reír de todas veras; y el burro, creyendo que había acertado el camino, no solo bailó, sino que se puso a rebuznar al oído del amo, y hasta se propasó a arrimarle algunos lametones. Enfadado el señor de aquella burla, agarró una estaca y la partió en las costillas del asno.

Aún no se ha podido convencer el burro, desde entonces, de por qué, causas iguales, producen a veces desiguales efectos.

Cómodamente, a la altura de la mano del que llega, en el marco de cada uno de los huecos que nos surgen en el ascensor del Palacio Legislativo, hay una chapa de bronce con dos botones de presión eléctrica para llamar. Debajo de cada uno se lee el infinitivo de un verbo que seguramente indica la función de cada timbre. El primero dice: "Subir". El segundo dice: "Bajar".

La cosa, aparentemente, está bien clara, y el mecanismo, a primera vista, no puede ser más simple; pero lo primero que al que llega le acae es quedarse con el índice en suspenso sin saber qué botón oprimir. ¿El que dice "bajar"? ¿El que dice "subir"?

En esto hay un ciudadano que se aproxima y le objeta:

—Usted no sabe qué botón tocar.
—Efectivamente — contesta uno.
—Si usted quisiera indicármelo, le quedaría agradecido.

—Yo tampoco estoy muy cierto — replica el hombre — pero si lo que usted desea es que baje el ascensor, creo que tendrá que tocar el botón que dice "bajar".

Uno titubea un poco, siempre con el dedo en alto. Luego agrega:

—¿No le parece a usted que será el otro? Porque lo que yo quiero es que me suban; de manera que debo tocar el botón que dice "subir".

—Está bien — contesta el hombre. — Pero para que usted suba es necesario que baje el ascensor.

—Lo necesario es que suba.

—¿Y cómo quiere que suba si antes no baja?

Este último argumento tiene esa gravitación que a uno le hace sonreír con cara un poco de idiota; pero como el anterior parece gravitar menos todavía, uno, sin salir completamente de su expresión de idiotéz, concluye por jugar a ver qué pasa y se decide a oprimir el botón que dice "bajar".

Arriba se oye un chirrido. Uno se queda esperando. El que se acercó le dice:

—Ahora verá cómo baja.

Pero uno sigue esperando y no baja el ascensor. Por el contrario, el movimiento del contrapeso que está a la vista, indica que el ascensor, en vez de bajar, va para arriba.

—Nos hemos equivocado — dice uno.

—No importa — contesta el otro. Cuando el ascensorista llegue arriba y vea que allí no lo llaman, comprenderá lo que pasa y bajará.

Uno agrega:

—Puede ser.

Transcurre un rato. El ascensor, varias veces, corre hacia abajo, pero no más que hasta el primer piso; de allí vuelve para arriba. El hombre exclama:

—¿Qué cosa bárbara!

Y sacude la cabeza. Uno también la sacude con ademán impaciente y al cabo dice al hombre:

—Tocaré el otro botón.

Lo toca. Se repite el chirrido allá arriba. Espera a ver qué sucede. Pero el ascensor no baja. Uno entonces se dirige a un empleado de gorra galonada que anda dando zancadas por el vestíbulo. El empleado llega y pregunta:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

—Que quiero subir.

—¿Y por qué no sube?

—Porque el ascensor no baja.

—Pues toque el timbre, señor.

—Ya lo he tocado.

El timbre del ascensor

Por Boy

—¿Cuál ha tocado?
—He tocado el que dice "bajar".
—¿Y no bajó?
—No, señor.
—Entonces, toque el que dice "subir".

solo.
—¿Pero cuál?
—Según para lo que sea.
—Para subir.
—¿Usted o el ascensor?
—No comprendo. ¿Cómo voy a su-

Tome LECHE PASTEURIZADA

en BOTELLAS de
"La Vascongada"

que REPARTE a domicilio en todos los radios
con sus demás productos.

0.25 el litro



—Es que también lo he tocado.
—¡Ah, claro! Así no sube ni baja. Si se tocan los dos juntos es como no tocar nada.
—Juntos no. Toqué primero uno y luego el otro.
—Está mal. Hay que tocar uno

bir yo si el ascensor no me sube? Y si el ascensor no me sube, ¿para qué voy a querer que suba ni que baje?
—¿De manera que usted quiere que baje el ascensor?
—Eso es. Quiero que baje, pero

EL CAMELLO

La vez primera que vieron los hombres al camello, huyeron de él aterrados, al considerar su magnitud. Algún tiempo después, la experiencia les manifestó que el camello era manso, y entonces le tributaron amistad mezclada con respeto. Más tarde hubieron de caer en que el camello no se incomodaba, y decidieron cargarle de una manera excesiva. Por último, averiguaron que era sufrido hasta la heroicidad, y entonces le pusieron freno y lo entregaron a la inclemencia de los muchachos.

para que me suba.

—Entonces está claro: si usted quiere subir, toca el botón de bajar; así como si quiere bajar, tendrá que tocar el de subir.

—¿Al revés?

—Aparentemente, sí; pero no hay tal cosa. Se trata de una nueva concepción de la mecánica moderna en la que se tiende a no confundir el pasajero con el vehículo, contrariamente a lo que ocurría hasta ahora. Pero eso a usted le resulta caro.

—Lo que resulta es que el ascensor no baja, — salta uno ya un poco amostazado.

Pero el hombre retruca alzando el tono:

—Eso es porque usted ha tocado el botón contrario.

—Le digo que he tocado los dos botones.

—¡Peor todavía, señor! Ahora verá si baja o no baja.

Y esto diciendo, con ademán enérgico y resuelto, el empleado adelanta el índice frente a la chapa de los dos botones. Solo que en el momento de la pulsación, el hombre detiene el dedo para preguntarle a uno:

—Usted, ¿qué quería?

—Quería subir.

—Pues bien; ya está.

Y oprime uno de los botones.

—¡No es ese! ¡No es ese! — exclama en este instante otro ciudadano que se acerca por detrás.

—He tocado el que dice "subir", — contesta secamente el empleado.

—¿Y cómo va a subir si ya está arriba?

—¿Cuál?

—El ascensor.

—Pero este señor está abajo.

—Pues toque para que baje el ascensor.

El empleado sonríe despectivamente y mira al recién llegado de los pies a la cabeza. Es un hombre corpulento y bien plantado.

—¡Pretenderá usted enseñarme! — exclama con cierta sorna el empleado.

Pero el otro le replica con gran calma:

—¿Cómo no voy a enseñarle si soy el inventor de este sistema?

Uno se vuelve asombrado.

—¿Usted es el inventor?

—¡Naturalmente!

—¿Quiere decirme dónde podemos conversar un rato?

—¿Para qué?

—Para hacerle un reportaje.

—¡Hombre! ¡No fatílabas más!

—Sí, señor. Es lo que falta. He perdido el debate de la Cámara, pero no es cosa de perderlo todo.

II

Salgo de hacerle mi reportaje al inventor de la chapita con los dos botones que constituye el sistema de llamada aplicado a los ascensores del Palacio Legislativo. Ya se ha dicho que se trata de un hombre corpulento y bien plantado; algo así como lo contrario de haber dicho que se trata de un hombre que camina en bicicleta con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Nada hay que agregar a esto.

Llegué. Saludé. Me reconoció. Le sonreí. Me ofreció una silla.

—Gracias. Estoy bien así. Cuatro palabras no más.

—¡Oh, no! ¡Qué disparate! Siéntese usted.

De manera que tuve que sentarme. En seguida comencé, mirando al fondo de un corredor:

—¿Tiene usted muchos loros?
—Yo, no. Son chifladuras de la patrona. Loros, gatos, conejos, canarios... ¡Qué sé yo! ¡El Zoológico!

Nos sonreímos los dos. Yo agredí, sacando el lápiz.

—Pues verá. La otra tarde, cuando nos encontramos en el ascensor, no creí oportuno el momento para manifestarle minuciosamente toda la admiración que su notable invento me ha producido.

El inventor abanicó la atmósfera con una mano.

—Bah, bah, bah... — me contestó. — Ustedes los periodistas, siempre tan llenos de exageraciones. Mi sistema carece de importancia.

—Eso, no.

—Sí, señor. Carece de importancia. ¿Quiere fumar?

—Muchas gracias.

—Es un pequeño aparato que nada tiene de particular, aparte, claro está, de su sentido práctico. Lo único asombroso en todo esto es que a nadie se le haya ocurrido hasta hoy el dotar a los ascensores de un sistema de llamada menos engorroso que ese que vemos por todas partes. ¡Francamente, señor! Ese sistema de un solo botón para toda una batería de timbres, o de un solo timbre para toda una batería de botones, como puede usted observar en los ascensores de los hoteles, se presta a una serie de confusiones que complica absurdamente la vida del ciudadano de nuestros días, que lo que pide es confort y claridad.

—Sí, claro.

—¿Verdad que es claro? Yo lo venía diciendo desde que hicimos las primeras aplicaciones de la electricidad. Pero, señor, ¿en qué cabeza cabe? Siendo dos únicamente los movimientos naturales y específicos del ascensor, uno de ascenso y otro de descenso, uno para subir y otro para bajar, ¿qué podía haber más lógico y más sencillo desde el punto de vista mecánico y desde todos los puntos de vista, que el arribar a un sistema que suprimiese tantas baterías y colocase un botón para cada movimiento?

—Naturalmente. Un botón para subir y otro para bajar.

—Como usted ve, era el huevo de Colón.

—No tanto, profesor. Sólo que su mecanismo resulta tan congruente que uno recibe la sensación de que debía estar en circulación desde la época de los eres botones.

El inventor, al oír esto, aborrascó el entrecejo como preguntándose: "¿Qué tres botones?". Y acto seguido añadió:

—No recuerdo yo esa época. Pero de todas maneras, ahora no es eso lo que interesa. Lo que interesa es que la gente que concurra al nuevo palacio advierte sensiblemente que hemos resuelto un problema.

—Dos problemas, profesor.

—Es verdad. Porque resuelto el primero, que era el de la simplificación mecánica del organismo, quedaba otro problema por resolver: el de la incuestionable peregrinidad del pasajero al encontrarse frente a dos botones y no saber cuál tocar por ignorar la función de cada uno. Y ahora va usted a reírse, porque la cosa es absurda, pero este segundo problema me resultó mucho más bravo que el primero. ¡Mucho más bravo!

—¿Sí?

—Como lo oye. Hasta que repentinamente, un día, fumando un ci-

garrillo, — que es como surgen todas las grandes cosas — se me ocurrió la idea. Es la idea que usted ha visto realizada y que carece de sustitutivo. Un letretrito debajo de

es decir, dando ya usted resueltos todos los problemas, se producen enredos, embrollos y discusiones como esas que acaba usted de describir en su soberbio artículo de ayer.

VUELVE POR OTRA



—Tu marido es un fresco, que me ha pedido relaciones.

—Más fresca soy yo, que las he tenido con el tuyo.

cada botón. En uno diría: subir; en otro diría: bajar. ¿No le parece insustituible?

—Me parece pitagórico, profesor.

—Y sin embargo, mi querido amigo, calcule usted cuál será el nivel mental de nuestra gente, el estado de atrofia del cerebro medio de nuestra colectividad, cuando en presencia de un sistema como éste,

—¿Le pareció a usted soberbio, profesor?

—Yo nunca hablo al cohete. Me pareció soberbio por varias razones, pero más que por nada por su función instructiva. ¡Ah, sí! Ahora supongo que después de eso, las personas que quieran servirse de los ascensores del nuevo palacio sabrán qué botón tocar.

MÁXIMAS

—El deseo de aparentar que somos personas de mérito, nos priva a veces de serlo.

—Hay personas débiles que conocen su propia flaqueza hasta el punto de saber aprovecharse de ella.

—A pocos hombres es dado conocer todo el mal que hacen.

—A veces tendríamos que avergonzarnos de nuestras mejores acciones, si conociere el mundo la causa que las ha motivado.

—Se necesita la misma habilidad para poner en práctica un buen consejo, que para obrar por propia iniciativa.

—Podemos dar consejos, pero no conducta.

—Nunca nos ponen tan en ridículo las cualidades que tenemos, como las que afectamos tener.

ROCHEFOUCAULD.

Tuve que hacer una pausa. Tuve que mirar al loro. Tuve que mordirme un labio. Tuve que trazar un círculo en el aire con la contera de mi bastón. Luego dije con marcada timidez:

—No obstante, profesor, permítame confesarle que usted, como la mayoría de los inventores de pura raza, es hombre de demasiada buena fe.

El inventor se encogió de hombros.

—Eso no me perjudica — dijo pisando el pucho del cigarro.

—Metafísicamente, claro que no. Pero ya que nos hemos metido en este reportaje, yo creo que todos ganaríamos algo si usted tuviese la bondad de aprovechar la ocasión que se le presenta para subsanar las deficiencias de la mentalidad colectiva explicándonos en dos palabras, concretamente, cuál botón hay que tocar para que el ascensor suba y cuál para que baje, cuando el pasajero se encuentra abajo y el ascensor arriba.

El inventor se me cruzó de brazos para interrogarme:

—Pero usted, ¿no se ha encontrado precisamente en ese caso?

—Precisamente, sí señor.

—¿Y cuál tocó de los dos botones?

—Toqué el que dice bajar.

—¿Y qué? ¿No bajó?

—No bajó.

—¿Qué hizo entonces?

—El ascensor? Subir. ¿Yo? Esperar.

—¿Ve usted? Lo primero fué culpa del ascensorista, que entendió que usted quería bajar y no que le bajarán el ascensor; pero después la imprevisión estuvo de parte suya, que en lugar de esperar, lo que debió haber hecho es tocar el otro botón. Porque conviene advertir que hasta las posibilidades más remotas se hallan previstas en mi sistema.

—Es que usted se precipita. Cuando vi que el aparato no bajaba, yo toqué el otro botón.

—¿Y entonces?

—Tampoco bajó.

—Claro. Se ve que el ascensorista entendió bien la señal.

—La entendería muy bien, pero yo me quedé abajo.

—Perfectamente; pero a mí, ¿qué me cuenta usted con eso?

—Yo, nada. Es usted el que debe de decirnos en qué consiste la simplicidad de su notable invento.

—¿Otra vez? ¿Pero cuántas galeas de imprenta va usted a llenar con esta bagatela? El aparato, señor, no puede ser más simple: dos botones y dos verbos; uno para subir y otro para bajar. Si el mercurio del cerebro popular permanece eternamente bajo cero, la culpa no es mía, señor! Más le diré todavía: le diré que en las presentes circunstancias nada importa que la gente suba y baje por las escaleras o que se pase la tarde delante de los dos botones del ascensor. Después de todo, ¡para lo que la gente va al Palacio Legislativo!

Y el inventor añadió levantando las dos manos:

—¡Claro que no lo digo por usted! Si usted no sabe qué botón tocar, es por culpa de los otros, que no lo saben tampoco.

—Comprendo; sí señor.

Y aquí acabó la entrevista. Ahora fui yo quien tiré el cigarro y lo apagué con la punta del botón.

KANCHIS SORUCO

Por Fausto Burgos

(Del libro «La sonrisa de Puca-Puca», recientemente aparecido)

Bañábanse de luz los cerros de Cochinoa y los altos montes de Orus-Mayu.

En cuanto se levantó Kanchis Soruco, salió al patio y echó a vagar la mirada pensativa. Cerca, a tiro de honda, levantábase silencioso, escabroso, su cerro natal, un cerro bermejo y triste, al que cubrían densas brumas, en los días de ventisca. ¡Su cerro natal! Lo había andado, lo había recorrido a pie desde niño. ¡Cuántas veces se echó de bruces, a beber en el claro ojo de agua! ¡Cuántas veces siguió a las gráciles vicuñas; y cuántas, en compañía de Kori, el pastor, anduvo repechando por las ásperas cuevas, detrás del hato de llamas coris, negras, castañas! Su cerro natal, eternamente azotado del viento de la Puna, era guarida del rayo: cuando desde las nevadas cumbres próximas bajaban en inmenso tropel los nublados, repercutía el trueno, estremecíanse las rocas y los rayos hundían en la formidable mole bermeja, sus claras líneas fugitivas.

—Kanchis, espérame, te acompañaré...

Kanchis Soruco volvió la cabeza y miró a su hermana.

—Bueno.

—¿Iremos a la Gruta?

—Sí... no...

—¿Estás triste, Coya?

—Sí... no...

—Dí que estás triste.

—Sí... no...

Llampa Soruco, se echó a reír; reía como una chichuela.

—Péinate ligerito, Llampa...

—Sí, ligerito...

Llampa se hacía el tocado a raya central.

—¿Iremos a la Gruta?

—Sí... no...

—¿A dónde, entonces?

Kanchis, miraba el suelo. Sin despegar los moceriles labios, se dijo: Kanchis Soruco, vete a andar por los varios y tortuosos caminitos del cerro, trepa las empinadas cuevas, recorre las abras dormidas, ponte a mirar hacia abajo, desde el filo de los despeñaderos, siéntate en los pedrones, échate cuesta arriba, camino de las cumbres; y si tienes tiempo y si te place, quédate un rato a mirar los espinudos cardones que crecieron al mismo tiempo que tú. ¿No los ves desde aquí, Kanchis Soruco? ¿Recuerdas de aquellas tardes cuando ibas a sacarle las espigas, a robarles sus bonitas flores rojas? Esos cardones que están tiesos sobre las faldas, como centinelas, crecieron al mismo tiempo que tú. Kanchis Soruco: vete a recorrer cuevas, abras, caminejos de vicuñas, caminitos de llamas; míralo todo porque de aquí a tres días, tus ojos tristes sólo contemplarán llanuras dilatadas, amarillentas y un río inmenso, cuyas aguas bermejas ondulan y se encrespan.

—¿Estás triste, Coya? — tornó a preguntar Llampa. Kanchis Soruco no levantó los ojos.

—¿Qué más quieres, Coya! Te irás a conocer Buenos Aires... ¡Ojalá me mandaran a mí también!

—¿Te irías conmigo, Llampa?

La moza miró el monte cercano, los cerros de Cochinoa, los picos de Orus-Mayu, y contestó con tristeza:

—No... no... Kanchis.

—¿Por qué?

—No sé por qué...

—¿No te irías con tu hermano, Llampa? Allí, andaremos en automóvil todo el día, tendremos dos piezas bien arregladas en un quinto piso, tú lucirás los más elegantes trajes, las más valiosas joyas. ¿No te acuerdas de los que nos contó Chaile?

—¡Chaile! — exclamó Llampa, e imaginó al pobre Chaile consumido por la tuberculosis; le veía las mejillas blancas, las orejas transparentes, los ojos sin brillo, los labios cárdenos. El pobre Chaile siempre andaba con el pañuelo en la boca...

—Chaile se enfermó allá...

—El tuvo la culpa...

—Cuando se fué, vendía salud.

—¿No te acuerdas de los que nos contaba Chaile?

—Sí... cómo no...

Y Llampa Soruco, mientras se hacía el tocado, pensaba en el po-

bre Chaile. La moza se decía: lloró cuando me dió la mano; lloró cuando lo trajeron...

Lo enterraron allá en una quebradita del cerro Ari-Tucum. Ya no podía caminar; se lo pasaba sentado; sólo le quedaban los huesos, cuando se cayó boca abajo.

—En Buenos Aires, Chaile estuvo a punto de casarse con una millonaria...

—Lo engañaron al pobre...

—El destino...

—Si se hubiera quedado aquí, viviríamos allacito, allacito... ¡Qué lindo hubiese sido! Yo, al lado de Chaile... tú hubieras ido a jugar con nuestros hijos. ¿No es cierto, Coya? Pero... ahora... él bajo tierra...

—Vámonos, Llampa; tengo deseos de andar por el cerro, tengo deseos de ponerme a mirar los cardones espinudos que crecieron al mismo tiempo que yo. No sé qué



ES el "brazo derecho" de mamá en sus quehaceres; la confidente de papá en sus cuitas; la consejera de los hermanos; la enfermera de los abuelos. Y quizás por lo mucho que trabaja, o tal vez por lo que está en una edad delicada, hay días en que le duele la cintura, y otros en que siente malestar y cansancio. ¡Gracias a Dios que siempre hay en casa

CAFIASPIRINA

Una dosis le calma inmediatamente cualquier dolor y le devuelve las fuerzas, el bienestar y la alegría. Por eso llama a CAFIASPIRINA "el consuelo de la familia".

Incomparable para dolores de cabeza, muelas y oídos; neuralgias; consecuencias de los excesos alcohólicos y de las trasnochadas, etc. No afecta al corazón ni a los riñones.



¡No reciba tabletas sueltas!

Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRE "CAFIASPIRINA" de dos.

siento cuando los miro...

—¿Alegria, pena?

—No sé... no sé.

Salieron trabados del brazo. Esháronse a andar por un caminito que iba repechando, repechando. Bafiábanse de luz, los cerros de Cochínoca, los picos de Orus-Mayu.

—¿Qué diría el doctor Márquez, si nos viera de ojotas?

—Diría que somos unos salvajes.

—¿Nosotros?...

—Que venga él a resbalar con sus botines de cuero inglés; que venga doña Margarita, para que deje entre las piedras los tacones de sus zapatos azules...

Kanchis y Lampa calzaban ojotas monteses.

—Y me quedan bien las ojotas... mirame los pies, Kanchis.

—¿Si te los hubiera visto el pobre Chaile!

—El vió estos pies cuando llevaban zapatitos de seda; no se figuró que yo, "la mujercita de ojos indios", vendría a vivir aquí, al pie de este cerro, en la casa de nuestros padres. ¡Si no se hubiera ido!... Al verlo partir, pensé que no volvería. Volvió Chaile; pero... ¡en qué estado volvió! Tú no lo viste morir. Yo, temblando, temblando, lo levanté del suelo y después... le cerré los ojos.

—El destino...

A la vera del camino fragoso se detuvieron; en un pedrón, sentáronse. Kanchis apoyó la barbilla entre las manos y se dijo: No te vayas, Kanchis. ¿Por qué quieres alejarte del terruño? ¿Acaso no estás bien aquí? ¿No te ama acaso la linda Collaguaima? No te vayas, Kanchis; allá en la ciudad del bullicio, del lujo, del oro, hermosas mujeres de tez blanca, de cabellos blondos, de ojos aturquesados, te engañarán. Y cuando vuelvas — si es que vuelves — no reconocerás a tus padres y la linda Collaguaima huirá al verte llegar.

Llampa Soruco, miró a su hermano y le habló de esta guisa:

—¡Pobre Chaile! Ya no podía caminar cuando se cayó boca abajo... No te vayas, Kanchis. Yo le pediré a papá que no te deje ir. ¿Por qué quieres alejarte del terruño? ¿Para qué quieres títulos, Kanchis? ¿No tienes cuanto dinero deseas? ¿Quién velará allá, tu sueño? ¿Quién te arreglará la ropa en el armario? ¿Estás triste, Coya?

—Si... no...

Al improviso pusieron de pie y tendieron la mirada. Sobre las faldas áridas, bermejas, erguíanse silenciosos los espinudos cardones.

—¡Míralos, Kanchis!... ¡Qué lindos! Les robaré flores y formaré un ramo.

—No sé por qué me imagino que no volveré a verlos...

—No te irás, Kanchis.

Centinelas parecían los tiosos cardones; centinelas alineados sobre las pendientes áridas.

—No te irás, Kanchis... Allá en Buenos Aires, te engañarán.

Kanchis Soruco, pensó para sí: Tal vez no volveré a verlos...

Y a un cardón de dos brazos eri-

zados de espinas castañas, le robó dos hermosas flores rojas.

—Vámonos, Llampa, que se nos vienen encima los nublados.

Ella, la garrida morena de "los ojos indios", la de las trenzas negras, lo miró largamente. El viento de las cumbres traía olor, traía frescor de lluvia.

II

El "nuevo rico" ventruado que iba acariciando su medallón de oro; el inglés aquel que llevaba la cara y el cabello casi cubiertos de polvo,

fuerza, le taparon los ojos y la boca.

—¿Y adónde se lo llevan? — preguntó el inglés.

—Dicen que la familia del mozo vive en Cochínoca, allá en la Puna de Jujuy. Tendrá que trasbordar en Güemes y luego bajarse en Abra Pampa... Después, tendrán que andar cinco leguas a lomo de mula. ¿Qué mula, por más vieja que fuera, aguantará un loco sobre el lomo?

Ya habíamos pasado la estación Lumbreras, en la provincia de Sal-



—¡Hombre! ¡Haga el favor de retirarse un poco! ¡Porque con el calor que hace y las pieles se me va a derretir el helado!

que leía a ratos un diario y que de vez en vez cerraba los ojos y abría la boca, salieron de prisa del coche lujoso que era la cola del tren. Me levanté y los seguí. Anduvimos a lo largo de tres vagones de primera; al penetrar en el coche de segunda, escuchamos gritos. Pasó el guarda y nos dijo: Llevamos un loco; es un mozo decente, viene desde Buenos Aires. En Tucumán, lo tuvieron que subir entre cuatro; lo manearon, le pusieron el chaleco de

ta. El guarda tornó a decir:

—Llevamos un loco. Es un mozo decente. Pasen... pasen, si es que quieren verlo. Y tengan cuidado porque el mozo es capaz de una hechuría. Hace un rato le acerqué a la boca unas cuantas uvas y casi, casi me llevó los dedos...

Hasta treinta personas había en el coche de segunda. El loco me miró con mirada tenaz. Diéronse media vuelta el inglés y el "nuevo rico".

Mármoles paganos

PRAXÍTELES Y SU ESTATUA

Llegaba el sol al término de su marcha triunfal, entre doradas brumas Atenas se envolvía y era la tarde aquella como una sinfonía de sistros armoniosos y flautas de cristal.

Trabajaba el artista en la calma vernal y ante su vista atónita, por fin aparecía la diosa toda hermosa, serena, blanca y fría como una apoteosis de belleza carnal.

Sintiendo Praxíteles no darle corazón a la estatua a quien forma dió tan gallardamente el ritmo de su mano y el de su inspiración, en el mármol divino puso un beso ferviente... La diosa estremecióse, vibrando de emoción mientras la enrojecía la luz del sol poniente.

AMANTINA COBOS DE VILLALOBOS.

—Quédate quietito Kanchis... ¿No ves que te lastimas la boca? Allá en tu casa te esperan tus padres y Llampa. Llampa te curará. Cuando la veas, me pedirás que te quite el chaleco de fuerza para abrazarla; yo te lo quitaré. ¡Quédate quietito, Soruco!...

Kanchis Soruco, bajó los ojos y empezó a llorar silenciosamente. Gruesas lágrimas encendían la sangre que manchaban sus mejillas. Y no hubo un temblor en sus labios bermejos. Le pasó la mano por los cabellos y cariñosamente, casi al oído, le dijo: ¿Por qué lloras Kanchis? ¿Te acuerdas de mí? Yo soy Carlos, Carlos, tu compañero... Ayer supe lo que te ocurrió. He venido a acompañarte; iré contigo hasta Abra Pampa. Sanarás, Kanchis, cuando recibas en la cara el aire frío de tus cerros...

¿Qué hizo Kanchis Soruco en los cinco años que pasó en la ciudad de las casas altas, del lujo, del oro? Reír... amar... Lindas mozas de tez blanca, lo amaron, y él, ingenuamente, las amó. Y cuando volvió la cabeza, para recorrer con la mirada lo andado, miró el abismo... Reír, amar... Se quedó solo, desfalleciente. Y aquellos labios encendidos que lo besaron, le sonrieron maliciosos. Una mañana, casi desnudo, descalzo, echóse gritando por las calles rumorosas de la ciudad del oro.

—No llores, Kanchis... Cuando lleguemos a Abra Pampa, yo te quitaré el chaleco de fuerza.

Y las claras lágrimas de sus ojos adormecidos, encendían la sangre que manchaba sus mejillas. Al improviso, se encogió todo entero y quiso echarse afuera.

—Mira las pasacanas, Kanchis. ¿No te acuerdas de los cardones de tu terruño?

Por entre las tupidas copas de los cebiles asomaban sus dedos largos los cardones.

III

Desde León hasta Abra Pampa, no habló el pobre Kanchis. Miraba silenciosamente la quebrada guijarrera, las abras sombrías, los picachos nevados, lejanos.

En cuanto se apeó le quitamos el chaleco de fuerza. No reconoció a sus padres ni a sus amigos. Lo abrazaron, lo besaron. Con voz levantada, mirando hacia los cerros de Cochínoca, dijo: Yo soy Rodrigo de Castro, el Conquistador... Siganme los que buscan la felicidad... Tres veces se hará la noche y tres veces nos sonreirá. Yo llevo en mis labios el dulzor de los besos...

Llampa lo abrazó llorando:

—¿Por qué te fuiste, Kanchis?...

El la miró asustado, lanzó un grito de angustia y echóse corriendo cuesta arriba. Al día siguiente, al pie de un cardón rumoroso lo encontraron. Caído de bruces, parecía que besaba la tierra bermeja...



¿Cuánto tiempo llevaba arrumbado aquel retrato de una mujer amada y muerta, de una mujer no admitida — como una santa apócrifa — en el retablo familiar, pues no había sido ni una novia pura ni una esposa, sino tan solo un loco y reproducible amor de juventud? Nunca fué bien visto por las hermanas severas, lírios de virginal adustez, y hubo un unánime ceño de anatema, cuando, a raíz de muerto el modelo, presentóse en la casa el hermano, llevando los ojos encendidos en el doble fuego del llanto y el insomnio, y debajo del brazo, como una reliquia, aquella ampliación encajada en un marco pobre y tosco. Un gesto doble y unánime de escándalo hicieron los escuálidos brazos fraternales cuando el hombre expresó su intención de colgar aquel retrato de la pared de la sala, entre otros sagrados retratos familiares y santos lienzos de iglesia. Aquello era una profanación. La mujer, cuyas facciones reproducía el retrato no era digna, aun purificada por la muerte, de alternar con aquellas otras efigies venerandas. Ella había sido un pecado, un pecado lamentable y triste, en la vida del joven, y no debía ser exhibido de aquel modo ante los ojos de la gente cual un amor bendito y santo. Y arrebatándolo de las manos del hombre, abatido por el dolor, lo arrumbaron sabe Dios dónde, en los desvanes, entre las cosas inservibles y entre esas galas anticuadas a las que un tiempo se les tuvo un amor que ahora sería vergüenza confesar.

El, al fin, joven todavía, no protestó mucho contra la inexorable sentencia fraternal. Tampoco para él aquella mujer era una santa, aunque la nimbaba la aureola de un amor heroico y abnegado, sino una mujer entre las mujeres pasadas y las que aún le brindaría la vida.

Transcurrido el período inevitable del recuerdo continuo que deja como una tortura, el largo culto de una costumbre, volvió a su antigua vida de soltero, voluble y caprichoso, que se prevale de su libertad y la defiende, saboreando el encanto de ser un novio eterno. Tornó a seguir sus huellas antiguas en la noche, entre amigos y mujeres locas, y cada aurora, el ruido de su llave en la cerradura, despertaba sobresaltadas, con un rumor de violación, a las hermanas que dormían. ¿Habría de ser siempre así aquel hombre sin freno? ¿No tendrían nunca influjo sobre él sus palabras prudentes ni el austero y fragante ejemplo de su castidad. Y se afligían y se indignaban, retorciéndose las manos pálidas y secas ante las imágenes de las santas familiares que habían presenciado todos los dolores de la casa y escuchado las preces de la madre muerta.

¿Qué hacer para enfrenar aquella vida loca del hombre disipado que, soltero, conservaba los resabios de un eterno joven, cuya soledad misma era un romántico misterio que atraía a las mujeres, compadecidas y prendadas, llenando la casa fraternal de vecinas ociosas? Con el pretexto de verlas a ellas, a las vírgenes tristes, iban a ver al herma-

La evolución del retrato

Por R. Cansinos - Assens

no, al hombre sin amor, que suponían hastiado de placeres. Era una verdadera invasión, contra la que ellas se sentían indefensas, faltas del fuero de una esposa para imponerse y defender al pobre hermano, al que ellas querían conservar siempre célibe, para que realizase idealmente la sacerdotal figura con que soñara la madre a aquel hijo dulce y blanco. Hubiera sido absurdo mostrar celos, y, sin embargo, los sentían. Celos cándidos de hermana, temor a verse algún día solas u obligadas a convivir con cuñadas jovencitas que las dominaran y humillasen. Temblaban de susto viendo al hermano tan cortejado, temiendo verse suplantadas en la

trusas, le recordaban cuánto la había querido, le reprochaban su abandono. ¿Ya no la recordaba? ¿Ya no iba a ponerle flores ni a encender sobre su tumba las luminarias de noviembre? ¿Qué olvidadizos son los hombres! Y contestando a la curiosidad de las intrusas, explicábalas quién era ella, atribuyéndole abnegaciones de santa, con sus méritos de martirio. No; ¡ya él no podía querer a nadie! El insistían, refiriendo episodios de aquellos amores clandestinos, que ahora se hacían públicos; episodios enternecedores que demostraban el amor inmortal de la difunta y que conmovían al hombre olvidadizo, incapaz de negar aquel amor sellado

cuando no iba a verla, complaciéndose en torturar de inquietud! ¡Montones de cartas tenía suyas quejándose de su desvío! Por eso lloró tanto el día que ella se murió; lloraba de remordimiento... Y ahora, ya tan consolado, coqueteando con aquellas vecinas sin decoro. ¡Que nunca, nunca, podrían amarle como le había amado aquella santa! Hablaban así, despertando en el hombre la ufanía de haber sido tan amado y haciéndole prendarse de aquella belleza romántica, de ser el esposo ideal y eterno de una muerta. Poco a poco, bajo la obsesión del recuerdo, empezaba a sentirse viejo, cansado, con el alma enlutada de un viudo. Comprendía que todo lo que ya le haría interesante en la vida, su aírón de juventud, era el recuerdo de haber sido amado por aquella mujer incomparable, que nunca aspiró a ser su esposa, muy feliz con tener simplemente su amor.

Las hermanas fomentaron esta disposición de ánimo. Le inculcaron los deberes de un buen viudo; no debía trasnocharse ni mostrarse tan mujeriego. Luego pasaron al otro tema; ya no era lo que se dice un joven, debía mirar por su salud, estaba pálido y delgado. Y, sobre todo, debía mostrar respeto a la memoria de aquella mujer que había sido una santa y dar a entender a todo el mundo que sabía llevar dignamente prendida en el pecho la siempreviva de la viudez.

Las dos hermanas, virginales y viejas, se acogían a la intercesión de aquella sombra de mujer, joven y pecadora. De buena gana hubieran dado una legalidad retrospectiva a sus relaciones con el hermano, y poco a poco empezaron a elaborar el mito de que había sido su verdadera esposa. ¡Después de todo, como si lo hubiera sido! ¡Lo que había que mirar era la intención!... Así, pues, viudo verdadero. El día que lo acordaron así encargaron al hombre unas tarjetas con orla de luto y le pusieron una cinta de gasa en el sombrero, sin reparar en que ya había prescripto el plazo de esos honores póstumos. Y finalmente, otro día, entre las dos, bajaron el retrato proscripto del desván en que estaba arrumbado, y después de quitarle el polvo del olvido y prenderle un crespón negro, como al de una muerta reciente, lo colgaron de la pared, encima del sitio donde acostumbraba sentarse el hermano, para que con su presencia ahuyentase a las intrusas y contuviese las osadías del hombre, recordándole en todo tiempo las postrimerías. Con los pocos años transcurridos, el retrato de la amada muerta tenía ya un aire anticuado, de una vejez que se le comunicaba al hombre, al viudo ideal de aquella dama vetusta. Y sin valor para descolgar ya el famoso cuadro, el hombre, agobiado, envejecido, adoptaba instintivamente un aire contrito, y parecía verdaderamente un viudo inconsolable, que se hubiese sentado allí para recibir un pésame infinito, recobido ya eternamente bajo el reflejo mortuario de aquel marco enlutado y bajo las miradas de compasión de las hermanas...

LOS OJOS

I

CUANDO murió su amada pensó en hacerse viejo en la mansión cerrada, solo, con su memoria y el espejo donde ella se miraba un claro día. Como el oro en el arca del avaro, pensó que guardaría todo un ayer en el espejo claro. Ya el tiempo para él no correría.

II

MAS, pasado el primer aniversario, ¿cómo eran—preguntó,—pardos o negros, sus ojos? ¿Glaucos?... ¿Grises? ¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?...

III

SALIO a la calle, un día de primavera, y paseó en silencio su doble luto, el corazón cerrado... De una ventana en el sombrío hueco vió unos ojos brillar. Bajó los suyos, y siguió su camino... ¡Como esos!

ANTONIO MACHADO.

casa, que ellas regían como un convento, por aquellas intrusas que tenían la infalible llave de la belleza para penetrar en la vida de un hombre y a las que su mismo miedo se las hacía imaginar astutas, interesadas y rapaces, indignas del pobre y candoroso hermano. ¿Cómo echarlas de allí?

Y entonces fué cuando aquella pobre amada muerta empezó a tener para ellas un prestigio de santidad. Si ella hubiese vivido, acaso hubiera sido su enemiga; pero muerta podía ser su aliada poderosa. Y sin ponerse de acuerdo empezaron a hablar de ella, a evocar su recuerdo a cada paso, como el de la única mujer que el hermano había querido en su vida, la única que a él lo había amado; esposa santa y malograda. Le hablaban de ella, suspirando, delante de las in-

por la muerte. Ellas le hacían el esposo ideal de la extinta; su viudo, su viudo eternamente vestido por dentro de un perenne luto. Por eso no pensaba en casarse, ni se casaría... Aquella había sido su única amada, la amada de su juventud... Y recitaban el versículo salomónico "Come tu pan y bebe tu vino con la mujer de tu juventud"... Con ella comería y bebería él el pan y el vino del eterno recuerdo.

Luego híciéronse ellas como las guardianas de aquel recuerdo sagrado. Continuamente punzaban la memoria del hermano con evocaciones de antiguas ternezas, que ahora, en la distancia del tiempo, adquirirían el prestigio de un mito. ¡Pobrecita! ¡Cuánto lo había querido! ¡Y qué mal le había correspondido él! ¡Que se acordase de



Poetas uruguayos

Julio J. Casal

EL FORASTERO

Hoy han traído el árbol.
Viene del corazón del bosque.
Cuando lo vi llegar
tumbado en la carreta,
mi lírica emoción tuvo una lágrima.
Se encontraba tan bien entre los suyos...

Ya está de pie el amigo en nuestra huerta.
¡Un árbol más, un árbol nuevo! Hijos,
que él encuentre en vosotros, agua y seda.
¡Soltad de prisa todos
los pájaros de casa...!
Para todos hay hueco en su cabeza.

¡Hijos, a cantar para él
canciones tiernas...!
El forastero,
el pobre trasplantado a viva fuerza,
¡que no eche de menos
los camaradas que en el bosque deja!

NUBE

Por los árboles tristes
que se encienden
en resplandores vagos y amarillos,
¡ten piedad, nube!

Por las mejillas pálidas y enfermas
de las hojas
que apenas se sostienen
en la rama sensible...
¡ten piedad, nube!

Nube...
Que te lleve hacia el mar
la buena mano del gigante Viento.
Y bebe la alegría de la ola...
Y tu madeja de agua
que se devane a prisa
en hilos bulliciosos,
—cual venda de salud y de milagro—
sobre la herida
de los árboles tristes y sedientos...
¡ten piedad, nube!

EL ÁRBOL NIÑO

Quando la brisa
devanó entre los dedos de luz
la madeja violeta de la niebla,



Julio J. Casal

El autor de "Arbol" es uno de los poetas uruguayos más vigorosos y emotivos. Volvió hace poco de Europa desde donde nos llegaron, por luengo tiempo, los ecos de sus frecuentes triunfos.

"Arbol", su último libro, es un manojo fresco de poemas hermosísimos. Casal ha encontrado el corazón del árbol, las expresiones más escondidas de la activa vida vegetal. El, como un mago, se ha dedicado a estudiar la vida íntima del árbol. No la estructura del tallo ni la sensibilidad filiforme de la hoja, sino que, usando el lente de su clara emoción, Casal se ha convertido de simple poeta en receptor de las voces nuevas brotadas en la más quieta naturaleza viva.

Sentimental y moderno, Julio J. Casal posee un temperamento fervoroso que entusiasma desde las primeras páginas de "Arbol". La emoción está esparcida por todo el volumen, como un polen de ensueño. Es, pues, un estilo propio el suyo.

Modernismo y emoción, muy pocas veces armonizan en este siglo en que la mayor parte de los que se alistan en el "avuncismo" desdeña el sentimiento, relegándolo al archivo de las cosas cursis y anticuadas.

Y modernismo y emoción hay en todos los versos de "Arbol": modernismo en el tema y en la expresión, y sentimentalidad en el fondo, en la melodía de cada frase, en la caricia de cada palabra.

Por momentos, es Casal el poeta agrado, decidido ante el regalo de la sombra buena; otras veces, canta como un niño jubiloso.

"El amanecer, golpeaba con los dedos de brisa y color sobre los cristales de mi corazón".

Hay instantes en que su fervor se traduce en piedad hacia el hermano sediento; en otros, su cariño alcanza el máximo de la intensidad, pide canciones tiernas para el forastero vegetal.

Frescura, elegancia, delicadeza, sobriedad, ternura, es "Arbol", pues, un libro que llega al alma por los más finos senderos y se prende en ella con los broches fuertes del sentimiento... Es la cosecha de un sabio investigador del mundo vegetal, el emocionario de un desvelado psicólogo de la arborescencia...

ALICIA PORRO FREIRE.
Montevideo.

el árbol
con el verde candor de su mirada,
se puso a corretear
—alegría de niño libre y sano—
por entré el parque azul del horizonte.

EL CEIBO

Escondes tu ropaje de extranjero
tras la capa nivosa de un magnolio.
El aire de esta tierra
va secando tu carne. Arrinconado,
—falto de sol—
se va abriendo tu pecho
en continua y violenta
tos interior...

Allá, en mis valles,
hubieras esponjado
tus sedas ampulosas...

Será este año
el último en que manches el pañuelo
lustroso y refrescante del magnolio,
con el adiós que vibra
en tus dolientes
gotas de sangre.

ARBOL

Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.
Hacia los cielos vamos en claro florécer...
Y tus ramas audaces, hallaron el rocío
en el cristal y el ámbar, luz de mi amanecer...
¡Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío!

En tí hay, a momentos, más pájaros que
hojas
Y eres en primavera mágico surtidor.
Y en mí, ¡qué profusión de rosas, blancas,
rojas,
Y qué acento en mi lírico manantial interior!

Los dos brindamos, árbol, savia joven y
nueva.
Y por nosotros corre un idéntico río
de emoción, y sabemos en las nieves de
prueba
aguardar libremente el calor de otro estío.

Hacia lo azul, el mismo impulso azul nos
lleva...
Arbol, yo ya sabía que eras hermano mío.

JULIO J. CASAL.



Son curiosas y atractivas las memorias de la reina Hortensia, que viene publicando la *Revue des Deux Mondes*. La reina Hortensia era hija de Josefina de Beauharnais, que por su matrimonio con Napoleón llegó a ser emperatriz de los franceses, y que pasó a la situación difícil de emperatriz divorciada cuando el conquistador quiso emparenta con la ilustre casa de Austria, vanidad que no le trajo fortuna.

El título real de Hortensia vino de su matrimonio con Luis Bonaparte, hermano de Napoleón, y a quien éste dió la corona de Holanda. Napoleón se encariñó con los hijos de Josefina. Sentía hacia ellos todo el afecto de que era capaz su naturaleza. Pensó en hacer de Eugenio su sucesor, mediante la adopción. Por Hortensia tenía debilidad. Los que fueron sus hijastros eran niños cuando se casó Josefina. La hermosa criolla fué la mujer que influyó más sobre Napoleón. Alcanzó sobre él el dulce imperio que una mujer algo madura, bella y experimentada, de maneras elegantes y educación mundana, logra sobre un hombre de acción joven, criado en la estrechez, para quien aquella mujer es la revelación de los refinamientos de un mundo superior.

Estuvo apasionado por ella, sin que las sospechas vehementes de infidelidad le apartaran de Josefina. Cuando el tiempo aplacó la primera llama, le conservó aquella tierna amistad caldeada por el recuerdo melancólico de los goces pasados, que es el mejor paradero del amor.

El divorcio costó mucho a los sentimientos de Napoleón. Su entusiasmo por la joven archiduquesa que vino a compartir su tálamo, la vanidad de ser padre y la de resultar yerno del emperador de Austria no le hicieron olvidar a Josefina. La veía, se interesaba por ella, seguía siendo para él, en la situación resignada de esposa jubilada, la imagen de lo mejor de su vida, de la juventud, de las embriagueces primeras del amor, de la gloria y del poder. Aunque Napoleón no tenía temperamento de sultán, era partidario de la poligamia, y si las costumbres de Europa lo hubieran consentido, habría conservado a su lado a las dos emperatrices, la vieja y la joven. El tacto de Josefina y de sus hijos, que había vencido las envidias y malquereres de los hermanos de Napoleón, celosos de la predilección de éste hacia los Beaucarnais, pudo salvar la situación difícil que les creaba el segundo matrimonio, particularmente a Hortensia y Eugenio, que tenían que seguir figurando en la corte.

La ternura de Napoleón hacia Hortensia fué fatal para ésta. El Emperador quería imponer en todo su voluntad. Casó a Hortensia con su hermano Luis, pensando proporcionarle una buena colocación, un matrimonio brillante, una corona. No hay peor cosa que el paternalismo, el empeño de hacer felices a las gentes sin contar con su voluntad, guiándoles con una voluntad despótica, así en la vida pública como en la privada.

Hortensia no sentía la menor inclinación hacia Luis Bonaparte. Aceptó la boda como una obligación penosa, impuesta por los deberes de familia y el agradecimien-

Hortensia y sus memorias

Por Andrenio

to al gran hombre. Tierna, soñadora, romántica, enamorada, social, algo coqueta, no podía congeñiar con un marido huraño, concentrado, receloso y despótico. Se vengó con el género de venganza que tienen más amano las mujeres, y que es de más dulce ejecución. El rey Luis fué copiosamente *cocu*, y todas las señales son de que merecía serlo.

Fruto de una de las aventuras amorosas de la reina Hortensia fué Napoleón III, a quien se supone hijo del almirante holandés Carlos Enrique Verhuell. Esta descendencia clandestina estaba tan acreditada en Holanda, que el

minación y de la experiencia que en las grandes alternativas de la vida, pues Hortensia había conocido desde las zozobras y el terror de la época revolucionaria, en que fué ejecutado su padre, hasta los esplendores y adulaciones de una corte que era la primera de Europa.

Añaden algunos perfiles a los retratos de los personajes de la época, y entre estos retratos, el que sale más favorecido es el de Napoleón. No pinta Hortensia un Napoleón idílico que contraste con el duro cuño de las medallas históricas que han conservado su imagen imperiosa; pero descubre en él matices ocultos de sensibilidad, rasgos



—¡Hombre! ¿Tú con las insignias del Cocodrilo Verde? ¿Cómo te has hecho con esa condecoración?
—Aquí, en los grandes almacenes de la calle Lavalle, he comprado este chaqué, que la tenía ya puesta, y todo por seis cincuenta.

celador de una pinacoteca de los Países Bajos enseñaba muy ufano a los turistas el retrato del almirante, diciendo: "Es el padre de S. M. el Emperador de los franceses". Del conde de Flahaut, que pasaba por hijo de Talleyrand y fué ayudante de Napoleón, tuvo Hortensia al duque de Morny. Es cómico aunque nada nuevo en la historia de las disnatías, de Napoleón III recabara la herencia de Bonaparte, cuando, probablemente, no era más que Beauharnais.

Las memorias de la reina de Holanda no entran naturalmente, en estas interioridades amorosas; pero no ocultan ni tratan de paliar la infelicidad conyugal de Hortensia. La principal curiosidad que ofrece este libro de recuerdos consiste en los pormenores que consigna la narradora acerca de la intimidad de Napoleón y de la vida de la corte. Sin ser muy ricas en anécdotas, en dichos y hechos de los personajes de la época napoleónica, no carecen estas memorias de colorido ni de animación. Están escritas por una mujer inteligente, sensible, dotada de ima-

de ternura. Es un retrato trazado por un pincel suave de mujer agradecida y deslumbrada por el héroe.

Entre las anécdotas referidas en estas memorias hay una muy propia para sugerir las antiguas reflexiones de los moralistas sobre la vanidad de las pompas mundanas. Corresponde al ocaso de Napoleón. Los aliados habían entrado en París. Hortensia, con su fina política cortesana, prefirió acompañar a la emperatriz María Luisa en aquellos momentos de amargura a ir a reunirse con su madre, muy festejada por el emperador Alejandro, que entonces era liberal y poco partidario de los Borbones.

Halló a la joven emperatriz muy preocupada y temerosa de recibir la visita de su padre, el emperador de Austria. Lo que temía María Luisa era que su padre le ordenase seguir a Napoleón al destierro. Y eso que no se trataba entonces de la roca de Santa Elena, perdida en el mar, sino de la pequeña corte de la isla de Elba. El porvenir de su hijo, el rey de Roma; la desgracia del gran hombre que se había mos-

trado con ella obsequioso y enamorado, la afligían menos que la perspectiva del aburrimiento en la isla de Elba.

Cuentan que Napoleón, en uno de los momentos en que, abandonando la máscara de la grandeza, se entregaba al escepticismo irónico, preguntó a sus familiares y cortesanos qué pensaban que dirían las gentes si él desapareciera de repente. Atajando las adulaciones, respondió él mismo que lo que diría todo el mundo sería: "¡Uf!". Lo que no calcularía es que su joven esposa, el último de sus afectos, sería la primera en participar de ese sentimiento de desahogo. Estas grandes figuras imperiosas son como estatuas vivientes; inspiran admiración, pero no dejan un rastro de amor.

Una muchacha a la que se vende por 250 dólares

BODA QUE TERMINA EN MUERTE

Los diarios de Pekín han publicado columnas enteras describiendo las desdichas de una hermosísima joven de diez y ocho años, a quien sus padres adoptivos, viejos fumadores de opio, vendieron en doscientos cincuenta dólares a un repugnante anciano, para que se casara con ella.

La muchacha no conoció el pacto convenido entre sus padres adoptivos y el viejo, hasta el mismo día en que debía celebrarse la boda. Entonces le fué presentado el futuro, que ya estaba casado con otra mujer de su misma edad, y por esta circunstancia pretendía que retomarían sus años mozos uniéndose a una joven.

El novio, además de los doscientos cincuenta dólares que entregara a los padres adoptivos de la chica, había enviado a ésta el traje nupcial y algunas joyas para que se adornara con ellas durante la ceremonia. Ella opuso tenaz resistencia a acceder a aquella unión; pero los viejos fumadores de opio le amenazaron con sacarle los ojos y cortarla en pedazos hasta que muriese, si se negaba a complacerles.

En vista de eso, la joven se dejó conducir adonde ellos quisieron, y después de la ceremonia nupcial la llevaron a la casa del viejo marido. Cuando llegó a ésta, los sirvientes hicieron mofa de su resignación, diciéndole que su esposo era un hombre lleno de lacras y de un carácter insoportable.

La muchacha sentóse en un sillón, porque estaba a punto de caer al suelo sin sentido, y entonces los sirvientes observaron que las ropas de la recién casada se empapaban en sangre.

Alarmados por este detalle, salieron presurosos en demanda de los auxilios de la ciencia, y cuando llegó un médico, encontró a la joven tendida en el suelo, muerta.

La infeliz se había abierto las venas de los brazos algunas horas antes, y por las heridas había arrojado toda la sangre del cuerpo.

CURIOSIDADES

Los diamantes importados durante un mes en los Estados Unidos se elevan a un valor de más de 6.000.000 de dólares.

En Egipto se han descubierto libros y cuadros que describen la primera batalla naval conocida en la historia. La batalla fué entre los entonces incivilizados griegos y los cultos egipcios. Resultaron victoriosos los griegos.

El doctor Sata, de Tokio, ha descubierto que el microbio de la fiebre tifoidea penetra fácilmente en el organismo atravesando la piel y llegando a las venas.

Este descubrimiento explica en cierto modo cómo esta enfermedad, a pesar de las precauciones adoptadas, tales como el empleo del agua hervida, la leche esterilizada, etc., hace víctimas en sujetos considerados como perfectamente inmunes.

Cuando llueve en China, los bandidos cesan en sus saqueos y los guerreros en sus batallas, asegurando la paz a los ciudadanos.

Las palomas mensajeras inglesas que sirvieron durante la guerra y actuaron muchas veces bajo los fuegos, han sido recogidas y cuidadas por el Ministerio de la Guerra británico. Un inspector cuida de que no les falte nada.

En los Estados Unidos hay un automóvil por cada 5,8 personas, y en Inglaterra, uno por cada 45 personas.

Los jefes de algunos restaurantes suecos disponen por sí mismos los fiambres antes de ordenar el pedido al camarero.

En el parque de Yellowstone está prohibido llevar armas y los visitantes tienen que dejarlas al entrar.

El capital norteamericano invertido en el extranjero en 1900, era de dólares 500.000.000; a fines de 1925, excluidos los empréstitos del Gobierno, el total era de 10.405.000.000 dólares.

El agua hierve normalmente a cien centígrados; pero cuando disminuye la presión atmosférica, hierve menos.

Los monos de Pattani, una provincia del sur de Siam, están amaestrados para subirse a los cocoteros y lanzar cocos a sus dueños.

Los ibidios habitantes de la región del Eket (Sudán), cifran la belleza femenina, como los chinos, en la gordura. Allí no hay joven que se case con una mujer delgada, aunque sea muy hacendosa.

Cuando se echa arena a los rieles de un tren eléctrico, se producen chispas y ozono. La arena, al aislar las ruedas de los rieles, forma chispas, y éstas producen ozono.

El primer anuncio en una revista se publicó en el "Mercurius Politicus", en 1652, cincuenta años después de la creación de "Mercure Français", anuncio que estaba redactado de la manera siguiente: "Frenodia gratulatoria", poema heroico dedicado al regreso del lord general, cantando sus victorias elocuentemente. De venta en casa de Joliu Halden, la nueva Bourse, Londres, imprenta de New Court, 1652".

Existe diferencia entre lo que pesan los objetos en el Polo y en el Ecuador. Un kilo, en el Polo, pesa 996,5 gramos en el Ecuador, cuando se pesa con una balanza de resorte.

Además de los idiomas español e inglés, se hablan en las Islas Filipinas, ochenta y siete dialectos.

La luz de un arco voltaico produce una sombra de líneas definidas, mientras que la luz del sol produce una sombra difundida. Esto es debido a que la primera se produce prácticamente desde un punto y la segunda desde un gran cuerpo.

Casi todas las iglesias de Nápoles poseen tres o cuatro gatos, a los que se confía la misión de destruir los numerosos ratones que infestan todos los edificios antiguos napolitanos.

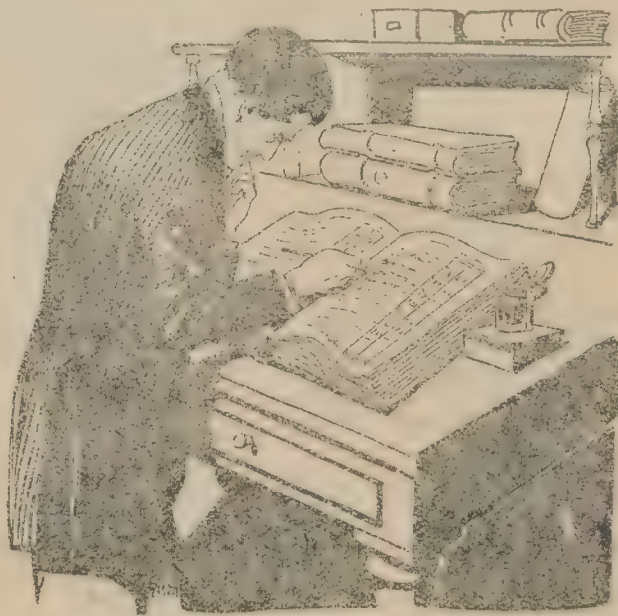
Es frecuente verlos cruzar el templo y hasta los altares en ocasiones de las más brillantes ceremonias.

En el Cáucaso, el cargo de cartero es peligroso porque tiene que luchar con los bandidos y con el tiempo, pues a veces se ve obligado a subir montañas de más de tres mil metros de altura, cubiertas de nieve o con un calor asfixiante.

Los inmigrantes en los Estados Unidos, entre 1898 y 1925, comprenden 3.882.282 italianos, 1.370.829 alemanes, 1.118.239 ingleses, 852.423 irlandeses y 438.484 franceses.

El Instituto Smithsonian envió un perito a Alaska para preservar de la destrucción los palos de totem.

Una escuela de ciencia doméstica en Chicago ha establecido un curso para enseñar a trinchar.



¡Números!

¡siempre números!

Cuando no son precios de costo, son facturas, cambios, cálculos de intereses, los que todo el día hacen trabajar con exceso nuestra cabeza.

No es extraño entonces que llegue un momento en que uno se encuentra agotado, sin ganas de trabajar, sin apetito, debilitado, con poca memoria y a menudo neurasténico.

Lo ideal sería descansar de vez en cuando, pero, desgraciadamente, somos muchos los que no podemos pagarnos este lujo. ¿Qué podemos hacer? Este es el momento en que debemos recordar que existe la

NUCLEODYNE

"EL TONRO QUE DA FUERZA"

Tomando tan sólo dos botellas se nota un cambio inmediato, tan rápido que uno mismo se asombra.

La eficacia de la Nucleodyne reside en su sabia composición. Entran en su fórmula fósforo orgánico, alimento de las células, esticnina, tónico de los nervios, y zumo testicular de toro, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



LA DESPEDIDA DEL AÑO 1926



En casa del señor Alberto Dose.—Una brillante y suntuosa fiesta fué la ofrecida a sus amistades por el señor Alberto Dose, en su residencia de la Avenida Alvear.—A la izquierda: señoritas de Cárdenas, Nelson, Ortiz Basualdo, Anchorena, Landívar, Devoto y Roca.—A la derecha: señoras de Aldao y de Rodríguez y señores Peró, Madero y Ríu.



En el Pabellón de las Rosas.—El embajador de España, duque de Amalfi y su señora esposa, acompañados de un grupo de damas, durante la fiesta realizada a beneficio del Patronato Español.



En el Plaza Hotel.—Señoras de Le Bretón y Muñoz del Solar y señorita Mairí.



El ministro de Nicaragua y el señor Cesáreo, con sus familias.



En el Club de Flores.—Grupo de señoritas que asistieron al baile.



Varlas parejas durante un intervalo del baile llevado a efecto en el Club de Flores.



En el Centro de Clases de la Armada.—Señoras y señoritas que concurrieron a la velada organizada por dicha asociación, a beneficio del Asilo Naval.

El regreso de monseñor Miguel de Andrea



El distinguido prelado monseñor Miguel de Andrea, obispo de Tennes, acompañado de su señora madre, del doctor Mattia y de otras personas que fueron a saludarle momentos después de su regreso al país.



Banquete de los empleados de la Nueva Cervecería Argentina

La dirección de la Sociedad Anónima Nueva Cervecería Argentina, obsequió con un banquete al personal de dicha institución industrial. El acto se realizó en el restaurant Gath y Chaves.—Vista parcial de los comensales.

Nueva agencia del Banco Municipal de Préstamos.

El director del Banco Municipal de Préstamos, doctor Mario Carranza, rodeado de varios altos empleados de la institución, durante el acto inaugural de la nueva sucursal del Banco, instalada en el edificio propio de la calle Corrientes esquina Juan Jaurés.



Frente de la sucursal N.º 6 del Banco Municipal de Préstamos, recientemente librada al servicio público.



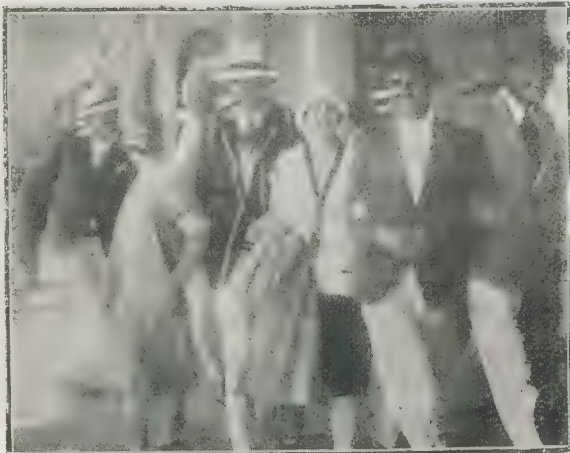
Vista parcial de las dependencias de dicha sucursal, donde se realizarán las mismas operaciones que en la casa matriz.



MARPLATENSES



El presidente Alvear acompañado de una gentilísima dama, paseando por la Rambla.



Súbditos de Jorge V festejando el triunfo en un partido de golf.



Mr. Eddy, gerente del Ferrocarril del Sud, y su señora.



Jorge Luis Mirinto.



Eugenio y Margarita Mellone.



Carlitos Hoevel Silveyra.



Maria Silvina García Fernández.



Señoras Lina Esteves y Josefina Mataglia y su hijito Guillermo.



Tres simpáticas veraneantes.



Señor Federico Carvia y su señora
(Fots. Bonnin).



Instantánea tomada en el Golf Club, después de la gran granizada caída últimamente.





SOCIALES



ENLACES.—Fontana - Constantino.



Frias - Duranona.



Diez - Peco.



Thompson - Cabanillas.



Basavilbaso - Beláustegui.



López Domínguez - Pondal.



Sara F. García - Rodolfo H. Fucini.



Riccardi - Solari



Adela A. Cestone - Eduardo C. Medina.



Actualidades cinematográficas



Evelyn Brent, en una escena de "Los diamantes robados", film que Glücksmann estrenará el viernes 14 de enero.



Escena de "Las noches del Decamerón", film tomado de la obra de Bocaccio, interpretado por Lionel Barrimore, Warner Krauss, Joy Duke y otros muchos actores, que Artistas Unidos presentará el 12 del corriente.



Myrtle Stedmann, en una escena de "El príncipe de Pilsen", film que Glücksmann estrenará el domingo 16 de enero.



George O'Brien y Joan Renee, en "El tesoro del Plata", film que la Fox distribuye desde el jueves último.



Billy Sullivan, Charlotte Stevens y Edyth York, en "El corazón de un cobarde", film que la General exhibe desde anteayer.



Harry Carey (Cayena) y Mildred Harris, en "Dan Brown", cinedrama que la Corporación exhibe desde el domingo último.



Escena de "El rayo tejano", cinedrama que tiene por protagonista a Hoot Gibson, y que la Universal exhibe desde el viernes pasado.

Inauguración del balneario de Vicente López



El vicegobernador de la provincia de Buenos Aires, el intendente municipal de Vicente López, y otras autoridades, al servirse el lunch durante el acto inaugural del balneario de dicha localidad.



Algunas de las familias invitadas que asistieron a la inauguración oficial del balneario de Vicente López.



El público congregado en la rambla del nuevo balneario.



Una vista general de la rambla e instalaciones del balneario.

Fiestas a aire bre

Los empleados de la conocida casa Lottermoser, organizaron una animada fiesta campestre, como despedida del año, que se llevó a efecto en las pintorescas playas de San Isidro.— El señor Carlos Lottermoser, algunos miembros de su familia y varios altos empleados de la casa, que asistieron a la simpática fiesta.



Una vista parcial de los excursionistas.

La obra cultural
de la Liga Pa-
triótica Argen-
tina



Grupo de niños del barrio Nueva Pompeya, alumnos de las escuelas gratuitas de la Liga Patriótica Argentina, el día en que les fueron distribuidos los juguetes que dispuso entregar la comisión central de señoras, que preside la señorita Celina de Estrada.



Peritos mercantiles recientemente egresados de la Escuela Superior de Comercio C. Pellegrini



Alfredo Brignoni.

José R. Amado.

Rodolfo E. Ayala.

Antonio Marinelli.

Joel H. von Elm.

Julián A. Rey.



Enrique Pérez.

Enrique V. Chevallier.

Raúl Giuliano.

Benvenuto Tavalato.

Evaristo Sánchez.



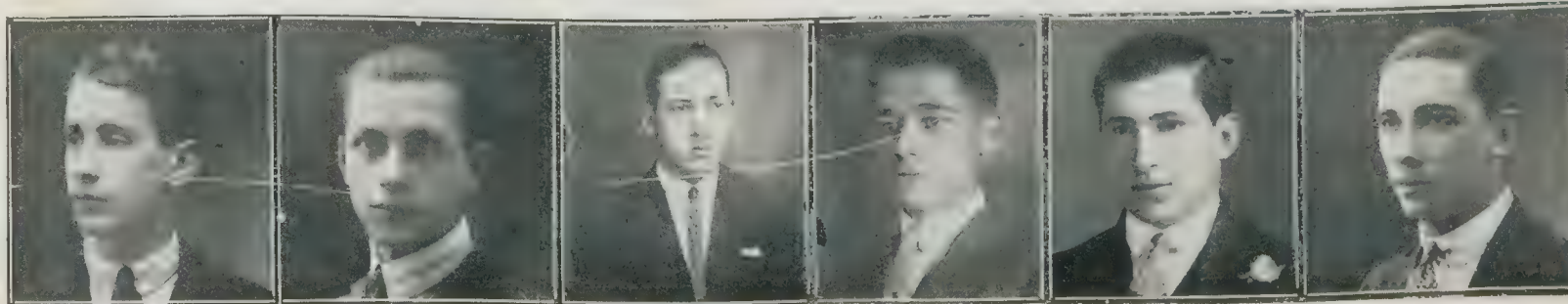
Juan C. Pico Duni.

Héctor R. Gabardini.

Víctor Desseno Tarde.

Fernando Zunino.

Francisco De Rosa.



Francisco A. Moreira (hijo).

Mauricio Roure.

Jenaro Frascino.

José Cazau.

José Ibáñez.

Jorge Pavanello.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



El personal de la comisaría 1.ª, durante el banquete ofrecido al oficial señor De Feo, con motivo de su reincorporación a las filas del ejército.



Banquete ofrecido por la dirección de la revista "Reflejos", festejando el triunfo alcanzado en el concurso de pronósticos turfísticos de 1926.



El profesor doctor Neumayer, pronunciando una disertación científica en el domicilio del doctor Madril.



Concurrentes a la entrega de los premios instituidos para la carrera pedestre circuito ciudad de Rosario.—El acto se realizó en el estadio del Club Atlético Provincial.



Bodas de plata de los esposos Pedro J. Benvenuto y Angela Montani.



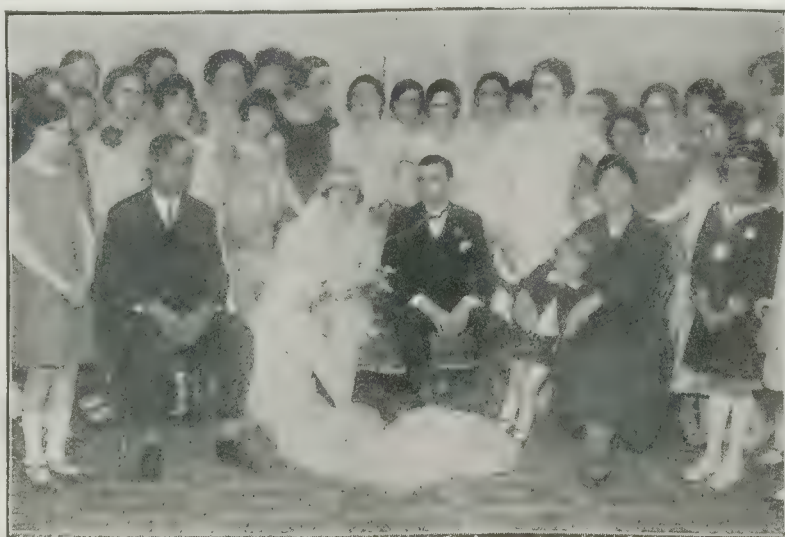
ENLACES.—María Fiscella - Ricardo Vázquez.



Rosario Valdés Tietjen - Nicolás Vera Barros (hijo).



María Teresa Falcone Costa - Julio R. Oróstegui.



Aurora C. Faraone - Hipólito Mouthin.



Elsa Craviotti Villá - ingeniero Luciano E. Micheletti.

Doña Claudia Orriamun era, por los años de 1640, el más lindo pinpollo de esta ciudad de los Reyes. Veinticuatro primaveras, sal de las salinas de Lima y un palmito angelical, han sido siempre más de lo preciso para volver la boca agua a los golosos. Era una limeña de aquellas que cuando miran parecen que premian, y cuando sonríen parecen que besan.

Si a esto añadimos que el padre de la joven, al pasar a mejor vida en 1637, la había dejado bajo el amparo de una tía, sesentona y achacosa, legándola un decente caudal, bien podrá creerse, sin juramento previo, que no eran pocos los niños que andaban tras del trompo, hostigando a la muchacha con palabras de almíbar, serenatas, billetes y demás embolismos con los que, desde que el mundo empezó a civilizarse, sabemos los del sexo feo dar guerra a las novicias y hasta a las catedráticas en el "ars amandi".

Parece que Claudia no había sonado aún el cuarto de hora memorable de la vida de la mujer; pues a ninguno de los galanes alentaba ni con la más inocente coquetería. Pero, como cuando menos se piensa salta la liebre, sucedió que el Jueves Santo, la niña fué con su dueña y un paje a visitar estaciones, y del paseo a los templos volvió a casa con el corazón perdido. Por sabido se calla que la tal alhaja debió encontrarse un buen mozo.

Así era, en efecto. Claudia acertó a entrar en la iglesia de Santo Domingo, a tiempo y sazón que salía de ella el virrey con gran séquito de oidores, cabildantes y palaciegos, todos de veinticinco alfileres y cubiertos de relumbrones. La joven, para mirar más despacio la lujosa comitiva, se apoyó en la famosa pila bautismal que, forrada en plata, forma hoy el orgullo de la comunidad dominica; pues, como es auténtico, en la sudicha capilla, se cristianaron todos los nacidos en Lima durante los primeros años de la fundación de la ciudad.

Terminado el desfile, Claudia iba a mojar en la pila la mano más pulida que han calzado guanteitos de medio punto, cuando la presentaron con galantería extrema una ramita de verbena empapada en agua bendita. Alzó ella los ojos, sus mejillas se tñieron de carmín y... ¡Dios la haya perdonado! se olvidó de hacer la cruz y santiguarse. ¡Cosas del demonio!

Tenía por delante al más gallardo capitán de las tropas leales. El militar la hizo un saludo cortésano y, aunque su boca permaneció muda, su mirada habló como un libro. La declaración de amor quedaba hecha, y la ramita de verbena en manos de Claudia. Por esos tiempos, a ningún desocupado se le había ocurrido inventar el lenguaje de las flores: y estas no tenían otra significación que aquella que la voluntad estaba interesada en darlas.

En las demás estaciones que recorrió Claudia, encontró siempre a respetuosa distancia al gentil capitán; y esta tan delicada reserva acabó de cautivarla.

Don Cristóbal Manrique de Lara era un joven hidalgo español, llegado al Perú junto con el marqués de Mancera y en calidad de capitán de su escolta. Apalabrado para entrar en su familia, pues cuan-

Una vida por una honra

Por Ricardo Palma

do regresase a España debía casarse con una sobrina de su Ex-

Bien se barrunta que tan luego como llegó el sábado y resuci-

Pidan

"QUILMES
CRISTAL"

La mejor cerveza

celencia, era nuestro oficial uno de los favoritos del virrey.

tó Cristo, y las campanas repicaron a gloria, varió la táctica el

La gracia divina

Cuando tú me mandas que cante, parece que mi corazón fuera a romperse de orgullo. Yo te miro a la cara y las lágrimas asoman a mis ojos. Todo lo que es áspero y discordante en mi vida, se funde entonces en una sola y dulce armonía, y mi adoración extiende sus alas, como un pájaro alegre, en su vuelo a través del mar.

Sé que te complace mi canto. Sé que únicamente como cantor puedo llegar a tu presencia.

Toco con el borde del ala extendida de mi canto, tu pie; tu pie; al cual nunca podría aspirar a alcanzar!

Embriagado en el placer de mi canción, llego a olvidarme de mí mismo y te llamo amigo, a tí, que eres mi Señor.

RABINDRANATH TAGORE.

galán, y estrechó el cerco de la fortaleza sin andarse con curvas ni paralelas. Como el bravo Córdoba, en la batalla de Ayacucho, el capitancito se dijo: ¡Adelante! ¡Paso de vencedores! Y el ataque fué tan esforzado y decisivo, que Claudia entró en capitaluciones, y se declaró vencida y en total derrota. Por supuesto que el primer artículo, el "sine qua non" de las capitulaciones, pues, como dice una copla:

Hasta para ir al cielo
se necesita
una escalera grande
y otra chiquita.

Fué que debían recibir la bendición del cura tan pronto como llegasen de España ciertos papeles de familia, que él se encargaba de pedir por el primer galeón que zarpase para Cádiz. La promesa de matrimonio sirvió aquí de escalera, que la gran escalera fué el mucho querer de la dama.

Y corrían los meses, y los, para ella, anhelados pergaminos no llegaban, hasta que aburrida amenazó a don Cristóbal con dar una campanada que ni la de María Angola, y estrechólo tanto que, asustado el hidalgo, se espontaneó con Su Excelencia y le pidió consejo para su crítica situación.

La conversación que medió entre ambos no ha llegado a mi noticia ni a la de cronista alguno que yo sepa; pero lo cierto es que, como consecuencia de ella, entre gallos y media noche, desapareció de Lima el galán, llevándose probablemente en la maleta, el honor de doña Claudia.

Gobernaba en la imperial villa de Potosí, como su décimo octavo corregidor, el general don Juan Vázquez de Acuña, de la orden de Calatrava, cuando a principios de 1642 se le presentó el capitán don Cristóbal Manrique de Lara, con pliegos en que el virrey le confería el mando de las milicias que se organizaban en la guarnición de Tucumán y, a la vez, lo recomendaba muy mucho a la particular estimación de su señoría.

Era ésta una de las épocas de auge para el mineral, pues el bando de las vicuñas había celebrado una especie de armisticio con la parcialidad contraria, y la gente no pensaba sino en desentrañar plata para gastarla sin medida. Tal era la opulencia, que la dote que llevaban al matrimonio las hijas de minero, rara vez bajaba de medio millonaje, y lecho nupcial hubo al que el suegro hizo poner barandilla de oro macizo. Si aquello no era lujo, venga Crespo y lo diga.

Tenemos a la vista muchos e irrefutables documentos que revelan que la riqueza sacada del cerro del Potosí desde 1545, fecha del descubrimiento de las vetas argentíferas, hasta 31 de diciembre de 1800, fué de 3.400.000.000 de pesos fuertes, y un pico que ni el de un alcatraz; y que ya lo quería este sacristán para cigarros y guantes. Y no hay que tomarlo de fábula, porque los comprobantes se hallan en toda regla, sin error de suma o letra.

El juego, las vanidosas competencias, los galanteos y desafíos, formaban la vida habitual de los mineros; y don Cristóbal, que llevaba el pasaporte de su nobleza y marcial apostura, se vió rodeado de obsequiosos amigos que lo arrastraron a esa existencia de disipación y locura constante. En Potosí se

vivía hoy por hoy, y nadie se cuidaba del mañana.

Hallábase una noche nuestro capitán en uno de los más afamados garitos, cuando entró un joven y tomó asiento cerca de él. La fortuna no sonreía en esta ocasión a don Cristóbal, que perdió hasta la última moneda que llevaba en la escarcela.

El desconocido, que no había arriesgado un real en la partida, parece que esperaba tal emergencia, pues, sin proferir una palabra, le alargó su bolsa. Hallábase ésta bien provista, y entre las mallas relucía el oro.

—Gracias, caballero — dijo el capitán aceptando la bolsa y contando las cincuenta onzas que ella contenía.

Con este refuerzo se lanzó el furioso jugador tras el desquite; pero el hombre no estaba en vena y, cuando hubo perdido toda la suma, se volvió hacia el desconocido.

—Y ahora, señor caballero, pues tal merced me ha hecho, dígame, si es servido, dónde está su posada para devolverle su generoso préstamo.

—Pasado mañana, al alba, espero al hidalgo en la plaza del Regocijo.

—Allí estaré — contestó el capitán, no sin sorprenderse por lo inconveniente de la hora fijada.

Y el desconocido se embozó en la capa y salió del garito sin estrechar la mano que don Cristóbal le tendía.

Hacía un frío siberiano, capaz de entumecer al mismísimo rey del fuego; los primeros rayos del sol doraban las crestas del empinado cerro, cuando don Cristóbal, envuelto en su capa, llegó a la solitaria plaza del Regocijo, donde ya lo esperaba su acreedor.

—Huélgome de la exactitud, señor capitán.

—Jáctome de ser cumplido, siempre que se trata de pagar deudas.

—¿Y esto también el señor don Cristóbal para hacer honor a su palabra empeñada? — preguntó el desconocido, dando a su acento el tono de impertinente ironía.

—Si otro que vuesa merced, a quien estoy obligado, se permitiese dudarle, buena hoja llevo al cinto, que ella y no la lengua diera cabal respuesta.

—Pues ahórrese palabras el hidalgo sin hidalguía, y empuñe.

Y el desconocido desenvainó rápidamente su espada y dió con ella un planazo a don Cristóbal, antes de que éste hubiera alcanzado a ponerse en guardia. El capitán arremetió furioso a su adversario, que paraba las estocadas con destreza y sangre fría. El combate duraba ya algunos minutos y don Cristóbal, ciego de coraje, olvidaba la defensa cuidando sólo de no flaquear en el ataque; pero, de pronto, su antagonista le hizo saltar el acero, y viéndole desarmado, le hundió la espada en el pecho, gritándole:

—¡Tu vida por mi honra! Claudia te mata.

El poeta Juan Sobrino, que, a imitación de Peralta en su "Lima fundada", escribió en verso la historia de Potosí, trae una ligera alusión a este suceso.

Bartolomé Martínez Vela, en su curiosa "Crónica potosina", dice:

"En este mismo año de 1642, doña Claudia Oriramun mató con un golpe de alfanje a don Cristóbal Manrique de Lara, caballero de los reinos de España, porque la sedujo con varias promesas y la dejó bur-



—¡Viejito, cuánto tiempo que no te veía!
—Fues, hija; yo a ti te veo bastante...

CAMPERA

Los que en el alma tienen
sed de exotismo,
que gocen los placeres
de la ciudad,
que yo idolatro el aire
de las cuchillas,
mi mate, mi chinito
y el arazá.

Llevada por mi overo
de madrugada,
palpita de honda dicha
mi corazón...
Recorriendo los montes
y la llanura,
soy la dueña y señora
de la extensión.

No ambiciono riquezas
mal adquiridas
ni me entusiasma el lujo,
la vanidad:
Soy feliz en mi rancho
de paja y barro
con cortinas de hiedra
y burucuyá.

Vivan otros contentos
en sus palacios
con las costumbres rancias
de sociedad,
que yo sola en el campo
con mis calandrias,
vivo alegre cantando
mi libertad!

MARIA TERESA L. DE SAENZ.

lada. Fué presa doña Claudia, y sacándola a degollar, la quitaron los criollos con muchas muertes y heridas de los que se opusieron; y metiéndola en la iglesia mayor, de allí la pasaron a Lima. Ya en el año anterior había sucedido aquella batalla tan celebrada de los poetas del Potosí y cantada por sus calles, en la cual salieron al campo doña Juana y doña María Morales, doncellas nobles, de la una parte; y de la otra don Pedro y don Graciano González, hermanos, como también lo eran ellas. Diéronse la batalla en cuatro feroces caballos, con lanzas y escudos, donde fueron muertos miserablemente don Graciano y don Pedro, quizás por la mucha razón que asistía a las contrarias, pues era caso de honra".

—:—

Que las damas eran muy quisquillosas, en cuanto con la negra honrilla se relacionase, quiero acabar de comprobarlo copiando de otro autor el siguiente relato:

"Aconteció en 1663, que riñendo en un templo doña Magdalena Téllez, viuda rica, con doña Ana Rosen, el marido de ésta, llamado Juan Salas de Varea, dió una bofetada a doña Magdalena, la cual contrajo a poco matrimonio con el contador don Pedro Arechua, vizcaíno, bajo la condición de que la vengaría del agravio. Arechua fué aplazando el compromiso y acabó por negarse a cumplirlo, lo cual ofendió a doña Magdalena, hasta el punto de resolverse una noche a asesinar a su marido, y agrega un cronista que todavía tuvo ánimos para arrancarle el corazón. Ella fué encarcelada y sufrió la pena de garrote, a pesar de los ruegos del obispo Villarroel, que fueron rechazados por la audiencia de Chuquisaca, lo mismo que la oferta de doscientos mil pesos que los vecinos de Potosí hicieron para salvarle la vida".

¡Zambomba con las mujercitas de Potosí!

Concluyamos con doña Claudia.

En Lima, el virrey no creyó conveniente alborotar el cotarro, y mandó echar tierra sobre el proceso. Motivos de conciencia tendría el señor marqués para proceder así.

Claudia tomó el velo en el monasterio de Santa Clara y fué su padrino de hábito el arzobispo don Pedro Villagómez, sobrino de Santo Toribio.

Torpeza conyugal

Caminaba un matrimonio por un paseo, y decía él:

—¡Qué bien si nos encontrásemos diez pesos!

Más modesta la mujer, le objetó:

—No, Marcial; con cinco pesos era suficiente.

Siguieron caminando y de pronto se encontraron un peso. La mujer se agachó para recogerlo, y cuando, alegremente, se lo entregaba al marido, recibió una formidable bofetada de éste, al mismo tiempo que le decía:

—¡Imbécil! ¡Acabas de quitarme nueve pesos de una mano a otra!...

Reliquias arquitectónicas

Puentes históricos de Italia

A pesar de las guerras y terremotos que ha sufrido Italia, conserva una cantidad de puentes originales y bellísimos como ninguna otra nación del mundo.

Al hablar de puentes y, sobre todo, de puentes italianos, recordamos al momento Venecia, la ciudad de los cuatrocientos puentes; pero allí no están los más hermosos de la Península. Todos sus puentes son pequeños, estrechos, cortos y son muy pocos los que causan admiración y excitan la imaginación.

Hay que exceptuar el puente del Rialto; está lleno de originalidad y belleza, y cuyo único arco se extiende sobre el Gran Canal. Más que puente parece la entrada de un templo chino.

Construido en la época en que el Este era feudo de Venecia, es natural que aquel puente tenga marcado carácter oriental.

Lo raro es que, siendo los italianos tan supersticiosos, el puente tenga trece arcos sobre el principal.

Otro puente veneciano notable por sus arcos irregulares y líneas caprichosas es el puente de San Giobbe; pero aquel que más excita nuestra imaginación es el famoso puente de los Suspiros, que pone en comunicación el palacio de los Dux con la cárcel, al otro lado del estrecho canal. Como obra de arte es lindo; como puente es uno de tantos. Debe su fama y su nombre a los innumerables suspiros y lamentos que lanzaban los miles de condenados al tormento que en diferentes épocas lo han cruzado.

Roma, la Ciudad Eterna, cuenta con el Ponte Milvio, probablemente el puente más antiguo del mundo, pues sus cuatro arcos centrales se construyeron en el año 109. Ha sido varias veces restaurado; pero sus arcos centrales han sentido la caricia de las turbias aguas del Tíber desde hace cerca de veinte siglos.

Al otro extremo de la ciudad está el puente más nuevo de Roma; el puente del Risorgimento. Es tan bello como joven, y es el único puente romano de un solo ojo.

Entre el más antiguo y más moderno, múltiples puentes medioevales y modernos marcan los siglos de diferentes periodos de la historia de Roma.

Contrasta el sencillo puente Margarita con el ricamente ornamentado de Víctor Manuel II; pero aun hay contrastes mayores. A poca distancia del último citado se halla el puente de hierro por el que pasa el tranvía, y no lejos de éste el espléndido puente de Sant Angelo, construido en su origen por el emperador Adriano y llamado Pons Aelius.

Está adornado con diez estatuas inmensas, representando ángeles, colocadas allí hace doscientos cincuenta años. El puente termina al pie de uno de los más notables monumentos de Roma, la tumba de Adriano, imponente ciudadela que, inmovible, contempla al Tíber desde hace veinte siglos.

Tumba, fortaleza, prisión, ha presenciado la llegada de los godos y vándalos y ha visto cómo se desmoronaban cientos, miles de monumentos. Tenía siglos de edad cuando su vecina, la Catedral de San Pedro, era joven. Sólo el puente cuenta su misma edad, pero su vida no ha sido igual.

El hombre ha tratado de conser-



var el puente, restaurándolo y cuidándolo; pero ha hecho todo lo posible para destruir el castillo sin poderlo conseguir.

Un poco más abajo de la isla Tiberina se encuentra el puente Palatino, y un poco más arriba se puede ver un machón del puente Emilio, construido ciento ochenta y un años antes del nacimiento de Cristo, e inmediatamente después, con un poco de imaginación y de vista que penetre las turbias aguas del Tíber, se pueden ver los restos del puente Subliciano, defendido heroicamente por los tres Horacios contra Porsena y el ejército toscano.

Florencia no cuenta con tantos puentes como Roma; pero tiene uno, el puente Viejo que, como ningún otro, ha sido hollado por la planta de tanto inmortal. El Ponte Vecchio es uno de los más originales del mundo; es un puente de joyas, pues en él hay establecidas cincuenta joyerías. Es el centro diamantino de Florencia; pero las joyas que llenan de reflejos los escaparates brillan menos que los nombres de las celebridades que por él pasaron: Miguel Angel, Leonardo de Vinci, Rafael, Cellini, Dante, Bocaccio, Américo Vespucio, Maquiavelo, Savonarola y muchos más.

Es puente, calle, vivienda, arte, historia y fama. Es el Renacimiento, la resurrección de una civilización que se creyó para siempre perdida.

Hay otros puentes, como el bellísimo de Santa Trinidad; pero el Vecchio es el puente de los puentes. A través del Ticino, en Pavia, hay un espléndido puente construido hace seiscientos años. Sus arcos irregulares, la torre central, la tejara que lo cubre le dan una originalidad única entre los infinitos puentes que embellecen a Italia.

El baile de última moda

Acaba de hacer su aparición un nuevo baile que se ha propagado rápidamente en los círculos de Nueva York.

Se titula "Reina María", en honor de la reina de Rumania, y es una combinación de vals, del antiguo "shimmy" y del "tw-step". Se cree que su popularidad pronto igualará la del "charleston" y la del "black-bottom". La danza parece que es más fácil de interpretar que las otras nombradas, y en seguida se han comenzado a publicar anuncios en los periódicos, según los cuales, las personas que conocen los secretos del nuevo baile, se ofrecen a enseñarlo a precios módicos.

Y, en efecto, las academias no descansan en sus funciones docentes, pues en ellas se baila noche y día por parte de una infinidad de danzantes, que siguen, entusiasmados, los cursos de esta nueva creación de Terpsícore.

GUIJARROS

Hubo épocas en que la filosofía era patrimonio exclusivo de los privilegiados del saber. En nuestros días se ha convertido en una cosa vulgar, al extremo que al rebuzno de un asno le llaman filosofar.

Nada tan repulsivo e inútil como los sábelotodo. Pues sólo la estupidez puede hacerles creer que son insuperados e insuperables.

Un buen libro, para mí, no es el más sabio ni el mejor escrito; sino el que más y mejor comprendo.

Ningún atavío adorna tanto a una persona como la sencillez.

Pregunté a un estudioso para qué servía la filosofía y me contestó: "Para complicar las cosas más simples". Eso también es... filosofía.

Al que lucha por convicción no le desmoralizan los fracasos. Por el contrario, a cada fracaso responde con un nuevo y mayor esfuerzo.

Sólo el amor y trabajo necesita el hombre para ser feliz.

Si al decir de Kant "el hombre sin ideal es un ser nulo en la vida", el que a su paso por ella no ha sentido ni despertado afectos, de ese, se puede decir que no ha existido.

La verdad, para imponerse, no necesita adornos. La verdad triunfa porque es verdad, sencillamente.

Para muchas mujeres, "comodidad" es sinónimo de "felicidad". Es que conciben la felicidad de acuerdo con mayor o menor grado de comodidad de que disfrutan.

A las modas, como a los tiranos, todos las odian, pero todos les rinden acatamiento. Y esto, por cobardía, pues temen caer bajo la férula del déspota "Qué dirán".

A aquellos que no hacen nada bueno o útil, les sobra el tiempo para roer la obra ajena. Y si ésta no tuviera defectos, los inventan... ¡En algo deben de emplear sus ocios de inútiles!

Todos esos mequetrefes vacíos de cerebro, que de hombres sólo tienen la figura, sienten admiración por los pavos reales. Y se explica, dada la afinidad entre ellos.

Porque, todo necio, a falta de méritos intrínsecos que den relieve a su personalidad, finca su valer en el plumaje exterior, que pavonea por doquier.

Se puede escribir aunque no se tenga estilo; siempre que haya ideas. El estilo es el continente; las ideas el contenido.

Para mí, nada más relativo que la originalidad. A cada idea que expongo en cada línea escrita, me asalta una duda: No será éste un pensamiento ajeno que dormía en la lóbrega celda de mi cerebro?

JUAN NIGRO.



CADIZAR

Martínez era un hombre de negocios que se ganaba la vida como poeta; Penalves era un poeta que se desempeñaba la suya en un Ministerio.

Penalves fué a ver a Martínez.

—Me han dicho — comenzó diciendo — que usted adquiere la propiedad de algunas obras literarias, y que lo hace tan completamente como para poderlas firmar y aparecer como su verdadero autor.

—Ante todo — respondió Martínez — debe usted comenzar por presentarse; no tengo de usted la más mínima referencia y, sin este requisito, no me es posible continuar la conversación.

—Bien, — dijo el otro — soy Penalves, el autor de "Margarita" y de "Nardos", las dos obras que más fama han dado a usted, y aunque no es mi propósito el promoverle una cuestión por ello — entre otras cosas porque mal podría justificar mis acusaciones — es el caso que estoy ya harto de que se me supliante sin ventaja, y para impedirlo en lo sucesivo...

—Si no se explica usted más claramente...

—Voy a ello. Para usted apropiarse de mis obras, ha sido imprescindible que alguien — ignoro quién y no me preocupa descubrirlo — el entregara los originales de ellas, y como por ello — me supongo — habrá usted pignorado alguna suma, esa suma, que a título de mediador y sin la anuencia mía percibía un tercero...

—Caballero: me habla usted en latín.

—No sería inconveniente.

Y aunque la discusión tuvo muchas alternativas, todas las alternativas que suelen tener las discusiones de esta índole, y aunque Martínez era el hombre de la bolsa y Penalves el de la mano alargada, fueron tales el tesón de éste y los argumentos en pro de su tesis, que el otro, con desconfianza en un principio y no muy halagado por último, temiéndose exigencias mayores, transigió. Quedó, pues, convenido que Penalves siguiera produciendo obras, tantas como hasta entonces o más que hasta entonces, si su númen se lo permitía, y que una vez terminadas las some-

tiera a la consideración de Martínez para su aprobación, apropiación y divulgación. De este modo, el pobre poeta, que en un peregrinar de quince años no había conseguido colocar un solo cuento, artículo o composición estrófica, so pretexto de que el editor "no veía el negocio" o que el director de la revista "no encontraba que aquello encajase en sus columnas", iba a recibir algo, algo en pago de su inspiración si la tenía y de la manualidad que representaba el dar forma y expresión a las ideas, y que aparecieran tan prolijamente ordenadas como él acostumbraba a exponerlas en aquellas sus cuartillas.

Penalves tuvo al fin un traje nuevo, frecuentó los teatros y cafés y hasta disfrutó de la satisfacción de publicar cuanto ocurriesele, aunque con la meticulosidad y restricción que hubiera puesto él al firmarlo. Ya se preguntaba si no recibía más de lo que mereciese. De figura desmedrada, de cohibi-

ción natural, en parte debida a su excesiva modestia que le hacía descubrir cualidades superiores en quienquiera le enfrentara, jamás supo realzar a su propia labor, rebajándola por el contrario lo mismo que el estuche de raído y manchado terciopelo desvalora a la joya que guarda entre sus pliegues. Era un ion, si así cabe decirlo, que por sí nada era, pero que al combinarse con los otros que representaba Martínez, tenía su misión y no de despreciar.

Martínez era el hombre de la linda figura, el caballero que con la elevación de su talla obligaba a alzar la vista al que le hablase, el dandy o figurín que llamaba la atención. Todo en él atraía: el ademán, resuelto y airoso, el timbre de la voz, la sonrisa, el gesto. Unido a su carácter, nada huraño, contaba los amigos por docenas, no obstante ser la denominación algo impropia, porque Martínez, de cada extraño con quien se topase y de partiese, hacía un conocido, y de

éste una amistad. Debido a ello eran pocos los que le estimaban y menos aún los que llegaron a quererle, aunque nada impedía para que Martínez fuera el hombre popular, que entraba en todas partes y hablaba a todo el mundo. Penalves cosechó las ventajas: fué presentado en cabarets, tertulias familiares, círculos recreativos, políticos, de sport. Ya se imaginaba el buen poeta que nada a su albedrío podría resistirse: Manón, Inés, la bella Estefanía, Trinidad, todas, incluso la pequeña Olivet, la desdichada Olivet, que había desairado hasta magnates, cayeron en sus brazos, por obra de su nueva situación, en la que su majestad los pesos (Penalves recibía de Martínez mensualidades de importancia), influían de un modo contundente. Pero la fatalidad quiso pronto demostrarle lo contrario; demostrarle que aquella su inspiración de ir a ver a Martínez y pactar lo pactado, no sólo no constituía un hecho que en loor de su interés debió anticipar, sino que tampoco un acto de cuya conveniencia no fuese muy posible disentir. Y era que Penalves, el afortunado Penalves, el satisfecho Penalves, había sido presentado en una casa en donde, las hijas de los dueños, Margarita y Gloria, hacían por demás deliciosas las visitas. Y aunque Margarita no aventajaba a Gloria en nada, y aunque Margarita se decía que era novia de Martínez, fué tal en enamoramiento de Penalves por ella, que aún a trueque de hacer un papelón y romper con su socio, terminó por hablarla.

—Creo, señorita — dijo — sentir por usted lo que se llama un verdadero amor, estimarla lo bastante para constituir mi más grande anhelo: el ser su novio y, con el tiempo, llegar a ser su esposo. No tengo bienes de fortuna pero gano lo suficiente para sostenerla en el plano en que ha vivido y, quizá, con el tiempo también, con más holgura. No tengo ningún hecho de que avergonzarme; soy un hombre honrado. ¿Qué me contesta usted?

Y aunque la mucha no le dijo que no en rotundo, tanto en aquella como en las posteriores ocasiones en que Penalves requiriera una res-

AMOR. . ?

Para la inteligente soprano Helena Smirnowa.

Ocultad vuestros enojos porque asegure, indiscreto, que en la luz de vuestros ojos se diluye algún secreto.

Sin lograrlo definir por lo raro y por lo incierto parecieran traslucir algo como ensueño muerto...

¿Por qué vuestros ojos bellos dicen con vivos destellos que algún pesar os apena?

¿Será, quizás, el amor quién selló con su dolor vuestra mirada serena...?

JOSE GUERRERO LOCAMOUX.

puesta, trató de disuadirle, so pretexto de que no se conocían bien y de que el matrimonio y aún los mismos noviazgos, eran cosas muy serias y muy de meditar.

—Qué quiere — dijo un día, asediada por el infatigable poeta que no cejaba en su empeño — no puedo y no puedo. No tengo de usted el más mínimo informe; su alma, como la mayoría de las almas, me es completamente anónima. Si usted, por ejemplo, se encontrara en las condiciones de Martínez, que ha exteriorizado sus sentimientos, modos de ver, ideas que le merecen las personas y las cosas, conceptos del amor, de la paternidad, del honor, en pocas palabras, si usted fuera artista y hubiera "vertido toda su psiquis" en una obra, yo, que hoy sólo veo en usted una nebulosa, tendría elementos de juicio y podría decirle: "Sí, le amor, porque me compenetro con usted"; o, "no piense usted en mí; entre lo que usted es y lo que yo desearía que fuese, hay un abismo". Pero usted está en las condiciones de la mayoría de los hombres: me es completamente desconocido, y sólo puedo saber de usted que paga al casero, que no se emborracha y que no toma mate, condiciones excelentes para tomarle de pensión, pero no para más.

—¿Y usted cree que a. un poeta, por ejemplo, se le conoce por sus libros?

—Sabiéndole leer, sí. Un poeta, más o menos veladamente, se asoma muchas veces a sus páginas: ora en una frase que le pone de manifiesto; ora es un final que exterioriza lo que él estima justo; cuando menos, entre líneas, hallaríanse vestigios de su alma.

—De modo que si yo fuera Martínez...

—Le diría: sí, señor, le quiero porque, me ha hecho usted sentir, porque leyéndole he vivido muchas emociones que para mí, de otra suerte, permanecerían ocultas, porque he visto su alma y porque en ella encuentro abrevadero a mi ideal.

La muchacha se excitaba al recuerdo de su novio.

—¿Y si yo fuera Martínez?

—¡.....!

—Sí; si yo fuera Martínez, el que ha escrito lo que aparece firmado por Martínez?

—¡Pero eso no es posible!

—Supongamos que lo fuera.

—Entonces...

—Bien. Yo soy Martínez, el que ha discurrecido en esas páginas que a usted no han disgustado, el alma que a través de esas líneas usted cree haber visto y encuentra de su gusto.

Una estruendosa carcajada fué el comentario primero. Después:

—Penalves, por muchos desvaríos a que el amor conduzca, nunca me hubiera imaginado que un hombre como usted, sucumbiría a semejante baja.

Y demás está decir que Penalves fué despedido de la casa y segregado de la sociedad Penalves-Martínez, que tanto a él convenía, por lo menos después de claudicar por primera vez.

.....

Bueno, y todo eso, ¿a qué viene?

—Viene a que con ésta son dos las partidas que pierdo, pudiéndolas ganar, y que eso se debe a que tu señor novio, por halagarte, te ha entregado el juego y extorsionado

el mío. Y a que el caso del poeta Penalves parece repetirse, y a que claudicar, con cualquier fin y en cualquier circunstancia, resulta pernicioso. Usted — dirigiéndose a mí — hoy, por halagarla, le cede un

triunfo que no había merecido; mañana, cuando con su cotidiana acostumbrada a ganar perder; pasado ¡quién sabe!, será usted. Y es que claudicar... — Y siguió mi futuro suegro predicando los peli-

gros que entrañaba, tratando de evidenciar la moraleja que encuente que has dado pruebas leyendo esta insulsez, y aún otras peores — que las hay — podrás entreverla, si Dios te ayuda y tu vista es zahorí.

JOSE PAVIA R. JAEN.

(Dibujo de Ovidio Núñez Abrego).



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Pida lista de precios del renjón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior-
JURAMENTO 5143 BUENOS AIRES

convivencia la crea usted halagada lo bastante, llevará usted las cosas a su norma. Hoy soy yo el perjudicado; mañana será ella, que

bría el caso del poeta Penalves.

Tú, lector, con un poco de buena voluntad, de esa buena voluntad de

DEFINICIONES

La virtud es lo mejor de los estados; una condición de un ser mortal digna de elogio por sí misma; una disposición que hace llamar "bueno" al que la posee; una justa e igual observación de las leyes, conjunto de cualidades que da a quien lo goza preciosa reputación; costumbre práctica de la equidad.

La prudencia es una fuerza capaz de dar, por sí misma, al hombre, la felicidad, la ciencia del bien y del mal; el arte de discernir lo que se debe y lo que no se debe hacer.

La justicia es el acuerdo del alma consigo misma; la armonía de las diversas partes del alma unas con otras y todas entre sí; la costumbre de la justicia distributiva, de dirigirse siempre a lo que se cree ser justo, de someter la conducta a la ley; el hábito de la igualdad común y de la sumisión al régimen de buenas leyes.

La templanza es la moderación del alma en los deseos y placeres a que la naturaleza la sujeta; la armonía y la buena disposición del alma en los placeres y las penas que son propios de su naturaleza; el temperamento del alma entre la servidumbre y la dominación; la libre determinación conforme a la naturaleza; el estado del alma bien regulado; el comercio del alma con el bien y el mal; la costumbre de discernir y ejecutar sus deberes.

El valor es la cualidad de un alma que no la conmueve el miedo; la audacia de los combates; la ciencia de la guerra; la fuerza del ánimo ante objetos terribles y espantosos; la intrepidez sometida a la prudencia; la firmeza en la proximidad de la muerte; la costumbre de conservar la sangre fría ante el riesgo; una fuerza que resiste al peligro, que lucha por la virtud; la tranquilidad del alma ante las cosas que espantan, pero que a los ojos de la razón aparecen sin riesgo; la emancipación de las preocupaciones sin fundamento sobre lo que es peligroso; la experiencia de la guerra; la costumbre de someterse a la ley.

PLATON.

La cascada más notable del mundo

El 4 de Agosto de 1913, partió del Cairo al Cabo, una expedición en automóvil compuesta por los capitanes R. N. Kelsey y Pickesgill Cunliffe, el gran cazador conde Comegliano, el señor Scott-Brown y Mr. Gilliland, corresponsal del "Daily Telegraph".

La mala suerte les persiguió constantemente, y después de la muerte del capitán Kelsey a consecuencia de las heridas que le hizo un leopardo, y de la enfermedad del chofer y del mecánico, el corresponsal del diario londinense recibió órdenes de regresar a Inglaterra, continuando el viaje Mr. Scott-Brown y el conde Comegliano.

Los alemanes encarcelaron en Tabora a Scott-Brown, en donde estuvo prisionero dos años y medio, al cabo de los cuales le pusieron en libertad, pero a consecuencia de sus sufrimientos durante ese tiempo, no le fué posible continuar el proyectado viaje, muriendo en septiembre de 1925.

Entre sus papeles se encontró la siguiente nota relativa a la fotografía de un notable salto de agua: "Cascada de Kalambo. El salto de agua más asombroso del mundo.

Aquí, el río Kalambo separa el territorio del Africa Oriental inglesa de la Rhodesia, y se precipita en un abismo, formando una cola de caballo de espumante líquido, de 1.200 pies de alto. El Niágara sólo tiene 165 pies de alto; las cataratas Victoria, 420, y el majestuoso Tequendama próximamente la altura de estas últimas. Desde la base de esta cascada, y a unos trescientos metros más abajo, hay otro salto de 200 pies de alto, pero no se sabe que nadie haya logrado llegar a la base de esta segunda cascada.

Se dice que un antiguo jefe Alunga, al ver las cascadas por primera vez, prometió entregar la mitad de su reino al hijo del hombre que se arrojará a ellas. Una mujer pidió que se le concediese el mismo privilegio, y se arrojó al fondo de la gran cascada; pero el jefe Alunga no cumplió su promesa.

El salto de agua, en una depresión en la montaña, forma un inmenso chorro entre dos paredes completamente cortadas a tajo.

En la base del salto se ve el agua como si hirviese en una gran caldera y salir en vertiginosos remolinos hacia el segundo salto.

El espectáculo de estas cataratas es único en el mundo, y parece mentira que hallándose en línea divisoria de Rhodesia por el Norte y el territorio del Tanganica, no hayan sido conocidas hasta ahora; por lo menos, en ningún mapa figuran y ningún texto de Geografía las menciona".

Cuenta la literatura uruguaya con un gran valor intelectual, en el doctor Manuel Núñez Regueiro, cónsul de ese país, en Rosario de Santa Fe.

Su copiosa labor, dispersada en revistas y demostrada con sus libros valiosos, en los cuales pone de manifiesto su tendencia filosófica, la armonía interior de su espíritu de artista y su impresión ante el panteísmo, han hecho del escritor Manuel Núñez Regueiro, una valiosa personalidad ya definida, en las letras americanas.

Su obra "El libro de los poemas" señala al escritor emotivo que situado ante el maravilloso panorama de lo creado, encuentra allí un conjunto de observación. Nos ofrece toda la gama de su alma predispuesta al ensueño, en poemas hondos e hilvanados con un estilo claro y sobrio.

No sólo se puede justipreciar a este escritor bajo una misma faz literaria, sino también como poeta, tal lo afirma su volumen de versos "Verbo lírico", donde la inspiración puesta al servicio de una idea precisa, da relieve y vigor a los endecasílabos que nacen espontáneos, sin torcer la corriente invisible que los ofrece, tal como una cinta de agua que se deslizara sobre el rostro helado de las peñas. Son versos trazados en buenos moldes y que reúnen la verdadera pulidez académica. El ultraísmo ni el modernismo no han mordido la malla de su estilo y se ha dejado llevar, — sin darse a un puro clasicismo, — en un término medio muy aceptable.

Canta el citareda al ruiseñor. Su corazón se emociona ante el ombú de las pampas y rinde su vasallaje a la amada y le cuenta de su desolación y su pena. Siente frío sin ella, en la soledad, y clama por el fulgor de sus ojos profundos.

No solamente se puede juzgar a Núñez Regueiro como poeta, sino también como a un literato descriptivo y observador, cuyas cualidades nos revela su libro "De la fuente interior". En él nos cuenta de sus andanzas por su país; de sus paseos por Piriápolis, sus impresiones junto al mar y miles de cosas bellas que su pluma pinta fielmente.

Muy vasto es el espíritu de Núñez Regueiro para internarse en múltiples tendencias, pero, su parte tónica, su piedra de toque, está en la filosofía, fuente prodigiosa para su sed de caminante. En la filosofía, en ese intrincado y grandioso campo donde el espíritu se interna ávido de conocer, este escritor ha encontrado una nueva orientación, la "Anterosofía", de la cual es padre y difundidor. Nueva ciencia ésta que fructifica como una semilla prodigiosa y va encontrando miles de almas que se despliegan a su luz.

Esa nueva doctrina está destinada a conmover la opinión actual de los que saben pensar y sentir. "Fundamentos de la anterosofía", obra publicada en 1925 y "Anterosofía" en 1926, son dos volúmenes que se complementan y no pueden estar separados; el primero, es una verdadera introducción del segundo.

La nueva filosofía de Núñez Regueiro cuenta ya con aventajados discípulos y se enseña en la Universidad del litoral, habiendo sido incluida en programas de estudios de la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de dicha Universidad.

La nueva tendencia filosófica del escritor Manuel Núñez Regueiro

Y es digno de citarse, además, en esta época de desidia espiritual, la iniciativa plausible de crearse en Rosario de Santa Fe, un "cenáculo anterosófico", formado por personas representativas e intelectuales de aquel lugar.

Para demostrar el avance de la tendencia de Núñez Regueiro, de la manera como fructifica su simien-

doctrina; su fe se acrecienta al contemplar sus discípulos que entran por la corriente de su ideal.

Tenemos las opiniones acertadas de plumas brillantes que han señalado su doctrina. Pedro César Dominici ha dicho: "El triunfo de este libro, es triunfo del pensamiento americano y honra a todos los que escriben", y Clemente Ricci ha



El escritor Manuel Núñez Regueiro

te germinadora, uno de sus más autorizados discípulos, el ingeniero Galogero Terrazzini, está por dar a la publicidad un libro en el cual difunde las doctrinas del escritor Núñez Regueiro. En Montevideo, la exquisita poetisa Juana de Ibarbouro, es una entusiasta defensora de la anterosofía.

El autor de la obra mencionada tiene una fe inquebrantable en su

manifestado: "Es un libro formidable".

Indudablemente que esta nueva filosofía encontrará un amplio sendero y el esfuerzo de su autor se verá coronado por el triunfo.

Dice el señor Núñez Regueiro, señalando en su libro una de sus grandes tendencias: "Nuestro fin es poseer a Dios. Dice Miguel de Unamuno, y es esta posesión de

Dios el fin supremo que la anterosofía persigue a favor del hombre, como así también la posibilidad de llenar el terrible vacío espiritual que no puede ser llenado por la ciencia, con verdades y con algo que consulte nuestra natural aspiración, a saber: creer, esperar y a ser felices, y por último la angeliación del ser humano, mediante un nuevo despertar, que ha hallado el metro o forma de su redención moral, dentro del evangelio".

Esa fe poderosa que alienta a Núñez Regueiro y que vislumbra en sus obras, lo han hecho exclamar: "Naturaleza, arte, ciencia, religión!". Grandes y convincentes son las teorías que argumenta este escritor y que son un compendio de sana filosofía y de nuevas y fecundas disciplinas mentales.

El espíritu profundo y analítico del escritor vibra ante sus manifestaciones, con luz propia. Su pensamiento claro reanima y difunde una fe linquebrantable en estos libros que son verdaderos sagrarios de nuevas tendencias.

Soy un convencido de que la doctrina de Núñez Regueiro prosperará asombrosamente, en estos tiempos modernos de renovación espiritual, por eso convengo en sus teorías y aplaudo su sinceridad encerradas en estas obras. El tiempo dará mayor fuerza a sus alas ya que cada día recoge realidades. Su doctrina será una hacha de luz para el futuro, que desgajará los robles arcaicos de viejas fórmulas impuestas.

FELIX B. VISILLAC.

La alimentación futura

Dentro de algún tiempo los hombres podrán atender a todas las necesidades de su alimentación, sin recurrir al cultivo de los cereales. Bastará con la producción de microorganismos mantenida con productos minerales adecuados.

Esta no nueva profecía, que ofrece nada menos que la perspectiva de la completa liberación del hombre de la servidumbre de la gleba, ha sido repetida en Nueva York, en una conferencia científica del doctor Steinmetz, sobre el tema: "La energía del porvenir".

¿Cuál es la energía del porvenir, como la concibe el doctor Steinmetz?

El doctor parte de esta premisa: los más perfectos utilizadores de la energía solar, madre de todas las energías, son los vegetales; pero los más voluminosos tienen el defecto de producir demasiado lentamente (necesitan una estación del año) las transformaciones sintéticas de la energía absorbida, mientras que los microorganismos (lo que equivale a decir las vegetaciones microbianas) constituyen el órgano ideal para la transformación de la energía solar. En efecto, su generación acaece en un día, no en una estación.

Por consiguiente, no habrá más que hacer un cultivo intensivo de esos microorganismos.

Prudencia mundana

Oí decir que un durwaish (sacerdote mendicante) sufría mucha pobreza y costía, remiendo, animándose con las siguientes palabras:

—Yo me contento con un pan duro y una capa basta de lana, pues mejor es llevar el peso de las propias necesidades, que estar obligado a los hombres.

Alguien le dijo:

—¿Cómo estás aquí tan tranquilo, mientras hay en la ciudad personas tan generosas que son queridas de todos, porque saben ayudar a los buenos y están siempre dispuestas a aliviar las penas de todos los corazones? Si supiesen tu situación te asistirían y socorrerían en tus necesidades.

Replicó él:

—Callaos, que es mejor morir de hambre que exponer nuestras necesidades a otro: pues dicen que coser remiendo sobre remiendo y ser paciente, es preferible a escribir una petición pidiendo ropa a un rico. En verdad, tan malo es entrar en el paraíso con la ayuda del vecino, como padecer todos los tormentos del infierno.

SA'DI.

Las regiones volcánicas de Africa

Entre pigmeos y gorilas

Hay en Africa tres regiones o centros volcánicos: el de Camarones, en la costa oeste; el de Virunga al norte del lago Kivu, y la de los grandes cráteres, en los límites de la colonia de Kenya y del territorio de Tanganyika.

Aunque esta última región es única en sus maravillas naturales, sus estupendos volcanes, sus enormes cráteres de cerca de veinte kilómetros de diámetro, sin embargo, el lago Kivu y sus alrededores es la región más encantadora de todo el Africa.

Es un lugar encantador, donde el frío no hace tiritar, ni el calor provoca el sudor; es un paraíso de encantadores parajes donde bañarse, pescar, cazar, soñar, contemplar una naturaleza admirable y única.

Hoy no es difícil llegar a tan paradisíaca región. Se llega a ella por el Dar-es-Salaam y el ferrocarril central de Tanganyika hasta Kigoma, en el mismo lago. De allí, por vapor, se va a la antigua ciudad árabe de Usumbura y a la capital del territorio belga Ruando.

Desde allí se va a dos lagos.

Hay que calcular en quince días lo que se tarde desde Dar-es-Salaam hasta Kivu.

El lago Kivu fué descubierto por el conde de Gotzen, en 1894, y es el último de los lagos africanos descubiertos. Tiene aproximadamente ciento cinco kilómetros de circunferencia, salpicado de bellísimas islas.

En su parte septentrional se encuentran los grupos de volcanes Virunga, algunas de cuyas cimas no han sido nunca holladas por el pie humano.

Al oeste se extiende la ligeramente ondulada región de los pastos, habitada por una raza de negros elegantes y bien formados, los Watutsi y Bahutus, bajo la autoridad del poderoso negro Musinga. Al occidente viven los Watemlo y los Bakusus, y en sus bosques abundan los elefantes, los gorilas y otros monos menores.

En la región de los pastos, toda clase de rumiantes viven en grandes manadas. El terreno no puede ser más rico y ubérrimo. Aunque el lago se encuentra a una altura de más de 1.500 metros, crecen en sus orillas e islas plantas tropicales.

Como el mercado es el termómetro que marca la producción, para hacerse una idea de lo que ese maravilloso país produce, basta indicar que en el mercado indígena de Kisenyis se encuentra toda clase de animales y vegetales de Europa, huevos, queso, mantequilla, leche, miel, café, trigo, arroz, habichuelas, tabaco, plátanos, harinas de todas clases, aceites, nueces y cocos; de todo, en una palabra. Una lista de géneros y artículos, que asombra.

En la topografía del lago Kivu encontramos curiosísimos detalles. Aunque sus aguas van a parar al lago Tanganyika y al río Congo, su fauna no se parece a la de éstos, debido a que, según los geólogos, en una época no muy remota existía una gran cuenca lacustre, que

fué separada por una conmovión volcánica, que formó la de la región Virunga, que hizo las veces de gran dique separatorio.

Los volcanes del Virunga se dividen en tres grupos. El más septentrional se compone de tres volcanes: el Sabinio, el Ugahinga y el Muhavura. El prуго central, otros tres: el Karisimbi, el Mikeno y el Visoke, y el grupo occidental, en el que se encuentran el Ninagonga, el triple cono del Nambagira y tres más pequeños de reciente formación.

La última erupción del distrito fué en 1912 a 1913.

El rui señor descengañado

Por medio de una atenta circular anuncióse a todas las aves cantoras que iba a celebrarse un concurso a fin de conceder un premio a la que más cautivase a la asamblea con sus trinos y gorjeos.

—Si el tribunal es entendido — dijo para sí el rui señor, — no dudo que me llevará la palma.

Confiado en el éxito, emprendió su vuelo para ir a ocupar su puesto entre los opositores. Figuraban entre éstos numerosos canarios, jilgueros, mirlos y verderones, y todos hicieron sus habilidades a cual más, aunque ninguno estuvo a tanta altura como el rui señor. Seguro contaba ya éste el premio, cuando oyó decir que se le había conferido a un jilguero, y avergonzado, entonces, de haberse presentado a un tribunal tan ignorante, volvióse a sus bosques exclamando:

—Oh, Naturaleza!, quitame la voz o no me des tan malos jueces!

La ascensión al Ninagonga no es difícil con buen tiempo; pero es peligrosa en la época de las lluvias y las nieves.

El cráter presenta el aspecto de una inmensa caldera humeante de cerca de dos kilómetros de diámetro y de cerca de doscientos cincuenta metros de profundidad. Del Centro sale una humareda de color amarillo pálido y se oye constantemente el ruido que produce el hervor de la lava.

El lago Kivu es la línea divisoria entre la región llana del este y la selvática del oeste, por lo que en sus bordes se encuentran ejemplares completamente distintos, tanto en la flora como en la fauna.

En las selvas habitan los pigmeos Bativa, excelentes herreros y alfareros, magníficos agricultores, que sostienen colmenas por todos los rincones del bosque.

Allí abundan los elefantes, los búfalos, leopardos, hienas, cabras salvajes, jabalíes, chimpancés, grandes gorilas y multitud de especies de monos, amén de gran variedad de aves.

Se puede decir que aquella región es una colección de los árboles y plantas más raros de la región tropical, plantados allí por la Naturaleza para formar un extraordinario jardín botánico.

El encanto de aquel panorama está en el contraste de la luz y la sombra de las espesuras y de los claros, de las sanas, frescas y verdes laderas que alegran los valles, las sendas naturales, los arroyuelos, torrentes y lagunas que hacen de aquel lado del lago un verdadero paraíso.

En ciertos sitios, miles de lobelias emergen del césped como gigantescos blandones, cuyo verdor desaparece bajo el blanco plateado o el rosa pálido de sus múltiples y perennes flores.

Más allá atrae la atención enorme grupo de helechos mezclados con plátanos silvestres y lobelias, que producen un efecto escénico fantasmagórico.

Este distrito de Kivu es una verdadera maravilla en flores y plantas.

Subiendo por las montañas y volcanes, además de las lobelias y plátanos se encuentran grandes helechos arborescentes, orquídeas, gladiolas, lirios azules y una gran variedad más de flores que presentan todos los matices del iris.

La vida animal se reduce a la que ya hemos indicado; pero hemos de hacer constar que los elefantes abundan en grandes manadas sobre todo el distrito de Masiri y alrededor de los lagos de Makoto. Hasta hace poco no se conocían allí los hipopótamos; pero recientemente han empezado a visitar aquella región estos enormes paquidermos.

El cocodrilo, ese terror de los ríos africanos, es completamente desconocido en aquel distrito, de modo que el placer del baño para el explorador no se ve contrarrestado por la zozobra y el terror constantes de la presencia de tan peligrosos saurios.

Los peces abundan en las aguas de ríos y lagos; pero generalmente no son de grandes dimensiones. La caza no estaba reglamentada hasta hace poco, como no fuera la del gorila, que tienen su santuario en la región volcánica.

Un hecho digno de notarse, referente a los insectos, es que, a pesar de los detenidos estudios que se han hecho, no se ha logrado encontrar en la región la mosca tsetse, y sin embargo el ganado que habita en la parte nordeste del territorio sufre de "nagana" o enfer-

Fotograbados

Tricromías

Bicromías

Confección de elisés para revistas, catálogos, folletos, y otras publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259
Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

medad producida por la terrible y temida mosca.

La región del lago Kivu depende por completo del gobierno belga, y comprende el Congo por un lado y el Runanda-Urundi por el otro.

El lago es frecuentemente recorrido por varias clases de embarcaciones. Los negociantes del lago tienen grandes lanchas manejadas por remos y pagayas, y el gobierno sostiene cinco lanchas y barcazas, cuatro de ellas con motor de petróleo, y la otra alimentada con leña.

El gorila que en estas tierras se encuentra, vive siempre en las grandes espesuras, en los bosques más impenetrables. Su alimentación principal consiste en frutas de diversas clases de las plantaciones que saquea, aun cuando se dice que se alimenta de avicillas y de huevos.

El gorila, como la inmensa mayoría de los animales es diurno, pasando la noche en un nido, que se improvisa fácilmente enlazando las ramas y añadiendo otras si las precisa.

Los ejemplares viejos no suelen trepar, y tampoco habría muchas ramas que los pudieran soportar.

El gorila no vive solo, como se supone, sino que, por el contrario, es un animal sociable; el número de los que suelen encontrarse reunidos es de ocho a diez. Por excepción anda en dos pies, pues su nombre natural es cuadrúpedo.

Se teme en estas tierras más al chimpancé que al gorila. A éste lo cazan con lanzas arrojadas y perros.

Ultimamente se ha encontrado en el sudoeste del lago una mina de zafiro, y en Rutchurn y Lutunguro, ricas pepitas de oro.

Estos descubrimientos son, sin duda, los primeros indicios de ricos yacimientos mineros, que acabarán por llevar a aquellas regiones buen número de personas, que indudablemente quitarán mucha de la poesía y belleza que encierran aquellos maravillosos lugares.

Ya se habla de un ferrocarril. Será el primer paso para quitar encantos.

Historia de la Sociedad de Beneficencia

Por Carlos Correa Luna

No hace mucho que rastreando los antecedentes de la enseñanza normal en la República, con motivo de un estudio sobre legislación escolar, un distinguido historiador puso en nuestras manos el tomo I de la "Historia de la Sociedad de Beneficencia", por el señor Carlos Corera Luna, con la condición de que una vez realizado el objeto especial de nuestra consulta, le diéramos a conocer nuestras impresiones sobre la obra. En honor a la verdad, debemos confesar que su lectura nos dió la más amplia información sobre el punto mencionado. Es muy difícil encontrar libros que coordinen o sistematicen en un cuerpo, todas las disposiciones legales, referentes a la instrucción pública nacional, y casi imposible, si se pretende que ellos expliquen su espíritu social, determinen sus principios, fijen sus factores o precisen sus fuentes originarias. Con este antecedente, fácil es comprender el interés y la simpatía con que leímos la importante obra del señor Correa Luna, que si bien no es un tratado de la especialización indicada, llena con creces estas condiciones, dentro del tema desarrollado.

Vamos a consignar aquí las impresiones que sus páginas bien escritas dejaron en nuestro ánimo, en pago de nuestra promesa al ilustrado y gentil amigo, y como una justicia al erudito escritor que con tanto brillo respondió al mandato de la Sociedad.

Un prefacio, suscripto por el doctor Antonio Dellepiane, breve en su elegante y delicada concepción, precede la obra del señor Correa Luna, y aquí comenzamos a anotar las primeras impresiones, sin ninguna clase de reatos, para nuestra sinceridad; pues no tenemos el honor de conocer personalmente ni al autor ni a su prologuista. Este exordio ¡cosa rara! no contiene una sola referencia al texto del libro. ¿A qué se debe este hecho insólito? Podría ser una manera, también elegante, de eludir la responsabilidad de apreciar un estudio que no pocas asperezas ofrecía de suyo, ya que se trataba en él y antes que nada, de defender a un ilustre progenitor de la nacionalidad. ¿O será que el doctor Dellepiane, sabedor de que el libro habría de ser escrito bajo la sugestión de un mandato, creyó que no ofrecería ni el interés ni la amenidad propios de la enjundia de su autor? ¡Quién lo sabe! En esta conjeturas, de la cual nos consideramos únicos responsables, vamos tejiendo más probabilidades que aciertos. Y acaso piense bien quien tal cosa sostuviera, pues los trabajos realizados por encargo, por noble que fuese la idea que los inspire, no tienen esa libre expansión espiritual de que ha menester el artista, como primera condición, para dar forma a sus pensamientos. Parece que la idea de esa coacción moral, embarazará un tanto nuestras manos para la amplia ejecu-

ción de la obra. Y esta dificultad, salvada airoosamente por el autor, es lo que da mayor relieve al trabajo. La versación en materia histórica, del señor Correa Luna, ha contribuido de modo fundamental, para que el libro cumpla con elevación y nobleza el objeto propuesto.

Al lado de los decretos de Rivadavia, que constituyen por sí solos una verdadera exposición de motivos, el autor ha puesto la doctrina política con el espíritu profético del gran reformador, y ha substanciado una tesis de defensa contra los que llegaron a dudar de la originalidad de aquella fe robusta que, al decir del señor Correa Luna, creó la más bella institución de su patria civil.



EL DIRECTOR DEL ORFEON.—A ver, vos, el de en medio, ¿no ves que cantás más alto que los otros?

Eso sí, el hecho de que Rivadavia se hubiese inspirado en disposiciones y proyectos de estadistas europeos, para la implantación de sus célebres reformas orgánicas del año veinte, que dieron un poderoso desarrollo institucional a la provincia, no creemos que pueda amenazar el prestigio de su inteligencia, ni la contextura moral de su espíritu superior. No es posible conceder a un hombre de sus elevadas condiciones patrióticas, la permanencia en el antiguo continente por tan largo tiempo, sin que haya podido observar, analizar y asimilar las reformas de sus viejas instituciones y la cultura de su espíritu social. Las ideas no son patrimonio de los pueblos, ni tienen su origen en los hombres, individualmente considerados. Más pertenecen a quienes las sustentan en el momento de darles aplicación concreta o real; sea como fuente de vida o de riqueza en las reformas económicas-sociales, sea como dirección espiritual en la enseñanza o como forma y expresión emotiva en las creaciones estéticas. No creemos, pues, necesario, ni mucho menos

imprescindible, demostrar con un acopio tan nutrido de datos y de razonamiento, como lo hace el ilustrado autor de quien nos ocupamos, la falsedad o la pasión que anima a los que, como Vicente Fidel López, se refieren con cierta irónica apreciación a la brillante labor reformadora de Rivadavia.

Por otra parte, no conocemos en la Europa del siglo XIX ningún proyecto de ley que, en aquella época revolucionaria, fuese inspirado en tan amplio concepto de tolerancia política, como la ley denominada del olvido de Rivadavia, y por la cual se tendía un velo que cubriera los odios y las pasiones en que se debatieron los bandos en lucha y que dieron por resultado la expatriación de ilustres argentinos.

No resistimos al deseo de copiar aquí el texto de la nota con que el proyecto fué elevado a la Junta; dice así: "Los pueblos del continente son independientes; que sean libres y felices son ahora los deseos de esta provincia. Pero entretanto parece que ella se debe a sí misma el cerrar para siempre el período de la revolución el día mismo en que se ve cumplido el primer conato. Para gozar más completamente de tan dolorosos sacrificios, es pre-

Dentaduras Postizas

Se componen en el día
por \$ 5.-

Se hacen nuevas y se re-
forman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUÍPACHA 530

legislación penal de los pueblos; no precisamente como una medida de emergencia, sino como un arma política; no como una ley de defensa de una sociedad amenazada, sino como un régimen de gobierno con poderes dictatoriales. Por ella se ha obligado y se sigue obligando a ciudadanos eminentes y dignos, a abandonar la patria y a quebrantar por consecuencia vínculos de sociedad y de familia, que son sagrados para nuestro sentimiento. Y pensar que ese condenado político pudo haber luchado tan solo por un ideal, acaso el más humano de todos; por un ideal de libertad, sin el cual no es posible conservar la ilusión de una democracia ni se comprende la razón de nuestra vida.

Sólo un genio civil, como el de Rivadavia, pudo apreciar — ¡hace ya un siglo! — cuánto importa negativamente para la grandeza y la felicidad de su patria, el ostracismo de sus hijos, que el destino quiso fueran los más dignos y representativos. La clara visión del gran reformador argentino pudo romper las fronteras de la patria y olvidar los errores y las pasiones de sus hermanos exilados.

Si nada más que esta ley hubiese sido la obra del ministro Rivadavia, ella bastaría para la consagración de su patriotismo y acaso la gratitud de la posteridad. "Los pueblos del continente son independientes: que sean libres y felices son los deseos de esta provincia..." fueron sus palabras. Si todos los gobiernos se inspirasen en este noble deseo como norma de acción patriótica, muchos pueblos del continente serían menos desgraciados. Pocos son los países cuyos hijos no vivan ambulando por extrañas ciudades, con el anatema en los labios y el corazón torturado por el recuerdo tenaz de la patria imposible.

Pero perdónesenos esta ligerísima digresión. Hay momento en que la pluma, más que escribir, quisiera rasgar el papel. Y es necesario que el ánimo esté sereno, que la moderación informe nuestro pensamiento. Sólo así, en este término medio difícil, en que la verdad se empaña un tanto, los hombres encuentran sinceridad y justicia. Seamos, pues, justos, y continuemos la exégesis de este libro que tantas cosas dormidas sabe despertar en el alma.

No intentaremos, en un afán demasadamente interpretativo, seguir los menores detalles que el señor Correa Luna va consignando en este trabajo. Pero sí, nos vemos en la necesidad de tocar algunos, para dar la impresión exacta de su valor estructural. Véase lo que dice de los libros del héroe: "Recuerdo con qué emoción, un día del pasado invierno, hojeé los tomos amarillentos buscando una nota marginal, un

trozo perdido de lápiz, una huella cualquiera del insigne estudioso". ¿No es ésta una labor paciente, analítica? Se nos antoja un gusano de luz que va alumbrando punto por punto la trayectoria ideológica en la obra y en el pensamiento de Rivadavia. Es indudable que junto a una investigación racional el autor ha puesto un poco de su propio sentimiento de escritor. Y así, pausada y minuciosamente, va penetrando el alma de su pensador. Las cosas que le preocuparon intensamente a Rivadavia — la decadencia del clero, el abandono de los centros de educación, la institución militar, la organización del gobierno apoyado en la voluntad del pueblo, la política agraria, — desfilan con sus causas y razones de existencia, hasta el célebre decreto del 2 de enero de 1823, por el cual queda fundada la más bella institución de la patria civil. "El progreso está en el hogar, hagamos fuertes y bellos nuestros hogares levantando el alma de la mujer y habremos consolidado la civilización de la República", palabras con que Rivadavia apuntaló esa noble institución, para no citar sino las más substanciales. Es lógico pensar que, después de restituir a los expatriados al seno de sus familias, reconstruyendo de tal suerte el hogar abandonado, dictara leyes que amparasen esos mismos hogares, levantando el alma de la mujer; lo que en nuestro concepto, equivale a decir, dignificando la vida misma de la nación.

Con acierto podemos afirmar que es aquí donde el señor Correa Luna comienza en realidad su hermoso estudio. Da gusto seguirle en sus disquisiciones, en sus cuadros y bocetos, en los diferentes tonos de luz con que va coronando la frente de las primeras matronas argentinas, que constituyeron la vida inicial de la Sociedad. La sola reproducción de aquel comentario que "El Centinela" del 2 de febrero del mismo año, hiciera al texto del decreto de fundación, nos da a conocer una de las más bellas páginas consagradas a exaltar los derechos y a honrar los delicados sentimientos de la mujer. Únicamente en las vibrantes redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz y en las admirables cartas de San Jerónimo, hemos leído como en aquella, una oración tan conceptuosa y tan ungida de ternezas para la gracia y la fina espiritualidad de la mujer.

Una sucesión de opiniones, las más autorizadas — que sólo la bien nutrida lectura de una historiador puede compendiar — desfilan en la obra, desde los contemporáneos de aquel varón singular hasta los que con preferencia escriben hoy sobre el origen de la vida institucional argentina. Nada escapa a la sutil curiosidad de este investigador, y a través de sus evocaciones, vamos penetrando insensiblemente el fondo de aquella sociedad de patricias ilustres, hasta llegar a las reuniones y voladas de la gentil Mariquita Sánchez, tan llena de vivacidad y de gracia, tan representativa de la cultura argentina, tan mariposa de luz para los poetas y escritores de la guardia vieja.

Pero aquella cultura superior, con que aparece adornada la mujer de la Independencia, ¿dónde la adquirió? ¿En qué centro formó su inteligencia? ¿En qué fuente bebió aquella grácil espiritualidad, encanto de propios y extraños?

Tales interrogaciones le llevan a nuestro autor a los interesantísimos datos consignados en "Las Memorias de un Viejo", del doctor Vicente G. Quesada. Aquel Colegio de Huérfanas, que por extraño contraste cobijaba en sus aulas a las primeras familias argentinas, ense-

ñaba el dibujo de la Escuela de la Recoleta, de quien nos habla Gutiérrez, en su libro "Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior", "fue el maestro platero Ibáñez de Iba, dice, grabador aficionado y de quien se conserva una mala lámina representando al general San Mar-

dera, erigida en el fondo de un vasto salón, donde los alumnos de letreaban la cartilla o estudiaban el catecismo, al cuidado de los "fiscales" que distribuían semanalmente las azotainas de reglamento, mientras el viejo domine, encerrado en su aposento, componía relojes, hacía coplas o rasgueaba la guitarra" (Del hermoso libro "La Ciudad de la Asunción", del señor Fulgencio R. Moreno).

Siguiendo al señor Correa Luna en su minucioso estudio, llegamos hasta los cursos superiores, del mismo colegio, en que ya se pone en las delicadas manos de aquellas niñas, la "Memoria sobre la necesidad de contener la demasiada y perjudicial licencia de las mujeres en el hablar". No creemos que el lector pueda encontrar relación alguna entre este raro libro de moral práctica y la discreción atractiva de que hicieron gala las patricias argentinas.

En cuanto al libro que comentamos, fácil es de imaginar la sugestión que impregna sus páginas, si se considera la feliz concordancia con que en ellas se entremezclan lo rudo y a veces hasta lo deformo, con lo ameno y lo espiritual. En todo momento nos da la impresión de ser un libro argentino, genuinamente argentino. Es una cualidad que caracteriza a nuestro autor. Y nada más envidiable que la facultad de arrancar los viejos troncos de la civilización primitiva, con las raíces cargadas del barro con que fueron amasados los sentimientos de la nacionalidad.

Pero seríamos parciales si sólo diéramos a conocer un solo aspecto — el mejor — del alma de aquella sociedad. El señor Correa Luna en su prolífica búsqueda de datos, recurre hasta a los anuncios de venta de los periódicos de la época. Aquí va uno, como muestra y sin comentario: "D. Juan Martínez vende un negro como de 28 años. Es oficial completo de barbero y algo de peluquero, sabe tocar por música flauta, obóe y guitarra, echar piezas a medios pantalones con la mayor proligidad, y se da en 300 pesos fuertes". Es el reverso de la medalla, como se dice comúnmente.

No todo ha de ser espiritualidad quintaesenciada en aquella terrible época de caracteres broncóneos. Por eso hemos leído siempre con cierta desconfiada prevención, los libros de historia en que los héroes de nuestra epopeya americana aparecen con más virtudes que un San Luis Gonzaga, o con más potestades que en la metamorfosis de Ovidio.

Llama la atención el valor sano y bien intencionado del señor Correa Luna, para extraer la verdad desde las profundidades de la historia. No le seducen, como ocurre en la generalidad de los casos, el aspecto brillante y el fondo emotivo de los cuadros, cuya reviviscencia estudia y comenta con probidad intelectual. Más le atrae la verdad por la verdad mismas, aún cuando ella tenga que restar esplendor u oscurecer la magnificencia de una época, de un período o de una institución histórica. Es por eso, por la fecunda labor de investigación paciente y racional, de anotaciones y confrontaciones que demandan tiempo, voluntad y espíritu ecuánime, que este libro es digno de ser leído

Dios es el hermano mayor...

(De "El Libro de la Hermana").

Sé conforme y sé humilde. La miel de tu colmena será siempre más blanda y más pura y más buena si es tu miel. No te empeñes en coger la de otros. La paz y la alegría sólo estará en nosotros. Para nuestra ventura nos bastamos. Soñemos por los que no soñaron. Lo poco que tenemos crece para nosotros en nuestros predios grises y será para aquellos que no han sido felices.

Pobrecillos... los viste? Se acongojan de todo, sufren por cada cosa que les pasa, de un modo tan singular, que encuentran su fe desvanecida. Diles que no precisen el tiempo, que en la vida todo está tan dispuesto, tan armónico, tan natural, que los hombres pueden poner su afán en lo que esperan. Pero no bastará quererlo... Dios es el hermano mayor y hay que ponerlo bajo su bien.

Y diles que el amor es la única grandeza que tenemos. Jesús no dió su túnica como el evangelista, al leproso; se cuenta que dejó un beso puro en su boca sangrienta. En cambio, los apóstoles diéronle viandas. Hasta Pedro, el más anciano, le dejó su canasta... Y el leproso no pudo sonreírle por eso; pero sintió un aliento de amor con aquel beso!

Y continuó la hermana:

Eso bien nos enseña si tú quieres oírlo, que el hombre que se empeña en buscar sólo ansias del mundo, verá un día que no florece nunca en su alma una alegría.

Nosotros bien tenemos con nuestra fe. Soñemos por los que no han soñado. Y en nuestros predios grises por el humo que hila nuestro incensario, oremos porque todos aquellos también vivan felices.

ROGELIO SOTELA.

ñándoles las nociones iniciales de lectura y escritura; con aquel viejo calígrafo llamado Matorras y aquel otro viejo don Angel, "experto en el arte de los palotes", tiene para nosotros un intenso sabor original y una poderosa fuerza evocativa. Este pasaje nos trae a la memoria aquel primer maestro de

tín a caballo, dedicada por el autor al Cabildo de Buenos Aires, en 1818".

¿Cómo se encadenan los datos! He aquí la vida y el sistema docente del maestro Quintana, "poeta, músico y relojero, que tenía su escuela frente a su taller, bajo el patrocinio de una enorme cruz de ma-

El pescador de red

Tendió sus redes un pescador de orilla a orilla de un río, y sujetando ambos extremos con grandes piedras, consiguió que las aguas, al batir sobre los cordeles, dejaran prisioneros los pececillos. Un habitante de las cercanías quejosele de que enturbiaba la corriente y no podía beber; a lo que el astuto pescador respondió:

—¿Qué queréis, amigo? Hay ocasiones en que para comer, es necesario enturbiar el agua.

He ahí la teoría de la mayor parte de las revoluciones.

y utilizado con provecho, por los estudiosos de las cosas americanas y de su pasado. Más que un libro homogéneo, de una unidad cerrada, es un acopio substanciado de datos y documentos sobre la constitución y la vida de la Sociedad de Beneficencia, y por lógica conexión, de la psicología social de un período en que se gesta la nacionalidad argentina.

No hemos de seguir paso a paso a nuestro versado escritor — si alguna vez pensamos en dar fin a estas ligeras impresiones — en su vasta y prolija enumeración de documentos y glosas y menos aún, en sus comentarios de fina sal con que va descubriendo errores y desvíos en la actuación de tal o cual personaje, o en la vida variada y múltiple de las primeras instituciones de educación. Pero hemos de insistir, una vez más, sobre el celeberrimo y original Colegio de Huérfanas que, según la frase sugestiva de Quesada, "era una mezcla de todo". A tal punto es esto verdad, que los mejores pasteles y alfajores de la época, como los tejidos de punto y las mujeres casaderas, saltan, a pedir de boca, de sus enclaustradas docencias. Hasta creemos que el tal Colegio oficiaba también de prestamista, pues hemos leído entre las deudas a su favor, la referencia de un pagaré por pesos 492 suscripto por Cornelio Saavedra, y que pagaba un interés de 8 o/o al año. Con semejante origen

de la enseñanza pública, bien se nos alcanza el porqué del sistema de Lancaster, su popular prestigio y su difusión en la época. Aquello de que un solo maestro bastaba para una escuela entera, porque la enseñanza era mutua, ya veíamos cumplirse de hecho y anticipadamente, en el Colegio de Huérfanas; eso sí, más por la fuerza de las circunstancias que como finalidad de un sistema. Jamás consiguió el maestro formar ninguna profesora porque: "luego que saben algo se casan", decía el seráfico Padre González, en una comunicación que era todo un reproche.

Con la fundación de una escuela para preceptores, denominada Normal y cuyos primeros problemas a resolver se debatieron en la discusión de si la lectura debía ser enseñada por la mañana y la costura por la tarde, o viceversa, termina, podríamos decir, virtualmente la acción inmediata y tutelar de Rivadavia, en la dirección espiritual de la Sociedad de Beneficencia. Con él comenzamos a estampar nuestras impresiones sobre el interesante y bien escrito libro del señor Correa Luna, y con él damos punto final a estas disquisiciones, muy personales, por cierto, sin que nos haya guiado otro propósito que el de rendir el homenaje de nuestra simpatía, a los estudiosos que honran la cultura americana.

MANUEL RIQUELME.

El gran mito americano

¿Quién es Paúl Bourdan?

Paúl Bourdan, de quien tanto se habla en las comarcas madereras de América y tantas plumas se oxidan escribiendo sus aventuras, es la personificación, quizá, del humor americano, de ese humor que, aunque no tenga gracia, la hondura, que tiene su progenitor, el inglés, no es, sin embargo, un hijo descasado que reniegue de aquél.

Como todos los grandes hombres en cuyo honor se han deformado las finas aristas de las piedras, a Paúl Bourdan lo reclamaban infinitas ciudades americanas, que recaban para ellos el honor de que en su recinto lanzase los primeros gritos guturales. Unos dicen que nació en Maine; otros dicen que unos madereros del Canadá se lo llevaron a los Estados del Norte; otros, que nació en la región de los lagos. Para igualarse en todo a los genios, Paúl Bourdan no supo nunca la fecha de su nacimiento, dato que, a pesar de haber agotado las cifras de los archivos locales, omitieron y omiten sus panegiristas. Sólo se sabe que entre los años 1880 y 1900 empezó a tener noticias directas de él.

Historiadores fidedignos, que nunca faltan, nos dicen que, cuando sólo contaba tres semanas de edad, le bullían los pensamientos de tal modo, que su sueño agitado le hacía rodar por los bosques, lo cual ocasionaba una pérdida de varios centenares de pinos, troncha-

dos por el nene. Entonces, por suscripción, le compraron los perjudicados una cuna flotante, la cual anclaron en Eastport. Cuando Paúl se meció en ella, formaba olas de veinte metros de altura, en la bahía de Jurdy, y varios pueblos se inundaban. Como el nene no podía estar despierto, tuvieron que intervenir unas potencias extranjeras y, gracias a esto, Nueva Escocia se salvó de convertirse en una isla.

Paúl, de la madera de los conquistadores, presentó la faceta de la nación y quiso ser el maderero más poderoso; para lo cual, dando pruebas de que sabía admirablemente el manual, solicitó la ayuda de poderosos asociados, hombres y animales. Entre éstos se encontró Bobe, el gigantesco oso azul; Bermy, el oso azul; Big Joe, el cocinero rural; Lusy, la vaca; Elner, el ratón campesino; Sport, el perro reversible; Johnny, tenedor de libros y lumbrera de la economía, como lo demostró al economizar nueve barriles de tinta en un solo invierno, suprimiendo los trazos de las tes y los puntos de las fes; Big Ole, el herrero del campamento que Paúl tenía en Big Orion; los siete hacheros de Red River, y el pequeño coro de niños.

Cuando Paúl inventó su sistema de talar, dice uno de los novecientos sesenta y seis libros que se le han dedicado, el mundo sintió un

escalofrío de admiración. Aquello no tenía precedentes. No existían dos explotaciones que puedan llevarse a cabo de la misma forma y Paúl adaptó sus aspiraciones a las condiciones locales. En las montañas, ordenaba a Bobe que echase a rodar los troncos cortados a lo largo del sendero; en Big Orion cortaba una porción de terreno y lo arrastraba, con árboles y todo al sitio de carga, y en el norte de Dakota utilizaba el servicio de los hacheros.

Esto último fué puesto en duda por algunos que, aun cuando habitaron el norte de Dakota, no vieron jamás los bosques; no obstante, Paúl se acreditó de haber proporcionado a los granjeros de esa región más de quinientos millones, por haberles dejado la tierra apta para el cultivo. Pero que estuvo en Dakota lo prueba el siguiente hecho: Antes de que estuviese en esta población, sus hacheros afilaban las hachas al modo corriente; mas cuando a ella llegaron, las afilaban arrojando una piedra enorme desde lo alto de la colina, y corriendo delante de ella con el hacha pegada a la piedra. Y se cuenta que la primera piedra que utilizaron era tan enorme, que tardaba un día en dar la vuelta completa.

Por esta época, la capacidad inventiva de Paúl alcanzó los mayores éxitos. Su fuerza era tal, que cuando sus hombres no podían con los pesos, él les daba ánimo, y cogía un caballo debajo de cada brazo y aún le quedaban arrestos para levantar a su vez la carga. Todos sus proyectos fueron un éxito completo; todos, menos el propósito de cambiar la tierra en unas horas e instalar la aurora boreal para el trabajo nocturno. Después de unos cuantos ensayos abandonó el intento, pues éstos le fueron algo esquivos.

Bobe, el admirable oso azul, era un factor indispensable para los trabajos de Paúl. Dakota hubiera carecido de leña si aquél no hubiese colocado en ella los árboles arrancados anteriormente, durante unas semanas, en que hacía seis viajes por día. Cuando Jahmny Jukslinger fijaba en el diario los datos referentes a Bobe, anotó que la manutención de éste aumentaba; pero las cargas de la operación y trabajo bajaban. Bebe no podía quedarse en el campo más de una noche, pues comía en un día tanto como una tripulación pudiera conducir en un año. Entre sus comidas ordinarias, podían comer cincuenta cargas de heno, con alambre y todo; y seis hombres eran necesarios para hechar fuera este alambre después. Fuera de esto, era un buen chico, y parecía tener un gran sentido del humor. Le gustaba ocultarse en una almadía, y cuando subía a ella, desalojaba toda el

Rivaliza en hermosura con el cardenal

Oprima Ud. el Aspirador de Presión; meta la pluma en la tinta, suelte el aspirador y cuente hasta 10, mientras la Parker Duofold se llena.



Los que escriben con Parker Duofold van con

7 puntos de ventaja

¡y cada punto vale bien su precio!

- 1 Pluma que dura 25 años
- 2 Clásica Belleza
- 3 Espacio para Reserva de Tinta
- 4 Equilibrio para Escribir
- 5 Aspirador de Presión
- 6 Alimentación "Lucky Curve"
- 7 Casquete Hermético

ESTÁ dándose el caso extraordinario de que miles, sí, decenas de miles, de personas, se deshacen de sus plumas-fuente anticuadas para adquirir la Parker Duofold con la pluma que dura 25 años.

Por todo el mundo se ve la cir su cañón de viva laca roja con casquete negro: el color que la hace difícil de extraviar.

Ningún capricho en la forma de escribir tuerce esta pluma-fuente Parker Duofold, de modo que puede prestársela sin temores. ¡Una pluma que se garantiza, sino la maltrata, por 25 años de US!

Invitamos a Ud. a que pase a probarla en la primera buena tienda en que las vendan.

THE PARKER PEN COMPANY

Hay Lapiceros Duofold, que hacen juego con las Plumas.

Lady Duofold \$10. "Junior" grande \$11.50. "Big Brother" grande \$13.50.

Distribuidores:

RIVER PLATE SUPPLY CO.,
Gazzana y Cia., 769 Moreno 7° 5,
Buenos Aires

Parker Duofold
Con la punta que dura 25 años

Duofold, Jr., \$16. Lady Duofold, \$20. Igual, pero más pequeña Con oro para cadencia

NOVIOS FELICES



Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillo y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillantes Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHO»; tendrán e 10% sobre estos Precios.

Dirigir carta a NICOLAS SCARINCI, Casa Longinas, Buenos Aires, Florida 142.

agua del río. Era imposible construir una cabaña lo suficiente para que en ella se refugiase Bobe, hasta que en Dakota, el cauce del río, al quedar libre de agua, dejóle espacio casi suficiente para ello.

Bobe era un formidable trabajador, y naturalmente, esto le obligaba a moverse, lo cual tenía el grave inconveniente de que allí donde ponía su planta, modificaba la topografía. Sus huellas eran enormes simas, de las que si algún hombre caía en ellas no podía salir si no por medio de una cuerda de centenares de metros; menos mal, que para beneficio de las obras públicas del país, Bobe no acostumbra a caminar por las carreteras. Los numerosos lagos que en esas regiones existen se formaron en estas huellas.

Berm, aún cuando menos trabajador que Bobe, ganaba a este en capacidad digestiva. Cuando tenía solo una semana de edad, las cincuenta fanegas de heno que el granjero, su propietario, tenía sembradas desaparecieron bonitamente y eso que estaba desnutrido y sólo pesaba dos toneladas cuando por aquellos días llegó a manos de Paúl. Berm era un oso original y no quería marchar por biesela carretera, a menos que esta estuviese nevada. Esto hizo necesario que Paúl mandase pintar de blanco las carreteras que aquél había de cruzar, y tenía siempre doscientos hombres empleados en esta faena; pero a pesar de todo, Berm estaba siempre descontento, y una noche le entraron unas convulsiones tan terribles, que ocasionaron un viento formidable que

arrancó de raíz el único piso que aún quedaba en pie allí, en las lánias de Dakota. Al día siguiente se desató violentamente de sus ligaduras y empleó toda su furia en superarse así mismo en lo de poner en juego las mandíbulas. Tanto comió, que una fatal indigestión le sobrevino y las colinas negras aumentaron de volumen al ocupar la excavación de la cueva.

Trinstone Bill era el conductor que manejaba los dos osos y un gran auxiliar para Paúl y el inventor de los atalajes de piel para el mal tiempo, con los que equipó a Bobe y a Berm.

Los siete hacheros del río rojo fueron los mejores auxiliares de

Paúl; eran formidables trabajadores y más formidables comedores. Ellos fueron los que cortaron todos los árboles del monte de Dakota; cada hombre manejaba tres hachas y tenía tres auxiliares para llevar las talas al río y evitar los peligros del cauce. Hábiles estos auxiliares, recurrieron al recurso de atarse a la cintura grandes cuerdas, previamente arrojadas a los árboles, y así a cada paso que daban quedaba desmochada una sección del campo.

Cuando estos hacheros le abandonaron, Paúl inventó una sierra de cinco kilómetros de longitud, que manejaban dos hombres, y que en los llanos, cortaba por el mismo

rasero todos los árboles; pero en la montaña solo alcanzaba a los árboles de las cumbres. Para obviar esto, puso en práctica una sierra ascensor, que subía y bajaba, según los desniveles del terreno lo demandaban.

Como dijimos, Paúl tenía un cocinero llamado Big Joe, cuya especialidad eran los pasteles, el cual tenía una tartera tan alta, que no podía divisar su fondo, a menos de no asomarse desde lo alto de una escalera de 100 metros; la pasta en un cilindro y derramada por unos tubos, todo ello movido eléctricamente. La superficie de la tartera la engrasaban unos negritos para que no se les observase en la cara los efectos del calor que patinaban por ella, llevando jamones en lugar de patines. Las operaciones culinarias acabaron un día de ventisca, que sepultó a Joe en la nieve, en donde al caer hizo un hoyo de sesenta metros de profundidad.

La falta de espacio nos impide hablar de los otros estupendos consocios de Paúl, entre los cuales, el más notable es el perro reversible, resultado de una operación quirúrgica en que las patas del perro, cortado en dos, sufriera las distracciones de un veterinario que las colocó hacia arriba en lugar de hacia abajo. Millares de anécdotas pudieran contarse, y aun cuando se escribieran otros tantos libros de los que sobre él se escribieron ya, no se daría una impresión exacta del gran mito Paúl Bourdan, que en unión de sus socios es el hombre que más ha influido en modificar la forma en que la naturaleza se presenta.

EL REMORDIMIENTO

El remordimiento de conciencia es una especie de tristeza que nace de la duda de que algo de lo que hemos hecho o estamos haciendo no sea bueno; y esto presupone necesariamente la duda; porque si estamos del todo seguros de que lo que hacemos es malo, la voluntad no se aplica más que a las cosas que presenten alguna apariencia de bien; y si tenemos por cierto que es asimismo malo lo que ya hemos ejecutado, debemos arrepentirnos y no simplemente sentir remordimiento. La utilidad de esta pasión está en que nos hace examinar si es buena o mala la cosa de que se duda o nos impide ejecutar otra hasta estar seguro de que es buena. Pero, como presupone un mal, sería mejor no estar nunca sujetos a este sentimiento; que se puede evitar por los mismos medios por los que uno se libra de la irresolución.

DESCARTES.

En Zubitch, pequeña ciudad de la Bosnia, ha muerto de repente, cuando bajaba por una montaña fumando su pipa y conversando con un amigo, Mato Frantchitch. Tenía ciento veintiséis años. Nació en el primer año del siglo pasado. Estuvo casado tres veces: la primera, trece años; la segunda, cuarenta, y la tercera, ocho. El más joven de sus ocho hijos, fruto del tercer matrimonio, tiene cerca de medio siglo. Sus nietos, biznietos y tataranietos, forman un verdadero enjambre. No conocía a todos sus descendientes. Era tatarabuelo de jóvenes y muchachas que le miraban de lejos, respetuosamente, sin atreverse a saludarle. Conservaba sus dientes. Gozaba de buena vista y buen oído. Todos los días caminaba varios kilómetros por terrenos montuosos. Se levantaba con el alba en todo tiempo y se acostaba con el sol. Comía poco, pero de todo. Nadie de regímenes especiales. Pobre toda su vida, no pudo cuidarse. Tal vez por eso ha vivido tanto.

Cuando nació, el astro napoleónico se elevaba sobre el horizonte europeo. Bosnia, otomana, estaba gobernada por bajás enviados de Estambul. Austria no se preocupaba de sus fronteras meridionales. Reservaba toda su atención para los acontecimientos del Rin y del Alto Danubio. Montenegrinos, serbios, búlgaros, rumanos, eran vasallos de la Sublime Puerta. Belgrado aparecía tan osmanlí como Brussa. En Occidente se extinguía lentamente el incendio revolucionario, y Francia, se organizaba, administrativa, social y militarmente. Una ordenación nueva salía del caos, entre galopar de caballos, tronar de cañones, chasquidos de bayonetas y ondear de banderas.

Y Mato Frantchitch vivió, oscuro, casi anónimo, su pobre vida de siervo bosniaco. Al lado de su padre pastoreó rebaños, esos rebaños de la Bosnia que formaban la base de las vastas fortunas de los terratenientes turcos.

¿Cómo repercutían en su burgo ignorado los grandes sucesos mundiales? ¿Qué supo de la historia, que hinchaba su río tumultuoso sobre las naciones y que cambiaba, fugaz y contradictoria, acumulando triunfos y desastres, coronaciones y destronamientos, tratados de amistad y declaraciones de guerra?

Para Mato Frantchitch la vida era monorrítmica. Días largos, siempre iguales, pasados en los campos silenciosos; noches de un solo sueño, groseras alegrías, penas soportadas con resignación fatalista... Esclavo de raza, esperaba quizá, con millones de compatriotas, la hora de una manumisión que debía hacerle ciudadano libre. Ya viejo, le dijeron que no dependería en

UNA VIDA SENCILLA

Por Fabián Vidal

lo sucesivo de Constantinopla, sino de Viena y Budapest. Probablemente se encogió de hombros. Los latifundistas otomanos seguían siendo dueños de las casas, los ganados

vo de ella.

Y hace ocho años, cuando ya contaba ciento diez y ocho inviernos, vió un día su pequeña ciudad de Zubitch estremecida por una nove-

EL TATÚ

Jesús predicó la bondad, el bien, la caridad.

Aconsejó dar la mitad de su abrigo a quien tuviera frío, agua al sediento, pan al que hubiese hambre. Y sufrió para que todos los seres ajustáranse a sus amorosas prédicas.

Pero el tatú, egoísta y mezquino, lo desobedeció.

A pesar de fingirse humilde y bueno, poseía un corazón seco, incapaz de la menor ternura.

Un día de invierno, frío y lluvioso, Jesús se transformó en un muchachito pobre y se puso a llorar en la puerta de la cueva del tatú mulita.

Esté, al salir para hacer las compras del día, simuló no reparar en el misero que tiritaba de frío. Temía le solicitara algo y apuraba el trote cuando volvía muy tranquilo, seco y abrigado, bajo su buen poncho impermeable de cuarenta pesos.

En uno de sus viajes, al pasar indiferente junto al niño, éste lo detuvo con una frase:

—Señor tatú, tengo frío.

Y el aludido contestó cínico:

—Corra, amigo, para entrar en calor.

—Es que vendrá la noche y con esta lluvia...

—Hágase una cueva.

—No tengo fuerzas, no poseo habilidad; además, como no he comido, estoy débil... Por qué no me da usted la mitad de su abrigo, como mandaba Jesús?...

El le regaló el poncho, lo munó de uñas para construir su casa...

—Y yo le estoy muy agradecido a Jesús y por esa misma razón de honrar su regalo no voy a romper un poncho tan lindo para darle la mitad a un vagabundo,

Ahora voy a misa, agregó, y se marchó al trotecito.

Dios terminó:

—No se sacará nunca el poncho aunque se muera de calor.

Y tan es así, que ni aun cuando el hombre lo asa para comérselo se lo quita.

MONTIEL BALLESTEROS.

y las tierras. Quien posee el dominio económico es el amo siempre, a despecho de los textos escritos. Hay una realidad más fuerte que las convenciones aceptadas por hipocresía. Y Mato siguió siendo esclavo

formidable. Así como de los despojos otomanos surgió una Austria Hungría adriática y balcánica, rapaz y poderosa, que soñaba con llevar a cabo la marcha al Este, iniciada luego por Alemania,

así de los fragmentos del caído coloso habsburgués nacían nuevas nacionalidades. Y una de ellas era Yugoslavia, el reino de los serbios, croatas y eslovenos, levantando de sobre las tumbas, en la Albania helada y feroz y en la ríscosa Macedonia ingrata, por las manos trémulas de dos grandes ancianos: Patchitch y Putnik...

¡Ciento veintiséis años!... ¿Se dió cuenta Mato Frantchitch de la enorme y trascendental mudanza operada en torno suyo, mientras pastoreaba los rebaños de sus amos orientales? Es posible que no. ¡Se reflejaba tan poco el hecho gigantesco, pero lejano, de las guerras, las anexiones, los derrumbamientos de instituciones y estados, en la tranquila soledad de su valle escondido!...

Sin duda, la transformación pasó ululante, desmelenada, frenética, la antorcha encendida en una mano, el sable en la otra, por su apacible soledad, dejando tras sí llamas y cadáveres... Pero desvanecido el estrépito, la normalidad vulgar y cotidiana volvía a reinar sobre los prados, y las colinas, y los bosques y las aldeas. Era allí, en las urbes rumorosas, donde se consumaban los cambios inauditos, donde sobre vastos escenarios se representaban los dramas políticos y sociales. El, Mato Frantchitch, espectador indiferente, no conocía más que la sencilla verdad de su existencia gris y humilde. Y ella le ha bastado. Y ha sido generosa con sus nervios y con su corazón.

El artista de cine es un ser muy expuesto a la muerte.

El ilustre oftalmólogo profesor Leé, de Florida, atribuye la muerte del notable actor Valentino, a la falta de defensas originadas en el organismo por un exceso de exposición a los rayos actínicos, agravado por los de la lámpara de Kleig, que se emplea en los estudios cinematográficos.

Dice el doctor Leé que la popularidad obliga al actor de fama a actuar en diversas películas, teniendo que trabajar muchas horas bajo los perniciosos rayos de la lámpara de Kleig.

Comienzan las lesiones por trastornos ópticos, que los directores alivian con aplicación de aceite de ricino en los párpados.

Poco después comienzan los síntomas de tipo nervioso; el actor se vuelve irritable, intranquilo, molesto, y poco a poco los rayos ultravioleta o actínicos accionan sobre el organismo, causando irreparables lesiones, que ponen en peligro su vida.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . . 20 cts.	N.º suelto . . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 . . .	N.º atrasado 50 . . .	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	8.70
Tapas sueltas " " chico " " "	8.—	3.—
" " " " grande " " "	9.—	2.—
" " " " chico " " "	6.—	1.50

«La sonrisa de Puca-Puca», por Fausto Burgos.

Indiscutiblemente, Fausto Burgos es el mejor y más sincero de los escritores que se han dedicado al cuento de ambiente netamente nacional. Sobrio, realista en el trazo de sus personajes hasta dar en el lector la impresión de una punta seca, experto en costumbres que ha vivido y en el empleo de un léxico que ha hablado, posee, más que cualquiera de los tantos a los que una crítica interesada ha dado notoriedad y patente de nacionales, la poco frecuente virtud literaria de hallarse despojado de todo convencionalismo artístico e infundir a sus relatos no una vida artificial y preparada de antemano con un plan en el que en lo mejor aparece el desenlace teatral, sino calando, vívidos, rudos, desconsolados y trágicos, esos episodios rurales que son los de la vida diaria en nuestra campaña nortea.

Este nuevo volumen de cuentos de Fausto Burgos reafirma su personalidad y la hace destacar en forma que no desdeñará la crítica extranjera, esa que busca las piezas de nuestro folklore, no en las páginas convencionales de cualquier imitador más o menos afortunado de Kipling el inimitable, sino en estos otros escritores de médula, sinceros y realistas, que como el autor de «La sonrisa de Puca-Puca» saben adentrarse en el alma de sus personajes y exteriorizar lo que sienten y piensan por la sencilla razón de que anteriormente ellos lo han sostenido y pensado.

La Editorial Tor, con este nuevo volumen del autor de «Tucumán», brinda al público una de las mejores y más originales producciones artísticas, e indiscutiblemente, el mejor de los libros de cuentos de Fausto Burgos.

«Miguel Strogoff», por Julio Verne

El gran novelista francés continúa disfrutando de popularidad y aceptación, ventura ésta que no han alcanzado muchos de los que a él quisieron imitarle.

Una prueba de esta vitalidad de su obra y de las características humanas que en toda ella aparecen la ofrece la curiosidad despertada por una excelente versión cinematográfica realizada últimamente y que se pasa en los mejores cines del país.

Todo el drama de Miguel Strogoff, que es el de Rusia en los días de la dominación tiránica de los zares, aparece en las páginas de esta hermosa novela y ha sido reproducido con fidelidad en el film. Julio Verne, pintor hábil e intenso, en Miguel Strogoff nos hace vivir instantes de verdadera angustia a la vez que nos lleva por las más pintorescas regiones de Siberia y el Cáucaso; verdadero dramaturgo de la novela, el autor francés mantiene en suspenso la atención de los lectores y en sucesivos episodios conmovedores y angustiosos nos va trazando la existencia de este hombre singular que fué el héroe de su magistral narración, un hombre enérgico y ardoroso para el cual no existieron obstáculos y que en todos sus pasos fué guiado por el más fervoroso y grande de los amores.

PAPEL Y TINTA

La publicación de una edición correcta y esmerada de esta novela, agotadísima, procura satisfacer la pública curiosidad, excitada en estos instantes por el anuncio de la versión cinematográfica que, dicho sea de paso, es un complemento indispensable de la novela a la vez que ésta lo será para aquellos que primeramente hayan asistido a la exhibición del film.

«Miguel Strogoff» ha sido edita-

concurso instituido por un diario metropolitano.

De entonces acá publicó algunas composiciones que acentuaron la expectativa literaria y hoy acaba por entregar su primer libro de versos a la Editorial Tor, que lo ha impreso a dos colores.

Se trata, efectivamente, de un libro originalísimo y de una exquisita sensibilidad.

El poeta atiende las palpitacio-

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
CALLE 1433 DE LOS OJOS
Con ultas de 14 a 18
SAR IENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJ CO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefonica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
DE 14 a 8 SAENZ PEÑA 218
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zanorini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 728 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sehileau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1256. U. T. 422, Adrogue
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Union Telef. Chacrita 2612

do en un bello volumen de doscientas páginas impresas en excelente papel y con una cubierta en colores dibujada por uno de nuestros mejores dibujantes.

«Canciones mínimas y nocturnos de hogar», por Marcos Fingerit.

La Editorial Tor acaba de editar con todo lujo un tomito de poesías que constituyen el primer libro de Marcos Fingerit.

Siempre es un acontecimiento literario el primer libro de un poeta y más como en el caso presente, cuando este poeta aparece con caracteres de originalidad poco frecuentes.

Marcos Fingerit cuenta en su haber con honrosísimos antecedentes. En 1923 un jurado compuesto por el eminente poeta y crítico Juan Pedro Calou, Julio R. Barcos y el ministro mexicano, por unanimidad, le otorgó el primer premio de un

nes del pequeño mundo que lo rodea. Desborda su amor casi místico por su madre en todas las composiciones, vuelva su ternura en sus familiares y observa con ojos privilegiados las cosas circundantes.

A todo esto su voz es nueva y su pensamiento transparente. Rompe decididamente con los viejos y con los actuales moldes y se crea un estilo. Su desprecio por la forma es evidente; pero en cambio tiene el instinto de la música.

Si es indudable que «toda verdad es bella y es rítmica» allí es donde debe buscarse la belleza y la armonía de la poesía de este joven y ya discutido autor.

Almanaque del Trabajo

Acaba de aparecer el volumen de esta importante publicación, correspondiente al año 1927.

Como en sus ediciones anteriores, el Almanaque del Trabajo ofrece en sus 300 páginas un interesante y útil material de lectura, numerosas informaciones especialmen-

te dedicadas a la gente de campo, legislación del trabajo, datos estadísticos, guía de direcciones, etc., circunstancias que le hacen imprescindible en muchos hogares, especialmente en los de las clases trabajadoras.

Indudablemente, el volumen que nos ocupa, alcanzará igual éxito que el obtenido por ejemplares anteriormente editados.

«Rubaiyat», de Omar Khayyam.

A los tres años del fallecimiento del doctor Joaquín V. González, presenta al público la librería de Juan Roldán y Cia., el trabajo literario póstumo del inolvidable publicista argentino. El doctor González tenía preparada la traducción antes de su se dejara para publicarla como obra muerta, pero era deseo suyo que póstuma, lo que los editores de acuerdo con los hijos del autor de «Mis montañas» han cumplimentado.

«Rubaiyat», del poeta persa Omar Al Khayyam, fué una de las dedicaciones del espíritu selecto del Dr. González. Dedicó al estudio y traducción de este poema, gran parte de sus últimos años de vida y valiéndose de la segunda versión inglesa de Fitzgerald, dejó esta pequeña joya literaria, que el público selecto ha de leer con placer.

El doctor Julio V. González, hijo del ilustre escritor fallecido, ha dirigido y prologado esta versión castellana y ha conseguido presentar un volumen elegante y pulcramente impreso.

Catálogo de la edición de 1926 de la librería «La Facultad».

Hemos recibido el Catálogo Especial que los señores Juan Roldán y Compañía han publicado y que dedican a las ediciones lanzadas por su librería «La Facultad», en el año 1926.

Doscientos mil volúmenes de lectura selecta han presentado en un año al público, lo que es un extraordinario esfuerzo editorial que constituye el record más formidable de publicaciones argentinas. Son todos libros valiosos y en casi totalidad de excepcional éxito.

«La Familia», del doctor Juan Carlos Rébora; «Zogóibi», de Enrique Larreta; «Rubaiyat», versión castellana del doctor Joaquín V. González; «Historia de la República Argentina», de Vicente F. López; «La Quiebra en el Derecho Comercial Argentino», del doctor Ruiz Guinazú; «Lecciones de Derecho Constitucional», del doctor José Nicolás Matienzo; «Guerra Terrestre y Aérea», del doctor Ruiz Moreno; «Derecho Federal», del doctor Clodomiro Zavalla; «Tradiciones argentinas, Oribe», del doctor Bernardo Frías; «Leyes Nacionales» de Da Rocha; «Ideas Estéticas en la Literatura Argentina», de Jorge M. Rodhe; «Elementos de Derecho Constitucional y Administrativos Argentinos», de Daniel Antokoletz, entre muchos más, señalan no sólo el progreso de la librería «La Facultad», sino que también el avance inmenso de las letras nacionales.

COMUNICACIONES O TRANSMISIONES RADIOELECTRICAS

Es un error muy difundido en la mayoría de las personas el creer, que el término radio es sólo aplicable, a las transmisiones de broadcasting, de música y conferencias cuando este método de comunicación ofrece enormes probabilidades, en cuanto a los usos más insospechados. El radio por así decirlo, no solamente una vez descubierto ha traído consecuencias propias de este método de transmisión, sino que debido al enorme estudio que ha sido necesario hacer, ha traído enormes ventajas en otros usos, muchas veces similares y muchas otras de características enteramente opuestas.

Ante todo el radio no fué en sus comienzos sino ligeras ideas descubiertas por el físico alemán Hertz, quien haciendo experiencias eléctricas por medio de las corrientes alternadas, descubrió que cuando saltaba una chispa entre dos electrodos, se producían descargas que se propagaban en el espacio, claro está que las tales distancias eran completamente mínimas y se ignoraba la forma de poderlas poner en evidencia, es decir, detectarlas, los inventos posteriores que no es del caso enumerar, permitieron a Marconi utilizar estas radiaciones, que en memoria de su descubridor, se denominaron ondas Hertzianas, en forma comercial y de ahí nació el telégrafo por radio o Radiotelegrafía, que viene a ser la primera utilización de las corrientes Hertzianas o más comúnmente del radio.

Algo más tarde, en vista de los progresos que se habían hecho y el mayor conocimiento de este método de transmisión, permitieron que los investigadores dedicaran sus estudios a la forma de transmitir la palabra y al fin sus anhelos fueron coronados por el éxito, pues por medio de métodos algo rudimentarios, se pudo al fin transmitir la palabra, utilizando para ello el arco cantante y otros dispositivos, es decir, la radiotelefonía. Pero ta fué la segunda gran aplicación ésta no alcanzó a tener el grado de popularidad, hasta que Fleming y luego De Forest, perfeccionaron el audión o lámpara de radio tan común en la actualidad.

El invento del audión fué lo que verdaderamente impulsó al radio en caminos insospechados, pues al permitir que los aparatos de radio se pusieran en contacto con el pueblo y se hicieran más accesibles para su manejo, aparte del abaratamiento de los mismos, el radio vino a ser uno de los negocios más importantes y por ello las grandes compañías que se formaron para explotar esta nueva actividad, instalaron enormes laboratorios, que poseyendo técnicos especialistas y todo el dinero necesario para experiencias, hicieron avanzar enormemente a esta rama de la ciencia.

A la transmisión de sonidos por radio, que constituyó la radiotelegrafía y a su perfeccionamiento que constituyó la radio telefonía,

RADIOTELEFONIA



era natural que se pensara de inmediato en la transmisión de fotografías o sean imágenes inmóviles, las grandes compañías antes citadas y los numerosos investigadores particulares, se dedicaron con ahinco al estudio de tan importante problema, venciendo los numerosos inconvenientes que se presentaban para la realización práctica del problema. Esos primeros ensayos se hicieron en base del único elemento que era viable para tal objeto, la lámpara de selenio, metal que se sabía desde tiempo atrás que tenía la propiedad de dejar pasar la corriente, cuando estaba bajo la influencia de la luz y en proporción a la cantidad de ésta que lo impresionara, pero desgraciadamente, las investigaciones comprobaron que este metal si bien respondía a la influencia de la luz, su actuación era muy tardía, es decir, que la inercia para actuar era un gran inconveniente, no obstante todos los aparatos de transmisión de imágenes, estaban basados en este elemento, dedicándose los investigadores a perfeccionarlo.

Naturalmente llegó un momento que este fué completamente eliminado y aparecieron las nuevas lám-

pasar fotoeléctricas, las cuales parecen ser una solución real del problema. Actualmente puede decirse que el problema está resuelto y sólo faltan, las modificaciones naturales en toda cosa nueva, para que la transmisión de fotos por radio sea un hecho perfectamente natural. Actualmente y a pesar de su carácter rudimentario de transmisión de fotografías es un hecho bastante corriente. Sin embargo, éste no puede avanzar rápidamente, pues las grandes compañías que son las que han hecho tantos ensayos y gastado tanto dinero para llegar a un resultado práctico, mantienen en el más riguroso secreto los inventos hechos al respecto y no entregan al público en forma alguna ninguna clase de los elementos necesarios. Sin embargo, como decimos, es de esperarse que no se pase mucho tiempo antes de ver llevada a la práctica otra de las utilidades del radio, la radiofotografía.

Por supuesto que una vez resuelto el problema en principio de la radiotografía, no queda más que perfeccionar el problema, para obtener la transmisión de las imágenes animadas, lo cual constituye la

televisión, lo que representaría por cierto una de las conquistas de la ciencia más atrayentes y de más valor, pues por medio de la radiotelefonía y televisión combinadas nos sería muy fácil seguir a distancias de miles de kilómetros, los acontecimientos más salientes de la humanidad.

Sin embargo, hay un gran problema que ha preocupado mucho a los sabios, especialmente a Tesla, quien ha hecho experiencias muy interesantes en ese sentido, nos referimos a la transmisión de la energía por radio, es decir a la transmisión de la electricidad por radio, independientemente de toda clase de conductores, esto sería por supuesto una vez entrado en un período de practicabilidad, algo que podría cambiar fundamentalmente las condiciones económicas del mundo, pues permitiría la utilización de terrenos, donde la carencia de medios de comunicación y combustible, no ha permitido las actividades humanas, pues pudiéndose transmitir por radio la energía, para mover los motores y maquinarias, sería fácil establecer centros de progresos, donde hoy sólo son desiertos de piedra y arena.

El problema de la transmisión de la energía, está también perfectamente resuelto en principio, pero surgen dos graves inconvenientes, el primero investigar la forma que el rendimiento de la transmisión sea íntegramente aprovechado por los consumidores y segundo la forma de evitar que sólo sea el consumidor elegido el que pueda aprovechar de ella, naturalmente aparte de otros defectos de orden técnico que surgirán cuando se lleve a la práctica el sistema, pero los antedichos son los más importantes y los que han detenido en su carrera a este invento tan interesante. Es natural, que haya el mayor interés en aprovechar la totalidad de la energía irradiada, pero es el caso que hoy por hoy, sólo puede efectuarse esto haciéndolo en la misma forma que en el caso de las audiciones, es decir, una torre central o antena, la cual irradia, en todas direcciones la energía, la cual sino es captada se pierde en el vacío. Sin embargo, es posible que las ondas dirigidas, sean una solución del problema. El secreto de la captación de la energía, es el otro punto por cierto muy importante, pues como es natural, la compañía que emita la energía, no tiene interés que aparezcan abonados demasiado aprovechados, que utilicen gratis su energía.

Esta vendría a ser entonces otra de las formas en las cuales el radio ha contribuido al progreso, pero en una forma directa, pues como decimos la mayoría de las industrias, en las cuales entran, principales las transmisiones voz y sonidos, son las principales beneficiadas, pues el audión especialmente ha puesto en manos de todo el mundo, un elemento de una sensibilidad absolutamente mayor que cualquier otro dispositivo, que se empleara antiguamente.



Entre las muchas cosas que se "broadcastean" hace falta transmitir algunas, tales como la cuenta de las monedas de la Caja de Conversión, para solaz de los habitantes de la calle Lavalle...

FAROS NOTABLES

El faro tiene por objeto facilitar los derroteros de los barcos en las proximidades de las costas, evitando el que aquéllos, al situarse mal en su derrotero, encuentren obstáculos y tropiecen con peligros. El faro tuvo principio, sin duda, en las hogueras que se encendían en las costas para guiar a las embarcaciones que, debiendo arribar de día a la costa, no pueden lograrlo hasta entrada la noche.

Posteriormente, al generalizarse la navegación de noche y perder los buques de vista la costa, el empleo de estas señales luminosas se impuso y fué entonces cuando se estableció el que estas señales se hicieran desde altas torres que servían de sostén a dichas hogueras. De muchos textos se deduce que estas torres existieron en varios puntos.

La primera torre, en la que tiene su origen la palabra faro, que se conoce detalladamente, es la de Alejandría, en la isla de Faros, levantada en tiempos de los dos primeros Tolomeo (siglo III antes de J. C.) por Idrisi, geógrafo árabe del siglo XII, que tenía una altura de 55 a 65 metros, que era de planta cuadrada y que, a partir de una elevación determinada, no conservaba una acción uniforme sino que disminuía bruscamente en varios puntos, formando una pequeña plataforma a lo largo de ella. Era de sillería, unidos los sillares por puntas de plomo fundido. La parte alta terminaba en una plataforma en la cual ardía constantemente una inmensa hoguera que, según Idrisi, alcanzaba a unas cien millas.

El Coloso de Rodas, una de las siete maravillas del mundo antiguo, era una estatua colosal de Apolo, en bronce, la cual sostenía una copa en la que se encendía una gran hoguera.

En España, los faros más antiguos de que se tiene noticia son de los tiempos de la dominación romana; entre éstos, los más importantes eran el de Cepeano, levantado cuando estuvo en la Península el general Suinto Servilio Capitán, en el siglo II, y situado en la desembocadura del Guadalquivir, próximo al lugar que ocupa actualmente Chipiona, y la torre de Hércules, que aun subsiste en La Coruña.

Esta torre famosa es obra fenicia, aún cuando la tradición la atribuye a Hércules y la dotase del prodigioso espejo en el cual se reflejaba todo cuando en el mundo ocurría. En tiempos de Trajano fué restaurada por el arquitecto Cayo Servio Lupo.

No obstante su antigüedad, a los faros no se les concedió gran importancia hasta una época relativamente moderna. Cuando el aumento de calado y de tonelaje en los barcos a la par que facilitaba la navegación de altura hacía más peligrosa la costera, hubo un mejoramiento en el sistema de alumbrado de los faros.

Se emplearon entonces los reflectores metálicos para lanzar la luz

en una dirección determinada y se empleó la lámpara del físico italiano Amado Argand, de corriente a tipo de aire y mecha tubular. A poco se utilizaron los reflectores parabólicos, aumentándose gracias a ellos el alcance luminoso.

Desde el siglo XVIII, el alumbrado marítimo se ha perfeccionado,

ces; el empleo del petróleo, de la parafina de Escocia, de los gases de aceites y petróleos comprimidos, de la camiseta Añer, de la electricidad y, recientemente, el perfeccionamiento de los diversos sistemas ópticos empleados en ellas.

Actualmente los faros están muy extendidos por todo el mundo, y

Africa, 622; América del Sur, 358.

Los faros se levantan en los puertos, en las prominencias de la costa, en un grupo de rocas, en aquellos parajes donde se comprende son de una utilidad preciosa sus indicaciones. La altura de sus torres está determinada por la naturaleza de la costa y la importancia de la luz. En las costas del Atlántico se requieren altas torres porque la costa es baja; en las costas del Pacífico, las torres no suelen ser muy altas y para construirlas se aprovechan las prominencias.

En toda costa hay puntos que avanzan mar adentro, constituyendo los cabos principales, entre los que se forman las grandes ensenadas, cuyos festones dan lugar a otros cabos secundarios, radas, bahías, etc... Esos cabos principales considerados como vértice de un polígono hipotético, encierran los escollos, bajos y arrecifes, que pueden servir de obstáculo a la navegación costera. Por eso son los puntos más indicados para el emplazamiento de faros de gran intensidad y alcance. Las luces de estos faros, llamados de recalada, son las que a gran distancia ve el navegante, indicándole la posición y lugar de la costa en cuyas cercanías se encuentre; le permiten rectificar errores de situación y dirigir su derrota de un modo conveniente.

Una multiplicación exagerada de estas luces sería perjudicial para la navegación por las confusiones que engendraría, razón por la cual es necesario reducir la colocación de tales faros a los puntos más avanzados más adentro. A este fin, es necesario que los faros de recalada, situados entre sí a una distancia menor que el máximo error que cabe admitir en la estima de un barco sean distintos, posean apariencias que no puedan confundirse, sea cual sea el estado de la atmósfera. El error máximo en distancia que cabe admitir en la situación de un buque, en un caso excepcional, es de unas millas, es decir, que sólo separados por esa distancia deben instalarse dos faros de recalada de iguales características o apariencias.

Alcance de los faros se llama a la distancia en que su luz es visible para un observador situado en el mar. Dos son los alcances que se consideran; el uno, llamado geográfico, es el que nace de la esfericidad de la superficie del mar; el otro, llamado luminoso proviene de la absorción que la atmósfera produce en los rayos de luz que la atraviesan.

Los faros más notables son: Eddyston, en Inglaterra; Four y Roches Douvres, en Francia; Thimble Sheel y Rock (Estados Unidos) y L'Enfant Berdu, en la costa de la Guayana.

El alcance de la luz de los faros se determina por su altura y su poder. La luz más elevada se encuentra en el Cabo Mendocino, a 140 metros sobre el mar, con una esfera de actividad de 28 millas.

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bollvar, 879

Buenos Aires

siendo las innovaciones más importantes introducidas en él: el reflector sideral de Bordier Marcet, las lentes escalonadas de Fresnel, la lámpara de mechas tubulares concéntricas de Guyton, mejorada con el sistema de relojería de Cárcel; la introducción de los sistemas diápticos o lenticulares que permitiera colorear fácilmente las lu-

aún cuando las señales enviadas por radio hayan contribuido a asegurar en su derrota a las embarcaciones de gran tonelaje, siguen desempeñando un papel importantísimo en la navegación. Los faros con que cuenta el mundo son los siguientes:

Europa, 7.428; América del Norte, 3.085; Asia, 1.532; Oceanía, 755;

Arboles históricos

El algarrobo del coronel Alvarez Prado

En Jujuy, en el pueblo de Tilcara, se conserva el viejo algarrobo a cuyo pie fué hecho prisionero en su propia quinta, el esforzado coronel de la independencia, D. Manuel Alvarez Prado, en circunstancias en que se hallaba acampado con algunos oficiales el día 19 de abril de 1819, por las tropas españolas, siendo conducido a Tupiza, donde permaneció preso un año, al cabo del cual recobró su libertad; pero, vuelto a ser tomado por el enemigo, logró fugarse de la prisión, aunque gravemente herido, y se refugió en un monte donde lo hallaron algunos soldados casi a punto de perecer.

Este ilustre jefe fué el brazo derecho de Güemes, y por su actuación descolante durante la guerra, le fué confiado el mando en jefe de toda la caballería de la Quebrada de Humahuaca y consagró por entero su vida a la patria desde el año 1810 hasta 1832, época en que le fué conferido su retiro.

El árbol que está ligado a la vida de este patricio, es un hermoso ejemplar de algarrobo negro ("prosopis nigra"), cuya vida pasa del siglo; es bien formado y sostenida su copa por gruesas ramas. Está situado en un llano próximo a las sierras de Tilcara.

No es posible dejar de mencionar los consejos saludables y propaganda entusiasta que hizo

el gobernador de Jujuy, canónico don Escolástico Zegada, en el libro que bajo el título de "Instrucciones Cristianas" hizo reimprimir el gobierno del general Urquiza, algunos de cuyos párrafos no podemos menos de transcribir: "...El dedicarse a poner árboles, hortalizas, flores y otras plantas útiles, también es muy conveniente para la salud, por lo que distrae el espíritu de las tareas - penas de la vida, da vigor al cuerpo, proporciona yerbas medicinales, frutas, legumbres y otros alimentos sencillos y agradables, que son los más convenientes al hombre, como preparado por el Creador, y también contribuyen mucho a suavizar el corazón y dulcificar el genio. Esto se puede hacer sin perjuicio de otras tareas, no hay, pues, inconveniente para que se generalice este ramo de industria tan ventajoso y tan descuidado en estos países donde la tierra da lo que se quiera y pueden producirse todos los frutos del globo".

En 1914 el doctor Manuel Alvarez Prado, nieto del prócer, colocó, en nombre de la Sociedad Forestal Argentina, una placa que tiene grabada esta leyenda: "Algarrobo histórico a cuyo pie fué tomado prisionero por tropas españolas, el coronel don Manuel Alvarez Prado, el año 1819".

ENRIQUE UDAONDO.

PINTORESCO FINAL DE TEMPORADA

Hay que ver los sucesos que determina la canícula en el mundo de la farándula. Los hay de toda especie: cómicos, trágicos, melodramáticos y tragicómicos. El verano desarrolla la imaginación empresarial de los esclavos de Talía; se improvisan temporadas, primeros actores y obras, y hasta llega el caso de improvisarse el público, milagro el más difícil de producir, pues que raras veces se consigue, así sea el mismísimo Cordero quien lo pretenda, llevado por la idea de llegar un día a encarnar a Jesús a la perfección y convertirse en verdadero Cordero Pascual, aunque él se llame Andrés Cordero.

La compañía del veterano José Palmada, que luchaba con la altura mercurial en la Comedia y que no había logrado llamar mucho la atención con el repertorio de viejas zarzuelas españolas, consiguió en su última función representar un espectáculo extraordinario e imprevisto, que hizo las delicias de los aburridos que circulaban por la calle Carlos Pellegrini, a la altura del mercado del Plata.

La función se realizó en el "foyer", con la intervención de las autoridades policiales y la colaboración espontánea de cuantos quisieron ensayar sus aptitudes artísticas. Entre la empresa del teatro y la de la compañía, se suscitó una polémica muy seria por unos pocos pesos de multa. Si se abonaba la multa, no se pagaba a los cómicos y si se liquidaba a éstos la Municipalidad se indignaría por la "falta de delicadeza". El pleito no tenía solución y como todas las cosas sin solución arrancan exclamaciones de impotencia, entre uno y otro bando se cambiaron exquisitas gentilezas verbales, mandándose mutuamente más allá de la cuarta dimensión...

Fué una trifulca dramática de gran éxito cómico, cuyos ecos escuchan todavía los puesteros del mercado vecino, quienes se sienten deseosos de asociarse para formar un conjunto digno de actuar en la Comedia sin contrariar el último éxito artístico...

Sin embargo, la cosa no terminó en la Morgue, como, podría pensar cualquiera que recordara que se trata de elementos de "palmada"...

EPITALAMIO

La interesante cancionista del Nacional, Libertad Lamarque, que hizo aplaudir tantos tangos, termina de contraer enlace con el señor R. Romero. Perdió, pues, la libertad, la señorita Libertad.

CIANURO EN EL MARCONI

Domenech, el más melodramático de los actores separatistas, es hombre de pupila. En vista de la popularidad del cianuro, tóxico que ha hecho saltar a la popularidad de un día a otro al erudito químico doctor Pando, resolvió exhumar de su archivo melodramático, la famosa obra espectacular "La corte de los venenos", que fué puesta en escena con mucho más cuidado que el crimen de Vicente López, cuyos autores, demasiado modestos, no quisieron salir a escena al caer el telón, siendo necesario buscarlos.

El actor catalán, en cambio, se presentó solo y fué encadenado por muchas manos que se tendieron a felicitarlo por su brillante cometi-

TEATROS

do artístico al hacer "La corte de los venenos", donde quedó evidenciado que a Domenech los venenos le dan corte.

ILUSIONES EN EL BUENOS AIRES

M. Raymond, el menos iluso de los ilusionistas, continúa ilusionando desde el escenario del Buenos Aires. Sus experimentos, muy limpios, contribuyen a sembrar ilusiones en el público, cosa que, del punto de vista lírico, es digno de loa, como que las loas son una especie poética. Para mayores datos, dirigirse a Fernández Moreno, poeta que loa aldeas españolas y caballos de calesitas.

MUSICA VERANIEGA

Con la estación estival, recrudece la afición a la música. Hasta los animales gozan del "bel canto" y lo cultivan. En verano es cuando mejor cantan las aves y se organizan conciertos populares en la Exposición Rural, que se ven concurridos por millares de seres, personas en su mayor parte...

En el Sarmiento, bajo la severa batuta del maestro Emilio Capizzano, cantan armoniosamente óperas italianas una bandada de aves humanas reunidas por espíritu de asociación lírica y económica. La cosa va discretamente y nada hace suponer que no siga la música en el teatro del prócer sanjuanino.

LA CATEDRAL

No se anuncia aún cuando hará un descanso la compañía de género chico criollo que actúa en el Nacional y que continúa reprisando con buena fortuna las piezas que más gustaron al estrenarse en este año.

AL GENERO CHICO

Felisa Mary, una de nuestras mejores características, cuya actuación de varios años con la compañía de Casaux fué meritoria, ha sido contratada para la temporada de género chico que se iniciará el 2 de marzo en el Nuevo y que será dirigida por el conocido autor Ivo Pelay.

La cooperación de la Mary ha de ser, sin duda, muy estimable.

CHUCHERIAS

—¡Qué drama! ¿De quién será?
—¡Qué desastre! ¡Qué dolor!
—¿Qué le causa tanto horror?
—Lo mal escrito que está.

I

Acaba de publicar el escritor Gil Chambón que nunca pudo estrenar, "Luz", comedia de salón.
—Sí, de salón de lustrar.

II

—Es notable con qué acierto da "Muerte Civil" Collado.
—¡Ay! Yo siempre le he envidiado lo bien que se tira a muerto.

III

—El tenor Paco Camacho que tiene una voz muy fina va a debutar con "Marina".
—Se va a ahogar ese muchacho.

PINCHO.

CAVALLI PERIODICO

El veterano don Gaetano, que hizo reír a nuestros abuelos, a nuestros padres y hace reír a nosotros y nuestros descendientes, asomados o tres veces por semana en el escenario del Liceo, tal como pasa un meteoro por la "bóveda azul de los cielos", como diría cualquiera de los malos poetas que abundan en nuestro país.

Jueves, sábados y domingos son, generalmente, los días que el astro cómico surge en el firmamento teatral y cabe dejar constancia de que el público se entera y aplaude el cruce del astro.

REALIDADES Y PROYECTOS

Con el año han comenzado a planearse algunas temporadas, desde luego con ese carácter problemático que tienen las cosas de teatro cuando se proyectan sobre campos de acción muy dilatados. A pesar de ello, puede apreciarse en tales proyectos la intención de las empresas y el índice de buen gusto que puede calcularse. Sabido es que la orientación de los negocios de la escena no radica ni en la gerencia de la empresa, ni en la dirección artística, ni en el escritorio de los autores. Está en la boletería, en esa zona de influencia del público, en esa especie de urna electoral donde el sufragante deposita su peso moneda nacional, emitiendo con esa boleta oficializada por la Caja de Conversión, su opinión favorable al espectáculo.

Pero dentro de ciertos límites, no cabe duda que es un factor de importancia, especialmente en el período inicial, la buena o mala inspiración de la empresa. Ella coloca la piedra fundamental y luego el público resuelve si sobre esa piedra se levanta un monumento a la empresa o si le cae encima y la despachurra por completo.

La primera temporada del año va a ser la del San Martín, a cargo de la empresa Escobar-Otamendi. Según los anuncios que han venido haciéndose, comenzaría en estos días con un espectáculo circense a cargo de la compañía de ese género que actuó anteriormente en Montevideo con el nombre de Circo Holden. Esto duraría hasta fines de febrero o quizás hasta primeros de marzo, según el interés que el público demostrara.

Después de esta temporada, que es la única segura, los empresarios aludidos esperan poder ofrecer una serie de funciones por la compañía Rivera-De Rosas, que antes de radicarse definitivamente en España, como parece que lo hará en vista del extraordinario éxito allí obtenido, quiere despedirse del público porteño. Esta temporada tiene muchas probabilidades de realización y constituirá un acontecimiento artístico.

Para más adelante, los proyectos de esta empresa encaran una situación a base de la compañía Vilches, cuya labor es bien conocida entre nosotros.

Más tarde, sucedería a Vilches la compañía de Mme. Rasimi, que no es lo peor que le puede suceder a Vilches.

Por último, una compañía de sal-

netes pondría término a fin de año a las actividades de esta sala.

Todo ello, a beneficio de inventario, sin derecho a pedir indemnizaciones en caso de que todo quede en la nada.

OPERA ITALIANA

Grandes éxitos ha logrado durante las pasadas fiestas, la compañía de ópera que dirige el maestro De Angelis en el Sarmiento. Llenos formidables, entusiasmo de veras y un espectáculo realmente artístico, han cambiado el aspecto de esta sala, que durante todo el año ha fluctuado en tentativas de dudoso resultado. Ahora, en cambio, la cosa marcha como sobre rieles, a pesar del calor y del absentismo.

EN EL MAIPO NO HACE SALOR

No hace calor en el Maipo, por lo menos cuando la sala está llana de público. El entusiasmo de las chicas que trabajan, el de la concurrencia que las aplaude y el de la empresa que organiza, demuestran la baja temperatura reinante en esa zona de la calle Esmeralda. Fueron reemplazadas la Guzmán y Perla Greco por dos artistas jóvenes, las tiples Hernández y Rodrigo que fueron aplaudidas. Ha debido estrenarse la nueva revista "A divertirse muchachos", de Botta y Cairo, que acompañará en el cartel a la centenaria "Para todos los gustos".

GE... GE... GE...

No nos reímos. La cosa va en serio. El título no es una de esas risitas irónicas que tienen los alacranes de vestíbulo, son las iniciales del señor Gregorio García Gordo, que ha dado al Mayo una pieza titulada "Terquedad y corazón".

EN EL AVENIDA

Debió de estrenarse en la semana pasada la zarzuela del maestro Millán, titulada "La gaviota".

Nos ocuparemos de esta pieza en el número próximo.

LOS REALISTAS

Aún quedan en la república, después de más de cien años de independencia, muchos realistas apacibles que no conspiran contra nadie. Son seres sencillos, que se creen un tanto maliciosos y se dedican al realismo teatral, que es una actividad completamente inofensiva. Casamayor, capitán de esodas realistas, realiza su temporada con muy buen éxito, por más que el repertorio sea a veces mediocre como en el caso de "El triunfo de la inocencia".

GRAND SPLENDID

Un notable programa de películas ofrecerá en la semana próxima este grandioso cine, uno de los más prestigiosos de la metrópoli y, sin duda, el más bello. La gente que no ha sido aún corrida por el rigor canicular acude a las funciones de esta sala, siempre concurridas por la mejor sociedad porteña.

CAPITOL

Muy atrayente es el cartel cinematográfico que servirá a su público en estos días la empresa de este bonito cinematógrafo, bien conocido por cierto.

Ultimas creaciones de la moda femenina



MODELOS ACTUALMENTE USADOS EN PARIS.—1. Traje de crepón de China 'hierba doncella', trabajado con vainillas y pliegues; cuello de crepón de China blanco orlado de crepón 'hierba doncella' y puños de lo mismo.—2. Traje de crepón de China rojo 'Burdeos'. La falda y la parte inferior de las mangas, están confeccionadas con la misma tela finamente plisada.—3. Traje recto de Marocain de lana gris. La parte inferior está terminada por un volante recogido a un costado y dando movimiento de realce. El traje abotonado con botones 'bolas' de la misma tela. Las mangas y la parte inferior del volante están guarnecidos con trencillas de colores.



El refresco de

BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR

calma la sed, reanima el es-
píritu y deleita con su rico
sabor, suave y estimulante.

BUEN APERITIVO
HESPERIDINA
RICO LICOR